

REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA
MINISTERIO DE LA DEFENSA
EJÉRCITO
DIRECCIÓN DE EDUCACIÓN
ACADEMIA MILITAR DE VENEZUELA
DIVISIÓN ACADEMICA



INTRODUCCIÓN

A LA

ESTRATEGIA

CARACAS, OCTUBRE 2002.

GENERAL A. BEAUFRE

Introducción
a la
Estrategia

Editorial Rioplatense

Titulo original en francés:
Introduction a la strategie

Editada por :
Centre d'Etudes de Politique Etrangere
Librairie Armand Colin
Paris

Traducido por :
Cap. L:P:Pérez Roldan

Ilustro la tapa:
Nydia: Chuchurra

Los derechos de la obra del Gral. Beaufre
Reservados por
Los derechos del apéndice by Prof. Allegroni
Hecho el depósito que establece la ley 11.723
Editorial Rioplatense
Libro de edición argentina

PREFACIO

En la época contemporánea, nadie que no fuera el General Beufre hubiera podido escribir una obra sobre la estrategia con una experiencia práctica tan amplia. Ningún General de su graduación ha redactado sobre este tema un estudio teórico de tal envergadura y con tanta maestría.

Cuando lo vi por primera vez, en 1935, era el Oficial más joven entre los destinados en el Estado Mayor General del Ejército; pero ya en época me produjo una impresión tan honda, que lo calificué como uno de los cuatro Oficiales de porvenir que había tenido ocasión de conocer durante mi estancia en Francia-y de esos cuatro, los tres que sobrevivieron alcanzaron el escalón más elevado en la jerarquía del Ejército francés. Andrés Beaufre llegó a ser, en el último año de guerra, jefe de Operaciones del Estado Mayor del 1er. Cuerpo de Ejército francés.

Cuando volví a encontrarme con él en 1950, era segundo Jefe de Estado Mayor de las Fuerzas terrestres de la Europa Occidental; luego salió para Extremo Oriente en calidad de adjunto al Jefe Supremo, Mariscal de latre de Tassigny. A su regreso a Europa, fue designado Jefe del Grupo de Estudios Tpracticos Interaliado. Durante las visitas que hice a su Cuartel General de Bad Neuenahr, puede comprobar cuánto había contribuido a renovar los conceptos susceptibles de que hiciera frente a la eventualidad de un invasión soviética de la Academia Occidental. Posteriormente, pasó a ser Jefe de la 2º División de Infantería mecanizada, en la que realizó con éxito la nueva organización pentagonal-basada en la subdivisión en cinco unidades-que durante mucho tiempo había preconizado yo y que el Ejército francés fue el primero en adoptar a título experimental. En 1955, fue enviado a Argelia para tomar el mando de una zona operacional y, al año siguiente, fue elegido para mandar el Cuerpo de Ejército francés en la expedición de Suez. En 1958, sería Jefe de Estado mayor conjunto del SHAPE y, dos años más tarde, fue nombrado representante de Francia en el grupo permanente de la OTAN, en Washington.

Esta extraordinaria variedad de experiencias proporcionó al profundo pensador que es este militar una base excepcional de reflexiones para estudiar la

concepción y la aplicación de la estrategia a situaciones y a operaciones reales. Es, pues, de máxima importancia que desde su reciente y tan de lamentar retiro, cuando su capacidad intelectual está en su punto álgido, la haya orientado hacia la redacción de una obra sobre este tema de vasto alcance.

El General Beaufre intitula su obra: Introducción a la Estrategia; pero este título es excesivamente modesto- ello salta a la vista de cualquier lector o investigador informado. En realidad, su obra es el tratado de Estrategia más completo, más cuidadosamente formulado y puesto al día que haya sido publicado en el transcurso de esta generación-en muchos aspectos supera a todos los tratados anteriores. Tiene todas las probabilidades de convertirse en una obra clásica, un manual de esta disciplina. Si en ocasiones me aparto de él en ciertos detalles de interpretación, estoy plenamente de acuerdo con él en muchos otros puntos y celebro con el mayor gusto que, en el ámbito del pensamiento, se registre tan noble contribución sobre los elementos fundamentales de la guerra.

Capitán B: H: LIDDELL HART

INTRODUCCIÓN

Presentar hoy una obra sobre Estrategia, puede parecer una apuesta singular. Actualmente, ya no se cree en el genio de los estrategas. Las guerras catastróficas y las tertulias de café los han aniquilado, dando al traste con todas las ingenuidades de las estampas históricas adornadas con los brillantes colores de la civilización antigua en trance de desaparecer.

En nuestra era, que se ha hecho positivista, industrial y popular, los problemas de la guerra y de la paz parecen derivarse de técnicas cada vez más complicadas: por una parte, las de la Tecnología científica que rige la carrera de las armas nucleares abierta por los Estados Unidos; por otra parte, aquellas más misteriosas de la Tecnología psicológica que los soviéticos han deducido de su Revolución. Si la palabra estrategia se sigue completando con frecuencia, a tuestas o a derechas, por supuesto, la ciencia y el arte estratégicos se han arrumbado con las antiguallas entre la tabaquera de Federico II y el sombrero de Napoleón. Tan sólo Clausewitz-que muy poca gente ha leído-conserva algún prestigio, singularmente en razón de las notas elogiosas que le ha dedicado Lenin, lo cual le hace aún acreedor a algunas peregrinaciones intelectuales.

Sin embargo, nuestro mundo está en trance de alumbrar acontecimientos considerables. Con la majestuosa lentitud de la Historia ante nuestros ojos se está desarrollando una de las más formidables alteraciones humanas que se hayan registrados desde la caída de Roma. Pese a la feliz inconsciencia de los pueblos, sin duda dispuesta por la piadosa Naturaleza para ayudarnos a cruzar por estas largas pruebas; se empieza aquí y allá-con mucho retraso sobre la marcha de los acontecimientos, desde luego-a intentar comprender el fenómeno y, si es posible, dirigirlo. La Economía, de la que Marx, había proclamado la supremacía, sale del limbo en que dormía y comienza a convertirse en una ciencia-o por lo menos en una técnica-capaz de lograr resultados más seguros. La Sociología se desarrolla rápidamente y rotura con ardor su inmenso dominio. Los problemas de la Defensa, cuya importancia salta a la vista, atraen a un

creciente número de analistas, quienes, en Norteamérica sobre todo, están tratando de reunir el conjunto de conocimientos cuya necesidad se hace sentir. Pero, en esta progresión laboriosa de las ciencias humanas, falta: la idea general y el denominador común: la Filosofía y la estrategia, que son precisamente dos disciplinas pasadas de moda y desdeñadas, a pesar de un reciente retoño de interés hacia ellas.

Empero, mi experiencia de cuarenta años, durante los cuales he sido testigo o actor de la mayor parte de los acontecimientos importantes que se han producido, me ha convencido de que es la ausencia de aquellas dos guías la que, con tanto regularidad, nos ha hecho tropezar con el fracaso. Por falta de una idea general, de una filosofía, hemos flotado a merced de los vientos adversos, sufriendo los asaltos de las filosofías dinámicas que se nos oponían. Su valor intrínseco, con frecuencia escaso como se ha visto, importaba menos que su coherencia. Asimismo, por carecer de una estrategia, hemos sido constantemente incapaces de comprender las maniobras mediante las que trataban de reducirnos y contumazmente, hemos dirigido nuestros esfuerzos hacia callejones sin salida. De 1936 a 1939, Hitler, que comprobó nuestra ineptitud en marzo de 1936, progresa por saltos. Se le dejó hacer hasta que, cansados, respondimos desencadenando una catástrofe que no podía sino ser fatal para nosotros, tanto más cuanto que todo nuestro sistema de guerra era falso, porque estaba únicamente basado en tácticas que, por remate, ¿eran caducas! Francia se derrumba arrastrando consigo a Europa. El restablecimiento de la situación de 1942 a 1945 es la obra de anglosajones, pertrechados con una filosofía y una estrategia. Pero desde la victoria estamos nuevamente desorientados por el gran movimiento de descolonización. Indochina se pierde a golpes de tácticas excelentes, vencidas por la estrategia adversa, a la que no supimos oponer ninguna estrategia digna de este nombre. A pesar de esta experiencia, en Argelia se repiten los mismos errores, abultándolos Suez, victoria táctica, desemboca en un espantoso fracaso político, por no haber tenido la más mínima noción de las condiciones estratégicas necesarias para el éxito de semejantes empresa. Sólo he escogido aquí ejemplos franceses. Pero podría trazar un cuadro similar, en

negro o en blanco, para Corea, Cuba, Berlín y la OTAN: La conclusión que para mí impone es que, en gran parte, nos ha sido fatal la ignorancia de la estrategia.

Las razones de esta ignorancia son interesantes. Las indicaré al paso de este estudio. Pero lo importante es ver claramente que el desafecto hacia la estrategia de los vencedores de 1918 provenía de que no se les había enseñado la estrategia, sino una estrategia, presentada como el alfa y omega del Arte. Pero esta estrategia particular se había revelado errónea. El ídolo fue enterrado sin percatarse nadie que los reproches a él dirigidos procedían de que ya había sido traicionado.

Es que, en efecto, y ya se verá, la estrategia no ha de ser una doctrina única, sino un método de pensamiento, que permite clasificar y jerarquizar los acontecimientos, para luego escoger los procedimientos más eficaces. A cada situación corresponde una estrategia particular; cualquier estrategia puede ser la mejor en una de las coyunturas posibles, y detestable en otras. Ahí está la verdad esencial.

En la elección de procedimientos, no me he limitado, naturalmente, a los de orden militar, porque todo el mundo sabe que actualmente la guerra ha llegado a ser abiertamente total, es decir, llevada simultáneamente a todos los ámbitos: político, económico, diplomático y militar, y que la guerra fría, que llamé Paz-Guerra en 1931¹, presenta ese mismo carácter con intensidad diferentes. Por tanto, no puede existir sino una estrategia total. Este extremo plantea con más agudeza el problema de las relaciones entre la Política y la Estrategia, y ello permite también comprender mejor el ámbito propio de cada una. De ahí resulta igualmente que la estrategia no puede ser sólo el feudo de los militares. Por mi parte, no veo sino ventajas en ello, porque cuando la estrategia haya perdido su carácter esotérico y especializado, podrá convertirse en lo que son las restantes disciplinas, y en lo que debiera haber sido siempre: un cuerpo de conocimientos acumulativos que se cariquecen en cada generación, en lugar de ser un perpetuo descubrir de nuevo al azar de las experiencias por las que se ha pasado.

Nuestra época es demasiado difícil y el hombre moderno no ha adquirido demasiado poder sobre la Naturaleza para que podamos seguir actuando a ojo de

buen cubero, como se ha venido haciendo desde hace demasiado tiempo. La guerra, antaño juego de Reyes, se ha convertido hoy en una empresa preñada de demasiados peligros mayúsculos. Según la palabra forjada por Raymond Aron, nuestra civilización precisa uno “praxcología”, una ciencia de la acción. En esta ciencia, la estrategia puede y debe desempeñar un papel capital, para conferir un carácter consciente y calculado a las decisiones mediante las cuales pretende que prevalezca una política. Es el objetivo hacia el que ha de tender todo estudio de la estrategia. Es el que me he esforzado en lograr.

Tal vez se sorprenda el lector de que, contrariamente a lo habitual en obras de este tipo, mi exposición comprenda muy pocos desarrollos históricos. Con frecuencia, las referencias a los ejemplos del pasado se limitarán a una palabra: el nombre de un general o el de una guerra. Es que ante todo he querido constreñir las cosas a lo esencial, a las ideas, y también, aunque sin llegar tan lejos como Valery, hacer patente que, a mi juicio, el método histórico puede ser empleado para justificar cualquier conclusión. Igualmente, aun insistiendo muchísimo sobre la importancia de los factores psicológicos, me he abstenido de volver demasiado extensamente sobre los desarrollos ahora clásicos, desde Clausewitz y Foch, relativos al carácter pasional de la guerra. Lo que he buscado es el Álgebra subyacente en este fenómeno violento: la irracionalidad, que desempeña en él un papel considerable, ha de ser a su vez considerada desde un ángulo racional.

Sin duda, tal complejidad realmente enorme del tema no me habrá permitido poner en evidencia, en su forma más clara, las nociones indispensables para llevar a cabo una acción lógica. No se vea aquí sino una primera rotulación, emprendida con la esperanza de que mi ejemplo, un poco temerario, suscitará otros trabajos susceptibles de realizar el rejuvenecimiento y el renacimiento de la estrategia eterna de la que nuestra época anda tan necesitada.

¹ “La Paix-Guerre ou la Stratégie d’Hitler ». Revue des Deux-Mondes, de 15 de agosto de 1939.

CAPITULO PRIMERO

VISIÓN DE CONJUNTO DE LA ESTRATEGIA

Lo mismo que Monsieur Jourdain hablaba en prosa sin saberlo, son numerosos los que hacen estrategia más o menos inconscientes. Pero a diferencia de Monsieur Jourdain, es más difícil hacer buena estrategia que prosa, tanto más que si bien emplea con frecuencia el nombre de estrategia, las realidades que encubre son generalmente ignoradas. En verdad es uno de los términos usuales cuyo sentido es el menos bien conocido.

Las razones de esta ignorancia son diversas: durante mucho tiempo, esta antigua palabra sólo ha designado la ciencia y el arte del jefe supremo, lo cual, evidentemente, no concernía del hecho sino a un número muy restringido de personas. Este conocimiento se transmitía de manera más o menos esotérica en cada generación merced al ejemplo que daban los jefes famosos, que era algo así como las “mañas” de los maestros de los diferentes oficios. Como quiera que la guerra evolucionaba lentamente, esta manera de obrar bastante empírica daba en conjunto satisfacción, aun cuando la guerra fuera infinitamente más compleja que la arquitectura, por ejemplo.

En cambio, en los períodos de evolución, la aplicación de las mañas tradicionales se revela ineficaz. La dirección de las operaciones ponía entonces en evidencia enigmas aparentemente insolubles. Tal quiebra planteaba públicamente el problema estratégico del momento al conjunto de las élites, y no sólo ya la Príncipe o al Mariscal. En cada uno de esos períodos se producía un movimiento intelectual relativo a la estrategia, cuyo sentido profundo, por lo demás, ha sido siempre conforme al genio de la época. El Renacimiento ha buscado en Vegecio y en los historiadores antiguos los secretos de la nueva guerra; el siglo XVIII dedujo de la razón pura el sistema de pensamiento que

Napoleón habría de aplicar magistralmente; el siglo XIX, aún asombrado por los éxitos de Napoleón, creyó hallar en los mismos la solución de sus problemas, pero construyó, sobre todo con Clausewitz, una gran teoría filosófico-social situada a mitad de camino entre Kant y Carlos Marx, cuyas interpretaciones románticas no han sido ajenas a la modalidad tremendista de las guerras del siglo XX.

Sin embargo, en el siglo XX, el siglo de las grandes mutaciones, la estrategia sufrió un grave eclipse en un momento capital: la estabilización de 1914-1918 se valoró como “el fracaso de la estrategia”, en tanto que sólo representaba el fracaso de una estrategia. En Francia singularmente (pero Francia ejerce en aquel momento una influencia considerable), la estrategia pareció ser una ciencia caduca, un modo de encararse con la guerra que no cuadraba con la evolución, la cual parecía dar la prioridad al material antes que a los conceptos, a los potenciales antes que a la industria y a la ciencia antes que a la filosofía. Esta actitud aparentemente realista condujo a considerar a los “estrategas” como unos presuntuosos rezagados y a concentrar los esfuerzos sobre la táctica y el material, en el preciso momento en que la rapidez de la evolución hubiera requerido una visión de conjunto particularmente elevada y penetrante que sólo la estrategia podía proporcionar.

El resultado fue la derrota militar de Francia, pero también la victoria incompleta de Alemania, ambas debidas a valoraciones erróneas por demasiado angostas. El consiguiente derrumbamiento del Imperio mundial de Europa dejó subsistir a dos gigantes, los Estados Unidos y la U.R.S.S. su oposición, que el arma nuclear torna aterradora, vuelve a colocar en un primer plano los problemas de la guerra y de la paz, pero no existe ningún concepto capaz, al parecer, de resolverlos. Se acusa de la novedad al arma atómica, sin pensar que es la falta de una teoría general la que impide prever y dominar la evolución. Por parte soviética, se trata en primer término de agarrarse al Marxismo, formulándose bajo Stalin una teoría de guerra total de fundamento social, que no habrá de resistir a los progresos de la técnica. Por parte norteamericana, bajo el signo absolutamente nominal de Clausewitz, se lanzan de cabeza en la solución de una cascada de problemas técnicos de inspiración táctica; pero la importancia del tema

atrae la atención de los ambientes intelectuales que, de acuerdo con el genio científico contemporáneo, asientan la búsqueda de las soluciones en un caudal de análisis. En poco tiempo, cada Universidad norteamericana tiene un bien dotado instituto de investigación. Se acumulan pilas de libros que levantan un edificio abstracto de una complicación casi escolástica, pero del que se desprenden poco a poco ciertos elementos esenciales de esa estrategia de conjunto de la que nuestra época está necesitada. Sin embargo, este inmenso movimiento de ideas penetra apenas en Europa donde, después de algunas lecturas hechas distraídamente, se contentan por lo general con adoptar el vocabulario y el material norteamericanos, porque aún se cree, sin decirlo, en la supremacía del material sobre las ideas. A pesar de Raymond Aron, en Francia, o de Liddell Hart, en Inglaterra, por ejemplo, la estrategia no penetra ni en el gran público, ni siquiera verdaderamente en los ambientes militares, en los que se sigue pensando en técnica y en táctica. No obstante, la importancia del hecho atómico, así como los resultados defraudadores de las campañas de Indochina, de Egipto y de Argelia, hacen sentir más o menos confusamente la necesidad de una mejor comprensión de los fenómenos relativos a la guerra. La estrategia, condenada en 1915, normalmente debería conocer un nuevo florecimiento.

ANÁLISIS DE LA ESTRATEGIA

DEFINICIÓN DE LA ESTRATEGIA

¿Qué es la estrategia?

Si se parte del concepto antiguo de la estrategia militar, se diría que se trata del arte de emplear las fuerzas militares para alcanzar los resultados fijados por la política. Esta definición, que apenas se aparta de los términos de Clausewitz, es

la que Liddell Hart ha formulado de nuevo hace unos años. En su reciente libro, Raymond Aron ha vuelto a emplearla casi literalmente.

A mi parecer, esta definición es estrecha, ya que sólo concierne a las fuerzas militares y más bien la redactaría en la forma siguiente: es el arte de hacer que la fuerza concurra para alcanzar las metas de la política. Aquella definición presenta además el inconveniente de referirse al conjunto del arte militar. Ahora bien es tradicional subdividir dicho arte en estrategia y en táctica. Más recientemente se ha admitido otra subdivisión, la logística. Si la estrategia no es la táctica ni la logística, ¿qué es?. La táctica es muy claramente el arte de emplear las armas en el combate para conseguir su mejor rendimiento. La logística es la ciencia de los movimientos y de los abastecimientos. Ambas se refieren “a la combinación de las cosas materiales” y presentan un carácter científico-concreto que las hace ser bastante análogas al arte del ingeniero.

Si nos referimos a la frase de Napoleón comentando una cita de Lloyd, que oponía “la parte divina” a “la combinación de las cosas materiales”, la estrategia sería entonces “la parte divina”. De ahí a conferirle el prestigio de la chispa del genio, no hay más que un paso que se ha venido dando con frecuencia. Pero en la mayor parte de los casos, el genio no es sino una larga paciencia. Divina o no, la estrategia ha de ser pensable y razonable. ¿Qué es, pues, si no se sitúa ni en el plano de las cosas materiales ni en el plano de la política?

Creo que la esencia de la estrategia yace en el juego abstracto que resulta, como ha dicho Foch, de la oposición de dos voluntades. Es el arte que permite con independencia de toda técnica dominar los problemas que plantea en si todo duelo, para permitir precisamente emplear las técnicas con la máxima eficacia. Es, pues, el arte de la dialéctica de las fuerzas, o aún más exactamente, el arte de la dialéctica de las voluntades que emplean la fuerza para resolver su conflicto.

Esta definición podrá, desde luego, parecer muy abstracta y muy general. Pero es justo en este nivel donde conviene colocar la estrategia si se quiere comprender su estructura mental y las leyes que en ella se pueden descubrir.

FINALIDAD DE LA ESTRATEGIA

Por lo demás, en cuanto abordemos el examen de la finalidad de la estrategia, se verá más claramente el interés de esta definición.

Se puede admitir que la finalidad de la estrategia es alcanzar los objetivos fijados por la política utilizando lo mejor posible los medios de que se dispone. Ahora bien, estos objetivos pueden ser ofensivos (conquista, imponer la aceptación de tales o cuales condiciones onerosas), defensivos (protección del territorio o de tales o cuales intereses) o incluso pretender sencillamente el statu que político. Se ve ya desde ahora que fórmulas como aquella atribuida a Clausewitz de “la decisión mediante la batalla victoriosa”, por ejemplo, no pueden aplicarse a todos esos objetivos. Por el contrario, la única ley general que los abarca todos es la que, descartando cualquier nación del medio merced al cual la decisión fuera obtenida, sólo considera la esencial misma de la decisión que se busca. Esta decisión es la aceptación por el adversario de las condiciones que se quieren imponer. En esta dialéctica de las voluntades, la decisión es un acontecimiento de orden psicológico que se quiere producir en el adversario: convencerle de que emprender o proseguir la lucha es inútil.

Naturalmente, tal resultado podría alcanzarse por la victoria militar; pero ésta, con frecuencia es muchas veces completamente irrealizable (caso de los fel-laghas en Argelia, por ejemplo), en tanto que otros medios (bien se ha visto en este caso) pueden ser eficaces. Volviendo a situar el problema en su verdadero terreno, que es el de la Psicología del adversario, se pone uno en condiciones de apreciar correctamente los factores decisivos. Así nos hallamos al mismo tiempo en un sistema de pensamiento que comprende tanto la victoria militar como la estrategia supuestamente nueva de la disuasión nuclear.

Lenin, analizando a Clausewitz había dado una definición, citada con frecuencia, que reconoce plenamente el carácter psicológico de la decisión: “retrasar las operaciones hasta que la desintegración moral del enemigo torne a la

vez posible y fácil asestarle el golpe decisivo". Pero pensaba en cuanto revolucionario y no veía más que la acción política actuando como una especie de preparación artillera de carácter moral. Era la inversa de la concepción romántica y militar de Clausewitz en la que la moral enemiga resultaba rota mediante una victoria militar. Por tanto, la fórmula general me parece ser la siguiente: alcanzar la decisión creando y explorando una situación que carree una desintegración moral del adversario suficiente como para llevarlo a aceptar las condiciones las condiciones que se le quieren imponer.

Esta es precisamente la idea general de la dialéctica de las voluntades.

MEDIOS DE LA ESTRATEGIA

El estudio de los medios de la estrategia permite que se ponga aún más en evidencia la forma de razonamiento que le es propia.

Para alcanzar la decisión, la estrategia dispondrá de una gama de medios materiales y morales que van desde el bombardeo nuclear hasta la propaganda o el tratado de comercio. El arte consistirá en elegir entre los medios disponibles y en combinar su acción para que concurren a un mismo resultado psicológico que sea lo bastante eficaz como para producir el efecto moral decisivo.

La elección de los medios habrá de depender de una confrontación entre las vulnerabilidades del adversario y nuestras posibilidades. Para así hacerlo, es preciso analizar el efecto moral decisivo. ¿A quién se quiere convencer? En último análisis, es al Gobierno adverso al que se quiere convencer; pero, según los casos, será fácil actuar directamente sobre los dirigentes (Chamberlain en Godesberg o en Munich), escogiendo aquellos argumentos a los que sean sensibles o por el contrario, actuar indirectamente sobre tal o cual parte de la opinión que tenga vara alta en el Gobierno, o sobre un Gobierno aliado que goce de una fuerte influencia, o sobre la ONU por ejemplo. Si el invite es de poca monta semejantes presiones pueden ser suficientes; si es de mayor importancia, pueden ser necesarias acciones de fuerza. Pero entonces también la lección de

los ha de estar perfectamente adaptada a las posibilidades amigas y a las vulnerabilidades adversas; la victoria militar clásica, por ejemplo, puede estar fuera del alcance o ser demasiado peligrosa. En tal caso, ¿se elegiría el medio de un levantamiento revolucionario destinado a provocar una intervención internacional (como para los sudetes antes de Muchic), un alzamiento revolucionario capaz de cambiar el Gobierno (como en Praga en 1950), una presión económica insistente (como con la sanciones económicas contra Italia en 1935) o una larga campaña de guerrilla combinada con una acción internacional (como el Vietminh y los fel-laghas)? ¿Cuáles serán las acciones posible más capaces de influir decisivamente sobre la Psicología de los dirigentes adversos? Si, por fin ha de emprenderse la acción militar ¿cuál será su objetivo? ¿Habrá que “destruir las fuerzas armadas enemigas”, según la fórmula de Clausewitz? ¿Será posible? Y si no, ¿bastará con un éxito local (campaña de Crimea en 1854) y con cuál? ¿Qué clase de Fuerzas armadas o qué región geográfica pasan por ser decisivas desde el punto de vista del adversario (la Marina y la Aviación en Inglaterra, el Ejército de tierra en Francia, etc)? ¿Será indispensable o inútil tomar la capital? ¿Bastará con la amenaza de destruirla?, etc. En esta forma, se puede llevar el análisis cada vez más lejos, hasta dar con aquellos medios que estén a nuestro alcance y sean capaces de producir la decisión que se busca.

ELABORACIÓN DEL PLAN ESTRATEGICO

Entonces podrá efectuarse la elaboración del plan estratégico. Trátase de una dialéctica. Por consiguiente, hay que prever las reacciones adversas posibles frente a cada una de las acciones consideradas y asegurarse la posibilidad de parar cada una de ellas. Estas reacciones pueden ser internacionales o nacionales, morales, políticas, económicas o militares. Han de ser previstas acciones sucesivas y posibilidades de parada en un sistema tendiente a conservar el poder de desarrollar su plan, pese a la oposición adversa. Si el plan

está bien hecho, no deberían existir circunstancias aleatorias. La maniobra estratégica que tienda a conservar la libertad de acción ha de ser, pues, “contraalcatoria”. Naturalmente, esa maniobra debe considerar claramente toda la sucesión de acontecimiento que llevan hasta la decisión-lo cual, sea dicho de pasada, no era el caso, por parte nuestra, ni en 1939, ni en Indochina, ni en Argelia. Agregamos también que el esquema dialéctico de los dos adversarios se complica con la existencia del contexto internacional. El peso de los aliados, e incluso de los neutrales, puede revelarse decisivo (como en Suez). Por haberlo comprendido mal, Alemania perdió dos guerras al atraerse la hostilidad de Gran Bretaña (invasión de Bélgica)y de los Estados unidos (guerra submarina). Por consiguiente, la exacta valoración de la libertad de acción que resulta de la coyuntura internacional constituye un elemento capital de la estrategia, sobre todo desde que la potencia atómica ha reforzado de modo extraordinario la interdependencia de las naciones.

MODELOS ESTRATEGICOS

Así pues según sean los medios relativos de los dos adversarios y según sea la importancia del evite el plan estratégico se ordenará de acuerdo con diversos modelos, de los que vamos a examinar los más característicos.

- 1.- Si se dispone de medios muy potentes (o si la acción considerada puede poner en juego los potentes medios de las naciones aliadas) y si el objetivo es modesto, la sola amenaza de esos medios puede llevar al adversario a aceptar las condiciones que se quieren imponer, y aún más fácilmente a renunciar a su pretensiones de modificar el statu que existe. Este modelo de la amenaza directa es el que goza actualmente de gran boga, meced a la existencia del arma atómica, y el sirve de base al imponente edificio de la estrategia de disuasión.

- 2.- Por el contrario, aunque el objetivo siga siendo modesto, si no se dispone de medios suficientes para constituir una amenaza decisiva, se buscará la decisión a través de acciones más o menos insidiosas de carácter político, diplomático o económico. Este modelo de presión indirecta ha sido ampliamente utilizado por las estrategias hitleriana y soviética, menos en razón de la escasez de sus medios de coerción cuanto en razón de la discusión en ellas producidas por la amenaza directa de las fuerzas adversas. Es una estrategia que corresponde a los casos en que es reducida la zona de libertad de acción de la fuerza.
- 3.- Si el objetivo es importante, aunque estrecho el margen de libertad de acción y limitados los medios, se buscará la decisión mediante una serie de acciones sucesivas, combinando, según fuera preciso, la amenaza directa y la presión indirecta con acciones de fuerza limitadas. Este modelo mediante acciones sucesivas fue empleado por Hitler de 1936 a 1939, pero sólo tuvo éxito mientras el objetivo pareció ser de interés menor. Por el contrario, cuando ese paulatino roer puso de manifiesto que estaban en causa objetivos vitales, desembocó necesariamente en el gran conflicto. Con particularidades que se deben a su situación insular, Gran Bretaña ha practicado generalmente esta estrategia de aproximación indirecta que Liddell Hart ha formulado de nuevo en nuestros días en forma muy explícita. Esta estrategia se adapta particularmente al caso de naciones defensivas fuertes (o bien protegidas por la Naturaleza) y descosas de alcanzar progresivamente grandes resultados, pero no comprometido ofensivamente grandes resultados, pero no comprometiendo ofensivamente sino medios reducidos. En la mayoría de los casos, las guerras europeas del siglo XVIII han tenido el carácter de aproximación indirecta mediante acciones sucesivas, por ser relativamente muy limitados los medios empleados.

- 4.- Si el margen de libertad de acción es grande, pero muy escasos los medios disponibles para obtener una decisión militar, se puede recurrir a una estrategia de conflicto de la larga duración tendente a lograr el desgaste moral y la laxitud del adversario. Para poder durar, los medios empleados serán muy rústicos pero la técnica de empleo (generalmente una guerra total apoyada en una guerrilla generalizada) obligará al adversario a un esfuerzo mucho más considerable que no podrá sostener indefinidamente. Este modelo de lucha prolongada, con débil intensidad militar, ha sido generalmente empleado con éxito en las guerras de descolonización. Su principal teórico es Mao Tse-tung. Señalamos que esta estrategia, que requiere un enorme esfuerzo moral por parte del que toma la iniciativa, supone un fuerte elemento pasional y una muy buena cohesión del alma nacional. Es la que mejor corresponde a las guerras de liberación. Mas sólo tiene posibilidades de éxito si la puesta es muy desigual entre los dos partidos (caso de las guerras de descolonización) o bien si se aprovecha de intervenciones armadas (caso de guerras de liberación de Europa en 1944-45, en España 1813-14) a las que sirven de coadyuvante.
- 5.- Si los medios militares de que se dispone son bastante potentes, se buscará la decisión mediante la victoria en un conflicto violento y, si es posible, corto. La destrucción de las fuerzas adversas en la batalla puede bastar, sobre todo si la puesta no es demasiado vital para el adversario. Si no, la ocupación de todo o parte del territorio deberá materializar la derrota ante los ojos de la opinión para llevarla a admitir las condiciones impuestas. Naturalmente, la capitulación moral del vencido podrá ser ampliamente facilitada si se puede disponer de quintas columnas simpatizantes, como fue el caso para las victorias de la Revolución francesa y de Napoleón. Estas quintas columnas podrán incluso desempeñar un papel importante para ayudar en las operaciones militares. Este modelo de conflicto violento tendente a la victoria militar corresponde a la estrategia clásica de tipo

napoleónico. Su principal teórico-con frecuencia desvirtuado por sus exegetas, demasiados impregnados de una especie de romanticismo wagneriano-es Clausewitz. Ha dominado la estrategia europea del siglo XX y de la primera mitad del siglo XX. Considerada sin razón como la única estrategia ortodoxa, ha engendrado las dos grandes guerras mundiales de 1914-18 y 1939-45, poniendo ambas de manifiesto los límites del concepto clausewitziano-napoleónico: sólo puede ser lograda la decisión mediante la operación, en cierto modo quirúrgica, de la victoria militar, si las posibilidades militares del momento permiten conseguir rápidamente una victoria militar completa. Ahora bien, esta condición-como se verá más adelante en ocasión de la estrategia operativa-no existe sino en ciertos momentos de la evaluación de la táctica y de las operaciones. En el intervalo de esos períodos favorables, la estrategia clausewitziana no logró sino oponer en gigantescos conflictos militares a unos adversarios que se equilibraban (estabilización de finales de 1914, victoria continental de Alemania en 1940, que no puede cruzar la Mancha y se atasca en una imposible campaña de Rusia). La decisión sólo interviene entonces después de una fase de desgaste recíproco, prolongada y desmedida con relación al envite, a consecuencia de la cual el vencedor y sobre todo el vencido, salen del conflicto completamente agotados. Por otra parte, es interesante observar que el esquema ya se había aplicado a Napoleón en razón de su impotencia para resolver los problemas inglés y ruso. Pero Clausewitz y sus discípulos estaban obcecados por las víctimas del Emperador hasta el extremo de no reconocer los límites de aquéllas. Este error intelectual ha costado probablemente a Europa su preeminencia en el Mundo.

CONCLUSIONES

Los cinco modelos que se acaban de indicar, más representan ejemplos que una clasificación exhaustiva de los diversos tipos de estrategia.

Presentan sobre todo el interés de mostrar claramente la diversidad de soluciones entre las que la estrategia ha de saber elegir, lo que permite aprehender mejor el carácter y la originalidad del razonamiento estratégico. En tanto que el razonamiento táctico y logístico descansa casi exclusivamente en un metodismo tendente a la aplicación racional de los medios militares para alcanzar un resultado dado, y que el razonamiento político, al tener que apreciar lo que la opinión desea, o puede admitir, ha de conceder una parte preponderante a la Psicología y a la intuición, el razonamiento estratégico debe combinar los factores psicológicos y los datos materiales mediante una operación mental abstracta y nacional. La mente debe apelar a una grandísima capacidad de análisis y de síntesis, siendo necesario el análisis para reunir los elementos del diagnóstico, si bien es indispensable la síntesis para conseguir el diagnóstico que ha de ser esencialmente una elección.

Pero estos cinco modelos permiten igualmente poner de manifiesto el error cometido por numerosos estrategas al no pregonizar más que un solo tipo de estrategia. En efecto, cada modelo corresponde a una teoría particular presentada por su protagonista como la única o la mejor solución, en tanto que cada una de ellas es sola la mejor en el cuadro de condiciones bien definidas. Por falta de un análisis suficiente de los factores de estrategia con harta frecuencia las opciones han sido dirigidas por la costumbre o por la moda del momento. Los conflictos han escapado entonces al dominio de los Gobiernos y han producido espantosas catástrofe internacionales. Actualmente, en que el mundo pasa por una crisis de adaptación sin precedente, mientras las fuerzas científicas, industriales y psicológicas irrumpen en el arte militar, se ha hecho más vital que nunca disponer de un método de pensamiento que nos permita conducir los

acontecimientos en lugar de soportarlos. De ahí la importancia y la actualidad de la estrategia.

LAS SUBDIVISIONES DE LA ESTRATEGIA

Si bien la estrategia es una por su objeto y por su método, en la aplicación se subdivide necesariamente en estrategias especializadas, únicamente válidas en un ámbito particular del conflicto. La estrategia ha de tener en cuenta factores materiales y las características de los factores materiales propios de cada ámbito del conflicto producen un sistema de consecuencias diferentes para cada uno de esos ámbitos: la estrategia naval, por ejemplo, ha sido siempre diferente de la estrategia terrestre, etc.

Nos hallamos, pues, en presencia de una verdadera pirámide de estrategias distintas e interdependientes, que es indispensables definir correctamente para poderlas combinar lo mejor posible en un haz de acciones tendentes al mismo objetivo de conjunto.

En el vértice de las estrategias e inmediatamente subordinada al Gobierno- por tanto, a la política-reina la estrategia total, encargada de concebir la dirección de la guerra total¹.

Su papel es definir la misión propia y la combinación de las diversas estrategias generales: política, económica, diplomática y militar.

Tal estrategia es esencialmente la de los Jefes de Gobierno asistidos por el Jefe de Estado Mayor de la Defensa Nacional y por sus Consejeros o Comités superiores de Defensa. Como se ha visto en los modelos que anteceden, todos ellos situados al nivel de la estrategia total, la importancia relativa de los diversos ámbitos político, económico, diplomático o militar varía mucho según sean las soluciones. El ámbito militar sólo es verdaderamente preponderante en uno de los modelos: el quinto.

En cada uno de los ámbitos subordinados, una estrategia general (militar, política, económica o diplomática) tiene por función repartir y combinar las tareas de las acciones realizadas en las diferentes ramas de actividad del ámbito considerado. Digamos sin demora que si efectivamente existe una estrategia general militar, que trata de combinar lo mejor posible las acciones terrestres, aéreas y navales, no existe una noción de estrategia general adaptada al ámbito político (por ejemplo, línea política, acción interna, acción exterior, propaganda), al ámbito económico (por ejemplo, producción, finanzas, comercio exterior) y al ámbito diplomático. Sin embargo, es precisamente en estos ámbitos donde la estrategia se practica diariamente sin saberlo. Pero por no hacerlo conscientemente, no se saca todo el partido que se pudiera sacar de una acción basada en concepciones más sistemáticas que resulten de una forma de razonamiento mejor establecida. Todas esas estrategias generales son las que practican o deberían practicar los Ministros correspondientes, asistidos por el Jefe de Estado Mayor o por su Secretario general.

¹La expresión “estrategia total” parece ser más explícita cuando se le une a la “guerra total”, que el término, a veces empleado por los ingleses (señaladamente, Liddell Hart), de “Gran estrategia”, o por los americanos de “Estrategia nacional”. En cuanto al de “Defensa nacional”, no corresponde a nada y tiene sobre todo como efecto el de confundir las ideas.

En cada una de las ramas de actividad subordinada, queda aún lugar para una categoría distinta de estrategia. A este nivel se sitúa el punto en que se articula el concepto y la ejecución, lo que se quiere o se puede hacer y lo hacen posible las condiciones técnicas. En el ámbito militar terrestre esta articulación esencial ha recibido por parte de los alemanes el nombre de estrategia operativa (“operativ”). Aquí también, conscientemente o no, existe una estrategia operativa en cada rama, cuyo objeto es sólo conciliar los objetivos elegidos por la estrategia general con las posibilidades determinadas, sino también orientar la evolución de las tácticas y de las técnicas para adaptarlas a las necesidades de la estrategia. Por este hecho, la estrategia operativa desempeña un papel capital que con frecuencia no ha sido reconocido. Por ejemplo, en estrategia terrestre clásica, es al nivel de la estrategia operativa donde intervienen los factores logísticos y tácticos (volumen de las fuerzas con relación al espacio, movilidad estratégica y táctica, capacidad ofensiva y defensiva), cuyo valor relativo determina la forma de las operaciones (guerra de movimientos o de estabilización, decisión militar rápida o desgaste, etc), y por ello mismo rigen todas las posibilidades militares de la estrategia. Por no haber reconocido la importancia y el mecanismo de esta estrategia, la estabilización de 1914 y la derrota de 1940 se han producido por sorpresa, mientras que se hubieran podido prever y evitar. Asimismo es al nivel operativo donde hay que situar la estrategia de los tiempos de paz, consistente en producir armamentos nuevos que superen los armamentos de los eventuales adversarios. Esta estrategia, que con el arma atómica toma una importancia decisiva ha recibido el nombre de “estrategia logística” y también el de “estrategia genética”. Sólo concibiéndola como una verdadera estrategia (y no como un agregado de programas presupuestarios y financieros) y situándola en su lugar en la pirámide de las estrategias, se la podrá dirigir con eficiencia y, por consiguiente, mantener la disuasión al mínimo precio.

Este análisis de las diversas estrategias no simplifica ciertamente el problema y pone de manifiesto toda la complejidad del tema. En cambio, se podrá reconocer que la abstracción necesario de la estrategia lleva a conclusiones prácticas y que éstas, a medida que se las descubro, hacen más inteligibles las

relaciones existentes entre los diversos actores cuyo dominio es absolutamente indispensable para la dirección de la guerra, así como para el mantenimiento de la paz.

LOS PRINCIPIOS DE LA ESTRATEGIA

¿Comprende la estrategia reglas que permitan guiar el razonamiento en la elección de la soluciones? La estrategia militar clásica había deducido tales reglas e incluso pretendía ver en ellas leyes con valor permanente y general, que daban una estabilidad a la estrategia, en contraste con la variación constante de los procedimientos tácticos, ello en función de la evolución de los armamentos. Tenemos actualmente buenas razones para dudar de la estabilidad de la estrategia; pero si existiesen reglas, constituirían un elemento fijo de razonamiento estratégico cuyas aplicaciones serían las únicas en evolucionar.

Es muy difícil tratar esta imponente cuestión en unas pocas páginas. Sin embargo, se puede intentar un examen rápido de las ideas en esta materia. Se verá que son limitadas las consecuencias que se pueden deducir.

LAS TEORIAS

Las reglas formuladas por los principios autores se caracterizan por su extrema diversidad. Los resúmenes que siguen son evidentemente bocetos sumarios, pero permiten situar los tipos de leyes propuestas. Para Clausewitz existen tres reglas principales: la concentración de los esfuerzos, la acción del fuerte al fuerte y la decisión mediante la batalla en el teatro principal, bajo una forma defensiva-ofensiva en tanto sea posible. Estas reglas forman parte del dominio de la estrategia general y de la estrategia operativa militares correspondientes al modelo número 5, anteriormente definido. Opuestamente, Liddell Hart propone seis positivas y dos negativas, que esencialmente se reúnen

en cuatro reglas: dispersión del adversario mediante la aproximación indirecta, sorpresa por la elección de acciones imprevistas, acción del fuerte al débil y decisión de los teatros secundarios. Se refiere a los mismos escalones estratégicos que las de Clausewitz pero corresponden a balte al modelo de estrategia número 3, anteriormente definido. Mao Tse-tung fija seis reglas: replique ante el avance enemigo mediante “retiradas centripetas”, avance ante la retirada enemiga, estrategia de a uno contra cinco, táctica de cinco contra uno, abastecimiento a costa del enemigo, cohesión íntima entre el ejército y las poblaciones. Trátase aquí también de estrategia general y operativa militar, pero del modelo número 4. Lenin y Stalin formaban tres reglas principales: cohesión moral del país y del ejército en la guerra total, importancia decisiva de la retaguardia, necesidad de la preparación psicológica de la acción de fuerza. Nos hallamos aquí en la estrategia total, a un nivel que puede aplicarse a varios modelos de estrategia. La escuela estratégica norteamericana contemporánea llega actualmente en sus conclusiones a dos reglas: disuasión graduada y respuesta flexible. Es ésta también estrategia total, que corresponde esta vez, con una preocupación de disuasión y de limitación de los conflictos, a la estrategia del modelo número 1. Con anterioridad, Mahan había formulado su famosa regla sobre la importancia decisiva del dominio de los espacios marítimos. Mickinder, por el contrario, proclamaba la superioridad del espacio continental. En los años treinta, Douhet, por su parte, había profetizado el carácter decisivo de la potencia aérea. En fin, la escuela estratégica francesa tradicional representada por Foch había resumido la estrategia en dos reglas de gran abstracción: la economía de fuerzas y la libertad de acción, que por su misma abstracción pueden aplicarse a todas las estrategias.

EL CONCEPTO CENTRAL

Como se ve, las reglas propuestas constituyen más bien la idea general de soluciones particulares que leyes generales, lo cual explica su divergencia. Únicamente las reglas estratégicas de Foch son reglas en sí, pero su abstracción

apenas permite que se saquen de ellas consecuencias prácticas, al menos de primera intención. Veremos, no obstante, que constituyen un cuadro bastante bueno para analizar los problemas.

Pero antes es preciso esclarecer las nociones que representan. Para así hacerlo, no es inútil volver a nuestra definición de la estrategia: “el arte de la dialéctica de las voluntades que emplean las fuerzas para resolver su conflicto”. Este duelo de voluntades provoca la oposición de los juegos simétricos, en el que cada uno trata de alcanzar el punto decisivo del otro mediante una preparación tendente a asustar, a paralizar y a sorprender, siendo todas estas acciones de objetivo psicológico, señalémoslo de pasada. Por lo tanto, en toda estrategia se pueden diseñar dos elementos distintos y esenciales: 1º la elección del punto decisivo que se quiere alcanzar (función de las vulnerabilidades adversas); 2º la elección de la maniobra preparatoria que permita alcanzar el punto decisivo. Pero como quiera que cada uno de los adversarios hace lo mismo, en la oposición de las dos oponentes que haya sabido impedir la maniobra adversa y dirigir la suya hacia su objetivo. Es lo que Foch llama, con la estrategia clásica, “conservar la libertad de acción”. La lucha de las voluntades se reduce, pues, a una lucha por la libertad de acción, tratando cada uno de conservarla y privar de ella al adversario.

Si uno es mucho más fuerte que el adversario, fácil será conservar la libertad de acción empleando tantas fuerzas como preciso sea a fin de paralizar la maniobra enemiga, aun conservando bastante medios disponibles para asestar el golpe decisivo. Pero ese caso límite es extremadamente raro. Normalmente, hay que saber repartir racionalmente sus medios entre la protección contra la maniobra preparatoria adversa, su propia maniobra preparatoria y la acción decisiva. Este reparto óptimo es lo que la estrategia clásica llama la economía de fuerza.

De suerte que el análisis del esquema de la lucha en términos abstractos se reduce sintéticamente a la fórmula siguiente: “alcanzar el punto decisivo merced a la libertad de acción conseguida mediante una buena economía de fuerzas”. Pero

ahora hay que descomponer de nuevo este concentrado para poderlo utilizar, buscando los medios susceptibles de realizar la economía de fuerzas y la libertad de acción.

Llegamos aquí al umbral de un estudio que rara vez ha sido acometido en forma sistemática, lo que ha contribuido en no escasa medida a mantener una especie de esoterismo sobre estas cuestiones. Se trata del análisis de las diversas posibilidades brindadas a la decisión estratégica.

LOS ELEMENTOS DE LA DECISIÓN ESTRATEGICA

Procede decir que toda solución estratégica se refiere a tres “ejes de coordenadas”: el tiempo, el lugar y la cantidad de fuerzas materiales y morales que definen una situación instantánea, y, en fin, un factor complejo que llamaremos maniobra el cual determina la sucesión y la relación de las sucesivas situaciones.

a) El factor maniobra. Este {ultimo factor, que en cierta medida rige a los otros, es el que resulta de la dialéctica de la lucha, de la esgrima abstracta de los dos combatientes. La comparación con la esgrima permite reconocer inmediatamente cierto número de tipos de acciones y reacciones:

Ofensivamente: “atacar”, operación que puede ser preparada o seguida de las acciones de “amenazar”, “sorprender”, “fingir”, “engañar”, “forzar”, “cansar” y “perseguir”, o sea ocho tipos.

Defensivamente: “guardarse”, “parar”, “parar atacando”, “despejar”, “esquivar” y “romper”, o sea seis tipos.

Asimismo, en lo que respecta a las fuerzas, se pueden concebir cinco tipos de decisiones: “concentrar”, “dispersar”, “economizar”, “aumentar” y “reducir”.

Estas diez y nueve alternativas, combatidas con una elección de tiempo y de lugar, constituyen el teclado del juego estratégico.

El adjunto cuadro número 1 da una definición de carácter general de cada uno de estos tipos de acción, indica las condiciones que supone y resume los

resultados que son de esperar. Se verá que todos se refieren a la libertad de acción, sea para conseguirla, sea para recobrarla, sea para privar de ella al adversario. También se verá que el medio para tener libertad de acción es saber asegurarse la iniciativa, factor esencial de la maniobra.

Puede que estas consideraciones que parten de la esgrima parezcan a primera vista no tener más que lejanas relaciones con la estrategia moderna. No es así en modo alguno. El adjunto cuadro número 2 muestra, a modo de ejemplo, las formas de acción correspondientes a cada una de las soluciones, primero en la estrategia actual de la disuasión. Podría establecerse un cuadro análogo para la estrategia financiera, diplomática o política. Se ve, por ejemplo, que el equivalente estratégico de la batalla de las Ardenas de 1914 es en estrategia de disuasión, el programa soviético de proyectiles intercontinentales y que el de la campaña naval aliada en el Mediterráneo de 1943-1944 es el desarrollo del arma atómica táctica. La noción de seguridad, clásicamente basada en fuerzas convenientemente repartidas, se convierte, en estrategia de disuasión, en un avance respecto a los progresos adversos; la libertad de acción que resultaba de la iniciativa, depende de disuasión del avance de potencial (seguridad), pero también de la capacidad de supervivencia y de la incertidumbre en cuanto a las posibilidades de llegar a los extremos (amenaza).

El reconocimiento de estas equivalencias es en extremo importante para introducir en la dirección de la estrategia una noción consiente de la maniobra que se desarrolla y de las posibilidades de reacción que han de ser consideradas.

CUADRO N° 1
DEFINICIÓN PARTIENDO DE LA ESGRIMA

ACCIÓN	DEFINICIÓN	CONDICIONES QUE SUPONE Y OBSERVACIONES	CONSECUENCIAS A ESPERAR
Atacar	Tratar de alcanzar una vulnerabilidad adversa.	Es preciso que la vulnerabilidad sea parcial o totalmente decisiva y que los medios sean suficientes.	Decisión o tema de iniciativa. } Con vista a la Libertad de acción.
Sorprender	Atacar una vulnerabilidad que no está protegida.	Es preciso que la vulnerabilidad no esté protegida y que suficientemente sensible.	Ruptura de las disposiciones y de la moral adversas. toma de la iniciativa. } Idem.
Fingir	Amenazar una vulnerabilidad elegida en forma tal que la parada enemiga descubra lo que se quiere atacar.	Es preciso que la vulnerabilidad elegida esté mal protegida y que sea muy sensible para el adversario.	Fuerza el adversario a cubrir la vulnerabilidad, amenaza. Toma de la iniciativa. } Idem.
Engañar	Sentido estrecho: Parecer amenazar una vulnerabilidad y atacar otra. Sentido general: Simular que se tiene una actitud distinta de la que se tiene.	Como más arriba, pero la amenaza no tiende a determinar una parada, sino a mantener la incertidumbre. La incertidumbre puede llegar a crear un falso sentimiento de seguridad.	Preparar la toma de la iniciativa. } Idem.
Forzar	Alcanzar una vulnerabilidad pese a la oposición adversa. Programar sus medios para defender su vulnerabilidades.	Los medios han de ser suficientes para esta acción de fuerza. Explota la siempre recíproco. Sólo interesa si los medios son superiores o si la relación de desgaste es positiva.	Tiende a privar el adversario de su libertad de acción o a servas de energía o de medios, luego de sus posibilidades de iniciativa. } Idem.
Proseguir	Colocarse de nuevo en condiciones que permitan alcanzar vulnerabilidades adversas.	Se efectúa con una parada que tiende a recobrar la libertad de acción perdida.	Guarda la iniciativa. Idem.
Guardarse	Estar en una posición que permita cubrir a tiempo sus vulnerabilidades.	Reposo en un cálculo de fuerzas y de plazos.	Apunta al restablecimiento de la seguridad. } Idem.
Despejar	Cambiar su disposición para atraer el ataque adverso hacia vulnerabilidades protegidas.	Tener los medios necesarios. El despejo cambia el sentido de la lucha.	Apunta al restablecimiento de la seguridad. Idem.
Parar	Proteger una vulnerabilidad atacada.	La protección ha de ser eficiente y sin obligar a descubrir otras vulnerabilidades.	Idem. Idem.
Parar atacando	Alcanzar una vulnerabilidad adversa tal que el enemigo deba abandonar su ataque.	Es preciso que la vulnerabilidad sea decisiva o por lo menos, sensible para el adversario.	Tiende a recobrar la iniciativa. } Idem.
Esquivar	Situar la vulnerabilidad atacada fuera del alcance del enemigo.	Debe obligar al adversario a tomar nuevas disposiciones. No debe descubrir otras vulnerabilidades.	Restablecimiento de la seguridad. } Idem.
Romper	Parada general abandonando una puesta limitada.	La puesta abandonada no ha de ser decisiva.	Idem. Idem.
Amenazar	Tomar disposiciones que permitan atacar una vulnerabilidad adversa.	1° Tener los medios. 2° Amenazar una vulnerabilidad suficientemente sensible.	Tiende a limitar la libertad de acción adversa. } Idem.

CUADRO N° 2
EQUIVALENCIAS EN DIVERSAS ESTRATEGIAS

ACCIÓN	EQUIVALENCIAS EN ESTRATEGIA MILITAR 1939-45	EQUIVALENCIAS EN ESTRATEGIA DE DISUACIÓN	
		DEFINICIÓN	EJEMPLOS
Atacar	Operación Overford 1944. Ardenas 1940.	Realizar un progreso técnico que haga fallar el sistema de seguridad del adversario.	Armas termonucleares USA, juego soviéticos.
Sorprender	Ofensiva alemana en las Ardenas en 1944. Desembarco aliado en África del Norte.	Realizar un progreso con mucha antelación respecto a las previsiones.	Proyectiles soviéticos, bombas atómicas y termonucleares soviéticas.
Fingir	Ofensiva alemana de 1940 en Holanda.	Mediante progresos, Janzar al adversario en una carrera tecnológica y en una dirección distinta de aquella que se sigue realmente.	Bombardeos soviéticos de 1955 (?).
Engañar	Amenaza aliada sobre Bou-Jogue en 1944 antes del desembarco.	Hacer creer que se van a realizar ciertos progresos u ocultar los que se realizan.	¿Espacio?
Forzar	Batalla de las Ardenas de 1944 por parte Alemania.	Superar el adversario mediante "performances" en un terreno en el que está haciendo esfuerzos.	Aumento de la altura de vuelo y de la velocidad de los aviones USA en 1955.
Cansar	Verdún (1916). Stalingrado y campaña de Rusia. Bombardeos aéreos aliados en Alemania.	Llevar el adversario a realizar gastos importantes y mayores que los propios en un terreno en el que la carrera está iniciada.	Toda la carrera tecnológica.
Perseguir	Campaña de Francia de 1940 por parte alemana. Ida y vuelta de la campaña de Libia.	Explotar una superioridad para obtener una ventaja política parcial.	Cobertura soviética de Egipto y Cuba. Operación en el Líbano.
Parar	Batalla de Normandía.	Restablecer el valor del sistema de seguridad mediante intervenciones o realizaciones.	DEW line. Submarinos atómicos y polaris. Refuerzo de los escudos.
Parar atacando	Batalla de las Ardenas de 1944 por parte alemana.	Restablecer el valor del sistema de seguridad adverso.	Programa de proyectiles soviéticos. Cuba 1962 por parte norteamericana.
Esquivar	Repliegue alemán sobre Lorena después de la batalla de Normandía.	(?)	(?)
Romper	Armisticio francés de 1940.	Acuerdo de armamentos o retirada política para evitar el shom down.	Cuba 1962 por parte soviética.
Guardese	Defensa de la Gran Bretaña en 1940.	Anticiparse o los progresos adversos.	Carrera tecnológico e información.
Despejar	Guerra naval en el Mediterráneo en 1942 al objeto de aislar a Rommel en Libia.	Realizar un progreso que obligue al adversario a modificar sus disposiciones ofensivas.	Arma atómica táctica.
Amenazar	Amenazas de desembarco aliado en Francia hasta 1944.vulnerabilidad adversa.	Disposición que pueda conducir al desencadenamiento de la espiral atómica.	Fuerza de frappe. Armas atómicas tácticas. Táctica de supervivencia.

b) Las doctrinas de maniobra. Para la elección de esas reacciones, no hallamos en presencia de diversas doctrinas opuestas.

La primera, que llamo la doctrina de dinámica racional, considera la potencia de las fuerzas en presencia y recomienda la solución más conforme con el mejor rendimiento de dichas fuerzas: se buscará la concentración de los esfuerzos al objeto de poder deshacer la masa principal enemiga, lo cual provocará la derrota de todo el resto. La lucha será llevada del fuerte al fuerte y la decisión deberá producirse en el teatro principal. Es esta la estrategia deducida a finales del siglo xx de las teorías de Clausewitz y que inspiró en Francia el famoso plan teorías de Clausewitz y que inspiró en Francia el famoso plan 17 de 1914.

La segunda, que llamo la doctrina de las combinaciones, considera el valor psicológico de la acción que se va a emprender y recomienda escoger la solución que tenga por efecto despistar, desorientar y “decepcionar” las previsiones del adversario: en la mayor parte de los casos, esto conducirá a la dispersión de sus propias fuerzas (o de los esfuerzos), llevando al adversario a hacer otro tanto y a buscar la victoria mediante acciones del fuerte al débil, si es preciso en teatros secundarios e incluso excéntricos. Tal estrategia ha sido muy brillantemente expuesta en nuestros días por Liddell Hart, a modo de antídoto de la estrategia de Clausewitz y como una tradición esencialmente británica¹.

Existen igualmente otras doctrinas, en la actualidad anticuadas: la doctrina geométrica deducida por los prusianos del orden oblicuo de Federico II, y la doctrina geográfica de Jomini, que corresponde a una interpretación de las victorias de Napoleón.

En realidad, ninguna de estas doctrinas presenta un valor absoluto. Si se exceptúa la doctrina geométrica, verdaderamente fenecida (¿pero no la resucitó en otra fórmula la doctrina francesa de 1930?), cada una de esas doctrinas se adecua a un juego que puede ser el mejor en ciertos casos, el peor en otros: la “dinámica racional” corresponde sea al caso en que uno es el más fuerte (¿por qué, entonces, hacer tantos remilgos), sea a aquel en que un adversario superior

¹Cf. The British way in Warfare y Strategy.

en fuerzas se ha dispersado peligrosamente; las “combinaciones” se imponen cuando uno es el más débil y siempre serán útiles para asegurarse la superioridad, a condición, naturalmente, de que se sepa evitar una dispersión superior a la del enemigo: la “geográfica” desempeña un papel muy importante en estrategia militar cuando el teatro de operaciones es pobre en comunicaciones (como era el caso de Europa en la época de Napoleón) y forma un tablero de ajedrez bien definido. (En nuestros tiempos el tablero de ajedrez está constituido por los Continentes y por los mares).

Por consiguiente, la elección de las reacciones ha de estar únicamente guiada de el estudio de la situación particular siendo preciso, en la mayor parte de los casos, hacer sucesivamente uso de varias doctrinas.

e) Los “modos de la estrategia”. Sin embargo, el estudio de un plan de operaciones llevará generalmente a definir una actitud de conjunto correspondiente a la doctrina que el mejor responda a la situación relativa de los dos partidos. Se vuelve así al problema general de la elección de uno de los “modelos” que hemos examinado anteriormente. En el plano de las ideas, esos diversos modelos se ordenan según dos “modos” principales: la estrategia directa y la estrategia indirecta.

La estrategia directa, que corresponde a los modelos número 1, número 3 y número 5, no es otra que el concepto basado en la búsqueda de la decisión o de la disuasión por el empleo o la existencia de fuerzas militares consideradas por el empleo o la existencia de las fuerzas militares es en primer término de la Clausewitz, la cual no es otra que la generalización del concepto basado en la “dinámica racional”. Ella es la que ha inspirado a los jefes de la guerra de 1914 y a los jefes alemanes y norteamericanos de la guerra de 1939-45. Ella es también la que reina sobre la oposición potencial de las fuerzas nucleares. La estrategia directa puede igualmente emplear el concepto de las “combinaciones”, señaladamente en lo que respecta a la aproximación indirecta.

La estrategia indirecta corresponde a los modelos número 2, número 3 y número 4. Inspira todas las formas del conflicto que no buscan directamente la decisión mediante el enfrentamiento de las fuerzas militares, sino a través de

procedimientos directos, sea en el orden político o económico (guerra revolucionaria), sea incluso en el orden militar, procediendo por acciones sucesivas cortadas por negociaciones (estrategia hitleriana de 1936 a 1930). Esta estrategia goza de una boga cada vez mayor desde la que la amenaza de guerra integral en modo directo parece deber conducir a destrucciones recíprocas inaceptables. Compleja y sutil, su teoría es aún mal conocida. Su papel es permanente en la guerra fría y acaso sea ésta la única estrategia que ahora se pueda utilizar desde que la amenaza de las armas atómicas paraliza la estrategia directa.

En realidad, estos dos “modos” coexisten y se completan: la dialéctica del mundo actual comprende simultáneamente una dialéctica nuclear en el modo de la estrategia directa, que tiende a neutralizar recíprocamente los grandes potenciales económicos e industriales, en tanto que por las fisuras del sistema de disuasión así creado se insinúan las acciones multiformes de la dialéctica política en el modo de la estrategia indirecta. La estrategia, como la música, tiene un modo mayor y un modo menor.

d) El factor variabilidad. Esto no es todo. Otro factor importante ha de ser subrayado en la elaboración del concepto ¹estratégico: el de la variabilidad de los medios y del medio.

En efecto, el mundo evoluciona muy de prisa, singularmente en nuestra época. Todo está en perpetua transformación. Por ejemplo, la Alemania de 1935 no tiene en absoluto las mismas posibilidades que tenía en 1938. La opinión mundial ya no está alentada por las mismas creencias y ya no reacciona de la misma manera. Los elementos materiales de la estrategia varían igualmente con una velocidad espantosa: el avión de 1945 estaba anticuado en 1950. El de 1950 es inutilizable en 1960, etc.

Resulta de ello que el estratega no puede apoyarse con seguridad en ningún antecedente ni puede disponer de ninguna unidad de medida estable. Los cálculos tienen que apreciar constantemente el valor de una realidad cambiante, no sólo en el presente, sino en el porvenir y con varios años de antelación. Lo cual crea una dificultad suplementaria considerable. En vez de deducciones

firmes y objetivas, la estrategia tiene el deber de proceder con hipótesis y crear soluciones mediante verdaderos inventos.

Tal aspecto de la estrategia es uno de los que menos se habían comprendido hasta estos últimos años. Durante demasiado tiempo la evaluación fue lo bastante lenta como para hacer creer en la posibilidad de basarse en la experiencia. Si hoy en día el método histórico conserva ciertas posibilidades, dista mucho de ser suficiente y la mente privilegiada de Valery había reconocido desde hace tiempo los peligros en él extreñados. Constreñida a la hipótesis, la estrategia ha de maniobrar en el tiempo como había aprendido a hacerlo en el espacio; lejos de proceder por hipótesis rígidas y aventuradas, como quisieran ciertas teorías recientes, generalmente norteamericanas, basadas en un análisis matemático de las probabilidades, puede basarse en un haz, de posibilidades, organizándose de forma que esas posibilidades sean vigiladas para determinar a tiempo las que se comprueban y desarrollan y aquellas que desaparecen. Aquí también se introducirá un factor de maniobra, es decir, de previsiones “contraaleatorias” que permitan seguirle lo más cerca posible los pasos a la evolución.

En cuanto a la inventiva indispensable para hallar, con elementos nuevos o renovados, la solución futura que corresponda a una situación futura apreciada, escapa a toda regla.

Digamos sólo que ha de excluir la rutina-tan fuertemente arraigado en las tradiciones militares fijadas por los “reglamentos” –y hacer un llamamiento a la imaginación y a la mediación.

Estas realidades incuestionables de la estrategia moderna, arrastrada como nuestra civilización por el progreso exponencial de la ciencia, deberían llevar a una reforma profunda de nuestros hábitos. Lo importante no es ya el presente, sino el porvenir. Los plazos de realización de cualquier maniobra (creación de materiales nuevos, cambio de atmósfera psicológica, modificación de equilibrios internacionales, etc.) requieren de años y dominan el porvenir. La preparación le toma la delantera a la ejecución. O sea que resulta fútil gastar miles de millones para una defensa nacional cuyo valor futuro es de millones para una defensa nacional cuyo valor futuro es incierto, en tanto que es esencial estar informado y

prever. Ambas necesidades obligan a cargar hoy el acento (y el gasto) en potentes órganos de información y de estudios, capaces de seguir la coyuntura y dirigir la maniobra de evolución de las fuerzas con decisiones calculadas que se toman a tiempo. Tal vez sea aquí donde reside la reforma más apremiante e importante si queremos permanecer a la altura de nuestra época.

Concluiré este rápido examen con un símil que es apenas una caricatura: el estratega es semejante a un cirujano que debería operar a un enfermo que se halla en estado de constante y extremadamente rápido crecimiento, ello sin estar seguro de su topografía anatómica, en una mesa de operaciones en perpetuo movimiento y con un instrumento que hubiera tenido que encargarse por lo menos cinco años antes...

CONCLUSIONES

Se ve hasta qué extremo la partida de ajedrez de la estrategia puede ser compleja: se desarrolla al mismo tiempo con el mismo número de alternativas al nivel de cada una de las estrategias que han de combinarse para lograr una misma decisión. Un cerebro electrónico podría ayudar, pero ¿no podría prever todas las posibilidades de acción y de reacción más allá de algunos lances! Es lo que explica que la dirección “científica” de la estrategia casi nunca haya sido intentada.

Cuando lo ha sido-en el período napoleónico señaladamente¹-fue porque las condiciones particulares de la época permitían reducir considerablemente el número de factores en juego.

¹ Ver el análisis de la campaña de 1800 en Italia, por Pierre Vendryes (en De la probabilité en Histoire).

En el caso general, el estratega ha tenido que apreciar a ojo de buen cubero los numerosísimos factores que puedan ser esenciales y limitar su razonamiento a esos factores. Es lo que hace que la estrategia sea un arte y no una ciencia. Ningún artista ha pintado jamás un cuadro partiendo de una lista completa de reglas teóricas. Sólo a veces se ha referido a ciertas reglas para comprobar si su obra “aguantaba”.

Otro tanto sucede con la estrategia, lo cual explica que hayan podido cometerse tantos errores.

LA APLICACIÓN DE LA ESTRATEGIA

Refiriéndose a las reglas de buen sentido de la estrategia. Napoleón dijo que era “un arte sencillo, pero todo de ejecución”. Es de subrayar la importancia de la aplicación. Es evidente que se precisa mucha resolución y una cabeza fría para que las decisiones sigan siendo calculadas, además de una voluntad a toda prueba para mantener el esfuerzo en la dirección del objetivo apuntado. Rara vez esas cualidades se reúnen en una sola persona. De ahí el menguado número de verdaderos hombres de guerra, ya que tienen que ser a la vez pensadores y hombres de acción.

Pero en el plano de las ideas, la ejecución plantea un problema capital cuya incomprensión ha causado múltiples derrotas-entre las cuales de la Francia en 1940-. Me refiero a las relaciones entre la estrategia y la tácticas. Así como la estrategia es el medio de aplicación de la política violenta, las tácticas son los medios de aplicación de la estrategia. Es decir, que los tácticos han de estar subordinados a la estrategia y no a la inversa.

Sin embargo, numerosas obras, por no citar más que a los contemporáneos, Fulier, Rougeron y Toynbee, por ejemplo, explican toda la evolución de la estrategia por la evolución de las técnicas: son la falange, la legión, el catafracto, el arquero turcomano, la pólvora de cañón: el fusil de tiro

rápido, la ametralladora, el ferrocarril, el carro y la motorización, el avión, el arma atómica, etc., los grandes cambios; luego, todo esfuerzo debe converger hacia el invento de técnicas nuevas y la puesta en su punto de las tácticas adecuadas. La estrategia que haya de manejar esas tácticas tiene que estarles subordinada.

Se trata de un contrasentido extremadamente grave y tanto más peligroso cuando que contiene una gran parte de verdad, pero sólo una parte.

Lo que sí es verdad es que el avance técnico constituye un factor esencial de potencia. Todo el mundo comprende que no se puede detener un carro con fusiles ni derribar un avión con flechas, o que la superioridad adquirida por los romanos con el armamento y la táctica de su legión les permitió conquistar la mayor parte del mundo antiguo. Es evidentísimo que el avance técnico y táctico confiere una ventaja considerable al que se beneficia con ese avance, y ello porque éste facilita medios suplementarios o más eficaces a la estrategia.

Pero este avance puede revelarse inútil si se pone al servicio de una mala estrategia. Es este el punto esencial que siempre ha de tenerse presente. Recordemos nuestras recientes experiencias en Argentina, por ejemplo: nuestro armamento y nuestro equipamiento modernos, ¿nos han permitido alcanzar la decisión? En efecto, no existe una táctica óptima en sí, ya que cualquier táctica sólo tiene valor relacionado a la táctica del adversario. Así hemos podido comprobar que el avión y el carro fallan ante la guerrilla y que el arma atómica sólo ha permitido a los Estados Unidos obtener en Corea un armisticio de compromiso. Ello quiere decir que hay algo destinado a dominar la táctica: la elección de las tácticas. Si se elige reducir la guerrilla mediante una táctica de fortines, como en un momento dado hiciera Chang Kai-Chek. Ahora bien, la elección de las tácticas es la estrategia. Es la estrategia la que decidirá la forma del conflicto: ofensivo o defensivo, insidioso o violento, directo o bien progresivo e indirecto, si se buscará la lucha en el terreno político o en el terreno militar, si se empleará o no el arma atómica, etc. Hubiera sido insensato para los fel-laghas buscar el éxito mediante una prueba de fuerza en el ámbito financiero o industrial o a través de una batalla en regla tipo 1940 o 1945. Por el contrario, fue

perfectamente lógico que eligieran una táctica de guerrilla que no apuntaba a la decisión sino a través de la laxitud francesa y tomando apoyo en una coyuntura internacional. Es esto la estrategia y ella es la que debe mandar.

La estrategia, además, debe no sólo elegir las tácticas, sino que debe igualmente orientar la evolución de las tácticas, a fin de que éstas puedan desempeñar su necesario papel con vistas a la decisión. Fue así, por ejemplo, como la táctica ofensiva de 1918, demasiado lenta para lograr la ruptura del frente, representaba ciertamente una “táctica posible”, pero no correspondía a las necesidades de la decisión; la “táctica necesaria” desde el punto de vista de la estrategia operativa exigía mayor velocidad de progresión, la que lograron los alemanes en 1940 con sus divisiones blindadas. Al aceptar una táctica que no compaginaba con la “táctica necesaria”, nos condenábamos a una estrategia militar estéril. El papel de la estrategia es, pues, señalar a las tácticas el objetivo hacia el que han de encaminar sus inventos e investigaciones. Solo entonces la evolución resultará dirigida en direcciones provechosas, por apuntar al objetivo de la lucha: la decisión.

CONCLUSIONES

En “Siegfried”, la obra teatral de Giraudoux, de vez en cuando se ven aparecer a unos Generales alemanes que andan en busca de una fórmula general de la guerra, especie de piedra filosofal que permita resolver todos los problemas. Esta imagen es una caricatura de la ciencia. La guerra es un fenómeno social demasiado complejo para dejarse apresar por cualquier fórmula sencilla que no sea una evidencia. Sin embargo, la ciencia moderna ha concluido por realizar las transmutaciones esperadas por la alquimia, pero por caminos completamente diferentes de aquellos de la alquimia. La misma ciencia moderna que descubre actualmente la Sociología, ha de investigar los medios de conducir el destino de la Humanidad, hasta aquí abandonando a dos más elementales empirismos.

En esta búsqueda, la Estrategia ha de constituir una de las disciplinas importantes, por ser el medio de acción de la política internacional, no resultando imposible que sus procedimientos sean aplicables al ámbito de la Política a secas, e incluso en todos los ámbitos en que se enfrenten dos voluntades.

Sólo por conocimiento del método y de los procedimientos de la estrategia y mediante su empleo consciente, las luchas inevitables podrán ser llamadas ahorrándose errores que han causado el derrumbamiento de Europa. Incluso es de esperar que merced a ese dominio numerosos conflictos pueden ser evitados y, ¿por qué no?, que el conocimiento del arte de la lucha desembarque en la elaboración de un verdadero arte de la paz, basado no ya en tendencia morales, sino en realidades eficaces como la actual estrategia de disuasión.

Pero la estrategia sólo es un medio. La definición de los objetivos que debe esforzarse en alcanzar pertenece al ámbito de la política y depende esencialmente de la filosofía que se quiere ver imperar. El destino del hombre depende de la filosofía que escoja y de la estrategia mediante la que trate de hacerla prevalecer.

CAPITULO II

ESTRATEGIA MILITAR CLÁSICA

CARÁCTER EVOLUTIVO DE LA ESTRATEGIA MILITAR

La estrategia militar clásica debería ser la mejor conocida. Sin embargo, no hay tal, ya que las reglas que la rigen han sido generalmente oscurecidas por ciertos factores contemporáneos cuya importancia, al parecer, debía ser permanente, cuando de hecho habían de dejar paso a otros factores preponderantes. Por ese motivo, en el presente se estudiará el problema situándose en primer término desde el punto de vista de la evolución del fenómeno, a fin de destacar sus rasgos fundamentales, los únicos que permiten comprender su carácter.

La guerra militar clásica se ha situado siempre en el marco de la guerra total. Siempre ha existido un importante componente económico y financiero (“si no hay dinero, no hay suizos...”). Siempre ha habido un componente diplomático evidente (neutralidad, coaliciones, etc...). Y, con frecuencia, ha habido un componente político considerable, de carácter ideológico (los armagnacs y los borgoñones, los hugonotes y la Liga, los “patriotas” de la época de la Revolución y del Imperio, las democracias y el nazismo, etc...). Este componente, de importancia varia, ha estado rara vez ausente de los conflictos.

En este marco total, que correspondía a las preocupaciones del gobierno o del soberano, el papel de los Ejércitos ha sido variable. Si fue generalmente preponderante, sólo resultó ser realmente decisivo en ciertos períodos favorables, hallándose reducido en otras ocasiones a una función casi auxiliar. Esta variedad del papel de los Ejercicios se debe en primer término, ello es evidente, a las cualidades relativas de los jefes militares que se enfrentaban, pero también-y cualquiera que fueran aquellas cualidades-a la mayor o menor aptitud de las Fuerzas Armadas para lograr una decisión militar completa. En cada época, la

estrategia total se ha visto abogada a utilizar los medios (económicos, diplomáticos, políticos o militares) que se evidenciaban más eficaces. Por este motivo, las Fuerzas Armadas sólo han desempeñado un papel preponderante cuando por sí solas tenían el poder de provocar la decisión.

Esta capacidad de decisión de las Fuerzas Armadas ha variado profundamente en el transcurso de la Historia en función de las posibilidades operativas del momento, las cuales resultaban del armamento, del equipo y de los métodos de guerra y abastecimiento de cada una de las partes opuestas. Ahora bien, tal variación ha sido muy rara vez valorada en forma justa. Por el contrario, la evolución ha sorprendido generalmente a los dos adversarios, quienes, han tenido que buscar nuevas soluciones que llevaran a la decisión. Excepcionalmente, un jefe militar de genio-entre los cuales Napoleón sigue siendo el modelo-ha sabido asegurarse una superioridad temporal mediante la anticipación de pensamiento, o sea de comprensión, que fue capaz de lograr. Pero esta anticipación ha concluido por enseñar al adversario las adaptaciones necesarias y el duelo ha vuelto a igualarse a cabo de cierto tiempo.

Así, pues, uno de los elementos esenciales de la estrategia militar clásica ha sido siempre el comprender más de prisa que el adversario las transformaciones de la guerra y, por consiguiente, estar en conclusiones de prever la influencia de los nuevos factores. A su vez, éstos han permitido o impedido la defensa victoriosa de las plazas fuertes, la batalla decisiva o las operaciones relámpago. Por grandes fases sucesivas, la guerra se ha presentado bien “corta y alegre”, bien agotadora y prolongada, cuando no incapaz de brindar resultados sustanciales. A cada cambio de fase, los contemporáneos se han visto desorientados por haber perdido su poder las recetas antiguas. Pero las nuevas recetas, que parecían responder definitivamente a las dificultades con que se tropezaba, no han tenido sino una eficiencia efímera. Es, por tanto, la plena comprensión del mecanismo de la evolución del carácter decisivo de las Fuerzas Armadas la que constituye la clave principal de la estrategia militar.

LA ESTRATEGIA DE LA BATALLA

La decisión militar en estado puro es la que resulta de la batalla victoriosa.

El mecanismo de la batalla, bajo formas muy diferentes, se reduce a un esquema relativamente sencillo. En efecto, el rasgo esencial de la batalla (terrestre) reside en el enfrentamiento de dos muros humanos formados por combatientes.

Esta disposición en muralla proviene de la necesidad para cada combatiente de ver sus flancos y sus espaldas cubiertos por vecinos. Cada cual cubierto y, a su vez, cubriendo, se llegó tempranamente a constituir filas más o menos prietas, más o menos multiplicadas en profundidad, según fueran las tácticas características del momento. Pero tal protección cesa en la extremidad de la fila, lo cual convierte los flancos en la parte natural vulnerable del dispositivo. La debilidad de los flancos ha llevado a buscar en primer término la decisión rebasándolos; después, mediante el envolvimiento del flanco adverso, presentando para ello un frente de combate más extenso, que el del adversario. Pero como quiera que tal alargamiento del frente, salvo cuando las fuerzas en presencia eran muy desiguales, provocaba en algún punto el debilitamiento de la línea de combate, existía igualmente la posibilidad de explotar esta situación con una acción tendente a romper la fila adversa, creándole así particularmente al enemigo nuevos flancos vulnerables. De tal suerte, el objeto de la batalla se reducía a desorganizar el dispositivo coherente constituido por la muralla de combatientes, resultando esta desorganización de un movimiento envolvente o de una ruptura.

Una vez roto el muro enemigo, la defensa estaba desorganizada. El peligro de ello resultante para cada soldado producía un choque psicológico que acarrearaba la designación del vínculo moral que unía a los combatientes. El ejército dislocado se transforma en una muchedumbre de individuos. En la Antigüedad, esta muchedumbre de individuos. En la Antigüedad, esta muchedumbre se convertía en cómoda presa para el vencedor. Era el “caedes”, la fase de la matanza, en la que el vencido era pasado al filo de la espada, en tanto

que el vencedor sólo sufría ligeras bajas. En los tiempos modernos, el alejamiento de los combatientes ha transformado la cabeza en derrota, fase de huida y de persecución que impide la reconstrucción del ejército en un conjunto coherente.

La maniobra desbordada requiere mayor movilidad que la que tiene la línea de combate. Por ello, las alas han sido tradicionalmente formadas por Caballería más recientemente por tropas mecanizadas y blindadas. La maniobra de ruptura reclama una potencia ofensiva superior lograda mediante una buena combinación de los elementos de choque (caballería acorazada, elefantes, carros) y los medios de fuego diversos (flechas, pilas lombardas, fuego de Infantería y de Artillería) que dispongan de una movilidad suficiente como para poder romper rápidamente al frente adverso.

La elección entre estos dos modos de ataque ha dependido de las circunstancias del terreno y de la relación de fuerzas, pero también ha estado estrechamente dominada por la eficacia de la táctica ofensiva contra la táctica defensiva del adversario. Esta se ha perfeccionado con arma blanca de cada uno de los combatientes de la fila, protegido o no por un escudo y a veces por un obstáculo constituido por un foso o una estacada, ha comprendido temporalmente el empleo de numerosos tipos de proyectiles, desde la flecha o la honda a la ballesta, desde la pistola al bolaño y a la granada. Por tanto, el ataque ha tenido que adaptarse a estas dificultades mediante tácticas apropiadas que pusieran en juego más potentes, capaces de neutralizar los medios de fuego adversos (es decir, reducir suficientemente su eficacia) o incluso destruir la muralla de combatientes en el punto en que se la quería romper. En ciertas épocas, las cualidades del armamento han dado la superioridad a la defensa; en otras, al ataque, lo cual ha provocado combinaciones muy diferentes,

Naturalmente, este esquema de la batalla se complica con el hecho de que la acción de envolvimiento o de ruptura resulta siempre preparada por una esgrima es fijar las fuerzas adversas, quebrantar su moral por el temor, el cansancio y las bajas, y luego concentrar el esfuerzo en un punto decisivo del ala o en el centro. Pero el enemigo dispone normalmente de reservas que le permitirán para este golpe decisivo. La preparación debe, pues abocar el

adversario a gastar sus reservas, sea induciéndolas por el combate. La batalla comprende así una fase de preparación más o menos larga, seguida de una fase de culminación.

Por tanto, reducida a lo esencial, la estrategia de la batalla es sencilla. Lo que le devuelve toda su complejidad es que los combatientes son hombres y no máquinas, incluso cuando utilizan máquinas. El ejército es una muchedumbre organizada cuyos cimientos reposan en la disciplina y la confianza recíproca. Por consiguiente, más allá de todas las combinaciones relativas a “las cosas materiales”, el arte consiste en saber reforzar o mantener ese vínculo psicológico en las tropas propias, sabiendo distenderlo en las del enemigo. El elemento psicológico es, por tanto, preponderante. Es el que conducido a las técnicas y a las combinaciones más diversas, desde las máscaras terroríficas y los gritos de guerra o las bombas silbantes de los stukas hasta las maniobras hechas de fintas y de sorpresas para producir lo que Napoleón llamaba “el acontecimiento”, cuya aparición ha de provocar la caída brutal de la moral adversa. Esta estrategia del acontecimiento escapa a toda codificación. A veces ese “acontecimiento” se dirigirá al combatiente de filas, a veces sólo apuntará al jefe enemigo, arruinando su confianza en las disposiciones propias.

Pero este esquema esencialmente terrestre. En el mar o en el aire, el elemento psicológico influye menos, ya que el vínculo entre los combatientes se ve asegurado por el material: no pueden abandonar ni su barco ni su avión. Por este hecho, en estrategia marítima o aérea el factor material ha sido generalmente preponderante: las consideraciones de velocidad, de manejabilidad, de alcance, de protección o de peso de la andanada son normalmente decisivas. Por consiguiente, en vez de buscar, como la tierra, la desorganización se deberá tender a la destrucción física. La Marina cuenta con barcos hundidos: la Aviación con aviones destruidos. El colorido de esta Ley es que el combate será rechazado en la mayor parte de los casos cuando existe desigualdad entre las partes. De ello resulta que la superioridad material provocará una disuasión importante por su simple existencia “in being”. Otra diferencia importante de las estrategias aérea y marítima es que no existe en el mar ni en el aire el equivalente del “terreno” con

todas sus diversidades. Al librarse en una superficie lisa o en el espacio y teniendo como únicos accidentes el viento, el sol y las nubes, la batalla adquiere un carácter mucho más esquemático que en tierra. En fin, la noción de fila, que es predominante en tierra, no ha desempeñado en el mar sino un papel pasajero y no ha podido aplicarse nunca en el aire. La batalla aérea, suma de acciones individuales, se ha ordenado en función del desgaste material del adverso mediante de destrucción en el suelo y en el aire. Difiere pues profundamente de la concepción de la batalla terrestre.

Con tal motivo es de observar que esta diferencia fundamental ejerce en nuestros días una importante influencia en los conceptos relativos a la guerra. La estrategia terrestre, basada en la desorganización, busca la decisión mediante las combinaciones y la maniobra. La estrategia aérea tiende únicamente a la destrucción física y razona en grandísima parte a base de potenciales. Estos dos conceptos se oponen y se combinan en nuestras ideas sobre la guerra moderna. Tendremos ocasión de volver sobre este extremo.

LA ESTRATEGIA DE LAS OPERACIONES TERRESTRES

En la guerra militar, la batalla no representa más que un momento, una culminación. En primer término, para combatir las fuerzas que han de enfrentarse deben ponerse al alcance y, naturalmente, tratarán de iniciar la batalla en las condiciones más favorables. El conjunto de disposiciones y de maniobras que de ello resultan, constituyen las “operaciones”.

EL MECANISMO DE LAS OPERACIONES

Las operaciones, lo mismo que la batalla y acaso más aún que la batalla, han sufrido una evolución muy importante a medida que el equipo y el armamento

de las tropas se han ido modificando. Otros factores, tales como la extensión del teatro de operaciones con el volumen de las fuerzas y la movilidad, o como el terreno, contribuyen a diversificar más aún el aspecto de las operaciones.

Primera fase: Operaciones y batalla

Distintas e independientes.

En una fase, que ha durado desde la Antigüedad hasta finales del siglo XVIII, las operaciones han sido enteramente distintas de la batalla. En efecto, durante este largo período, el armamento sólo confería una escasa capacidad de resistencia a un destacamento aislado. Para desplazarse con seguridad, el ejército tenía que permanecer agrupado. Como quiera que su volumen era modesto, no constituía sino un punto en el espacio que estaba a la búsqueda de otro punto representado por el ejército adverso. Como además el empleo de estas fuerzas sólo podía hacerse después de que las tropas estuvieran en orden “de batalla”, es decir, con cierta demora que iba desde algunas horas a un día entero, los dos ejércitos cuando se encontraban, siempre podían rechazar la batalla retirándose. Se presentaba batalla o se aceptaba la presentada por el adversario, o bien se rehuía. Es lo que se ha venido llamando “la batalla por consentimiento mutuo”.

Las operaciones tenían entonces por finalidad forzar el adversario a aceptar la batalla en condiciones desfavorables para él. Se buscaba el resultado invadiendo su territorio y desbastándolo. Para limitar este medio de acción, la defensa recurrió a un sistema de plazas fuertes que formaban como un tablero de ajedrez en medio del cual se movían los ejércitos. El agresor llegó entonces a obligar al defensor a librar batalla poniendo sitio antes las ciudades importantes y amenazando con tomarlas. Esta guerra de campaña a través de una red de plazas fuertes fue la última palabra del arte, señaladamente en el siglo XVII. Los reproches de pusilanimidad que posteriormente se han hecho, no reposan sobre ninguna realidad. Era evidentemente la única solución posible dadas las condiciones de la época. Como, por otra parte, los resultados de la batalla eran

siempre aventurados y podían poner en causa no sólo los logros de la campaña, sino también el considerable capital representado por los ejércitos, cada General se esforzaba en sólo aceptar la batalla cuando estimaba tener la casi certeza de una victoria, sea en razón de una gran superioridad numérica, sea por grandes ventajas del terreno. Ello daba lugar a campañas prolongadas, cortadas por sitios y pocos decisivas. Esta concepción, repitámoslo, perfectamente lógica, está muy claramente expresada por el Mariscal de Sajonia en sus "Memorias": "No soy partidario de las batallas y estoy persuadido de que un general hábil podría hacer (la guerra) durante toda su vida sin verse obligado a emprenderlas. Hay que librar frecuentes combates y derretir poco a poco al enemigo. Nada lo mengua tanto como este método ni adelante tantos los asuntos... No pretendo decir con ello que no ha de atacar al enemigo cuando hay ocasión de aplastarlo, pero quiero decir que se puede hacer la guerra sin dejar nada al azar (de la batalla) y que es este el más alto punto de perfección y de habilidad de un General. "Tales eran los objetivos y el carácter de las operaciones antiguas, en las que se han querido ver equivocadamente preocupaciones de guerra "de opereta" o d prudencia de gabinete.

Segunda fase: Operaciones y batalla

Distintas, pero ligadas

Sin embargo, hacia finales del siglo XVIII, las mejores mentes militares (Puységur, Forlard, Guibert, singularmente este último) tuvieron la inducción de que el nuevo armamento podría hacer posible una forma de operaciones más decisiva. En efecto, el desarrollo del fusil proporcionaba una potencia de fuego acrecentada que había permitido el orden de batalla llamado débil (en tres filas), el cual había llevado a una ampliación cada vez mayor de la líneas fortificadas, que concluyó por paralizar las operaciones. Las guerras se alargaban, interminables. El aumento de la potencia de fuego confería ahora a un destacamento aislado la posibilidad de ofrecer una resistencia de cierta duración. El ejército podía, por tanto, fraccionarse para desplazarse, incluso para vivir sobre el país. Fue éste el

“principio divisionario” concebido por la generación de los enciclopedistas y cuyas posibilidades iban a producir una revolución en las operaciones. Guibert apelaba con sus votos a “un nuevo Alejandro” para aplicar sus teorías. Fue Napoleón el primero que comprendió todo el partido que se podía sacar de esas nuevas posibilidades.

Su sistema de operaciones reposaba en una distinción absoluta entre el dispositivo operacional dispersado y formando una ancha red, y el dispositivo de batalla concentrado. Al maniobrar al estilo antiguo, el adversario permanecía más o menos agrupado. Napoleón con su ancha red le impedía prever su futuro punto de concentración, lo cegaba y lo paralizaba. Entonces podía cercarlo si permanecía quieto (como en Ulm) o, mejor aún, rodearlo y situarse en su línea de comunicación para forzarlo a la batalla en fuentes invertidos (como en Iena). De todas formas, el enemigo no podía rehuir la batalla, teniendo que aceptarla incluso con desventaja para él. En esa fase, las operaciones rigen la batalla. La guerra vuelve a ser decisiva, fulminante.

La técnica de las operaciones napoleónicas es esencialmente cinemática y logística. Se trata siempre de cálculos de movimientos que permitan las concentraciones, los apoyos recíprocos y los movimientos envolventes, y de cálculos logísticos que permitan esos movimientos. Como además Napoleón disponía de un ejército perfectamente “rodado” en el plano táctico, por tanto singularmente apto para entrar rápidamente en combate o despegar, su estrategia operativa le daba victoria sobre victoria.

Pero poco a poco el adversario aprende las reglas del juego. Se hace cada vez menos puntual y concluye por presentar, a su vez, dispositivos operacionales en forma de red que cubren una amplia parte del teatro de operaciones. La maniobra napoleónica se torna cada más difícil, hasta que la inferioridad de los medios franceses acarrea la derrota.

Las enseñanzas deducidas de la estrategia operativa de Napoleón han sido con frecuencia falseadas por el hecho de que se ha creído ver en sus maniobras una complicación de recetas absolutas, en tanto que éstas sólo eran aplicables en las condiciones del momento. La extraordinaria perfección de los cálculos del

Emperador no debe llamar a engaño: se beneficiaba sobre todo con una gran anticipación de pensamiento con relación a sus adversarios, resultando esa anticipación más valorada aún por el ambiente político que combatía el ejército francés: bajo el signo de las ideas de la Revolución. Casi por doquier (en Italia, en Alemania) había “patriotas” que venían a reforzar nuestra acción. Cuando ya no hubo semejantes “patriotas” como en España y en Rusia, los riesgos que implicaba ese tipo de operaciones se hicieron demasiado grandes. De hecho, nadie desde Napoleón ha podido reproducir sus esquemas.

Tercera fase: Operaciones y batalla confundidas

Otra razón, aún más decisiva, es que el aumento de la potencia de fuego, que en un momento dado permitió aquellas soluciones, las ha tornado imposibles al incrementarse. En efecto, en el siglo XIX el aumento de la potencia de fuego y de los efectivos de los ejércitos conduce a que el dispositivo de marcha sea cada vez más susceptible de transformarse rápidamente en dispositivo de batalla. El antiguo dispositivo de marcha en amplia red con columnas paralelas, se convierte ahora en un “frente”, dispositivo de marcha y batalla que ya resulta lo bastante denso como para formar un muro humano casi continuo. Al final de la evaluación, operaciones y batalla se confunden. Desaparece el antiguo arte de las operaciones –en sentido que le daban el Mariscal de Sajonia y Napoleón. En cambio, la estrategia de la batalla se alza al nivel de las operaciones. Como la capacidad defensiva de los frentes se ha acrecentado notablemente con la potencia de fuego, la acción de ruptura se ha hecho difícil. Lo esencial de las alas descubiertas (Woerth, Sedan, Mukden, Plan Schlieffen) mediante un frente más amplio que el adversario. Los frentes se tornan más densos y se alargan tanto más cuando que el armamento barato, el servicio militar obligatorio y los ferrocarriles permiten tener bajo las armas y mantener ejércitos cada vez más numerosos.

Se produce entonces un fenómeno cuyo sentido escapa a los contemporáneos: la maniobra desbordante sólo era decisiva cuando podía

realizarse rápidamente, antes de que se produjera el repliegue adverso o la intervención de sus reservas. Tal ha sido el caso en tanto que los frentes han conservado dimensiones modestas y las reservas no eran más rápidas que las masas envolventes. Pero cuando en 1914 el frente tiene una extensión de 300 kilómetros y el plan Schelieffen pretender llevar a cabo su envolvimiento con un ala que va a pie, la maniobra pierde toda eficacia: el frente desbordado se despega fácilmente mediante un repliegue, y las reservas, transportadas en ferrocarril, reconstituyen en París una masa capaz de rebasar el ala envolvente. Es la batalla del Mame. Sin embargo, también el enemigo puede despegar mediante un repliegue. De conformidad con los procedimientos de la época, responde con una nueva maniobra desbordante que, a su vez, será rebasada. Es la carrera al mar la que consagra el fracaso definitivo de la maniobra envolvente. El frente, ahora extendido desde Suiza hasta el mar del Norte, se estabiliza. Concluye la era cinemática de las operaciones.

Cuarta fase: Frente de batalla igual

Al teatro de operaciones

La estabilización de los frentes que cubren la totalidad del teatro de operaciones constituye una completa sorpresa para los dos adversarios. Sin embargo, ya habían anticipado esta situación la guerra de Secesión y la de Manchuria, en las cuales la fortificación de campaña había sido muy utilizada, aunque la existencia de las alas descubiertas había permitido recurrir a la maniobra desbordante. El fenómeno del “frente continuo” y estático resultaba de la potencia defensiva considerable de que disponía ahora una Infantería armada con ametralladoras, resguardada con alambradas y protegida por trincheras, así como de los enormes efectivos implicados en la guerra. Por no haber ya envolvimientos posibles, las operaciones-batalla se reducen entonces a buscar la ruptura del frente, rompimiento del que se espera que permita reanudar las operaciones del movimiento.

Al parecer, el problema que se plantea no es ya de movimiento, sino de potencia. Hay que hacer acopio de armamentos suficientes (“cañones, municiones”) para destruir el frente enemigo, luego para explotar esa brecha con masas de Infantería. Pero así como los movimientos envolventes habían fracasado por carecer de velocidad el ala envolvente, las rupturas del frente fracasan por progresar el ataque, realizado a pie, menos de prisa que las reservas que afluyen por ferrocarril y con camiones. Esos ataques se hunden en “bolsas”, con gran desengaño por parte de los Estados Mayores que no han comprendido la importancia e influencia posible de la movilidad táctica. Por no conseguir “la brecha”, mediante la cual se pretende acabar con las reservas enemigas, las operaciones se confunden con el desgaste (Verdún, la Somme). Al fin, Feuchtwanger concibe una maniobra de martilleo que le permita combinar la acción de bolsas sucesivas. Pero este martilleo de la batalla de Francia requiere medios enormes. Pero este martilleo de la batalla de Francia requiere medios enormes. Las operaciones, la “estrategia”, como se decía en aquel tiempo, se reduce a una pesada dinámica de fuerzas. Esta es la doctrina con la que abordamos 1940.

Quinta fase: La batalla prepara las operaciones

La campaña de 1940 muestra cómo se viene abajo. El nuevo factor táctico constituido por la pareja carro-aviación, opuesta a nuestros frentes lineales y estáticos, realiza por doquier la ruptura rápida, justamente porque la movilidad táctica del ataque alcanza al fin un nivel suficiente con relación a la movilidad estratégica de las reservas. Este nivel permite que se vuelva a “la guerra de movimiento”. La breve fase dinámica de las operaciones, que ha constituido en colocar y emplear las fuerzas de ruptura, se ve seguida por una fase de explotación de la batalla que se impone decisiva por sus penetraciones y sus envolvimientos. En forma curiosa, el esquema del siglo XVIII resulta invertido: es la batalla la que precede y prepara las operaciones decisivas. El factor movimiento recobra toda su importancia.

Pero el desarrollo posterior de la guerra corrige un poco esta evolución a medida que la táctica defensiva hace menos fácil la ruptura. En Rusia, como en los frentes occidentales, las operaciones consisten en una sucesión de batalla y de explotaciones en que, simultáneamente, dominan las fuerzas y los movimientos. Salvo acaso en Libia, donde las fuerzas son muy reducidas con relación al espacio, no se registran ya operaciones y batallas siguen mezcladas.

Al mismo tiempo, la última guerra mundial registra la primera aplicación de un nuevo concepto de las operaciones: la decisión por el desgaste provocado por las fuerzas aéreas. Este concepto nació en Italia, en 1930, y se debe a Douhet, quien comprobó la impotencia de las fuerzas terrestres para lograr la decisión. En efecto, la táctica de la época y la frontera de los Alpes paralizaban la acción de las fuerzas terrestres. En 1941, Inglaterra en su isla estaba en una situación análoga. La R.A.F. se inspiró en la teoría de Douhet, aunque en aquel momento, como se había visto en 1940, la decisión terrestre fuera fácil. El “bomber command”, pronto reforzado por norteamericanos, se lanzó a aplastar a Alemania bajo los bombardeos. Con enormes medios, el desgaste fue terrible, pero no decisivo por sí sólo. Como en 1918, la decisión salió de una serie de batalla terrestre en las que ayudó el desgaste del bloqueo y de los bombardeos aéreos.

Sexta fase: Frente de batalla inferior

Al teatro de operaciones

Después de la guerra aparece el arma atómica, de la que no se trata aquí. Sin embargo, en el plano puramente clásico, otro fenómeno se impone a la atención: la importante reducción de volumen de las fuerzas en razón del aumento considerable del precio de los equipos modernos; conjuntamente con los dispendios provocados por la preparación de la guerra nuclear.

Como consecuencia de este hecho, con medios mucho más móviles que en el pasado, las fuerzas terrestres vuelven a hallarse ante el dilema de tener que diluirse en espacios demasiados vastos para ellas o bien concentrarse (relativamente) en frentes estrechos, aceptando intervalos entre sí o presentando

alas descubiertas. Hasta el presente, no se ha hallado para este dilema sino soluciones al parecer incompletas: por falta de medios teóricos que permitan una buena vigilancia de día y de noche en amplios frentes, ello sin comprometer fuerzas importantes, la solución que parece ser inevitable es la dilución, la cual sólo deja subsistir puntos de fuerza insuficientes. La solución consiste en aceptar que el frente de operaciones sea inferior a la extensión del teatro es igualmente peligrosa, en razón de las grandes movilidades actuales con medios motorizados y aerotransportados. Un compromiso entre ambas soluciones será sin duda necesario.

Pero lo que se puede concluir del estudio de la evolución pasada es que tal situación provocaría (en guerra clásica, no atómica) la imposibilidad de cualquier estabilización de los frentes del tipo 1914-18, por tanto, una grandísima inestabilidad estratégica. La maniobra apoyada en las grandes movilidades modernas (debidas al motor y a las transformaciones) desempeñaría en ella un papel acrecentado. La decisión podría ser extremadamente rápida.

En fin, la existencia de medios aéreos y aerotransportados daría a la batalla terrestre una gran profundidad. La batalla se desarrollaría en superficie y no a lo largo de un frente.

CONCLUSIONES

El rápido análisis que antecede permite sacar algunas conclusiones útiles.

Primera. La esencia de las operaciones ha evolucionado entre dos polos extremos: los movimientos y las fuerzas, con desoficaciones intermedias muy variables.

Segunda. Esta evolución se ha visto rígida en su mayor parte por la evolución de los factores tácticos.

Tales factores tácticos, vinculados al armamento, al equipo y a los procedimientos de combate, pueden reducirse, al parecer, a los siguientes:

- la capacidad ofensiva.
- la capacidad defensiva.
- la movilidad “estratégica” (fuera del combate).
- la movilidad “táctica” (en el combate).

Es la variación relativa de estos cuatro factores la que ha conducido a la diversidad de soluciones operativas.

Tercera. La evolución se ha visto igualmente influida por el volumen de las fuerzas comparado con el espacio de los teatros de operaciones.

Cuarta. Cuando las operaciones no han tenido carácter decisivo han derivado hacia un concepto de desgaste que ha provocado considerablemente esfuerzos de guerra y el agotamiento recíproco de los beligerantes.

Quinta. Según sea el valor relativo de los factores anteriores, las operaciones han sido simultáneamente móviles y poco decisivas, móviles y muy decisivas, lentas o estabilizadas. Todas estas modificaciones se han producido ante la sorpresa de los contemporáneos, ya que en cada época se ha creído que los caracteres de la estrategia operativa que se practicaba seguirían siendo siempre los mismos, cuando, por el contrario, han variado constantemente.

Esta última consideración muestra la extrema importancia que se ha de conceder a la comprensión del mecanismo de la estrategia para no verse sorprendido por sus transformaciones y, a ser posible, para poderlas apreciar más correctamente que el adversario y anticiparse a él.

LAS OPERACIONES Y LA ACTITUD ESTRATEGICA

El mecanismo de las operaciones posibles, en cada fase de la evolución, determina el marco del juego estratégico en una época dada. Dentro de ese marco, el mando militar ha de determinar el tipo de maniobra mediante la cual pretende llevar a cabo las tareas que la política le ha encomendado.

Dicha maniobra depende evidentemente de las relaciones existentes entre la misión recibida, la fuerza del enemigo, la fuerza de las tropas propias y el terreno. Las misiones que puedan ser encomendadas a las Fuerzas Armadas es posible reducirlas a las siguientes:

- Conquistar un territorio o prohibir un territorio al enemigo.
- Destruir las fuerzas adversas o desgastarlas
- Ir de prisa o ganar tiempo.

Habida cuenta de las posibilidades brindadas en los planos tácticos y operativos por las condiciones del armamento actual, la acción a emprender aparece más o menos fácil o difícil, y no dispone más que de una escala limitada. La elección que entonces se impone al mando corresponde a la estrategia, cuyo análisis se ha visto en el capítulo primero. Esta elección llevará a definir la acción estratégica de la campaña.

No volveremos a tratar de todas las complejidades de la decisión estratégica, ya examinadas anteriormente. Nos limitaremos a examinar en forma sumaria las soluciones principales utilizadas hasta aquí en el juego estratégico.

1.- Cuando existen medios superiores y una capacidad ofensiva suficientemente asegurada, la campaña tenderá ofensivamente a la batalla decisiva. Es la estrategia ofensiva de aproximación directa, en la que ha de efectuarse la concentración del máximo de medios y apuntar hacia la masa principal enemiga.

2.- Cuando la superioridad es menos evidente, y sobre todo cuando los datos tácticos muestran que la ofensiva es un medio menos eficaz, se presentan dos soluciones:

- o bien desgastar al adversario mediante una defensiva explotada por una contraofensiva. Es la estrategia directa defensiva-ofensiva.

3.- Cuando los medios militares son insuficientes para lograr el resultado que se espera, la acción militar sólo desempeña ya un papel auxiliar en el marco de una maniobra de estrategia total en el modo directo, siendo la resultante de acciones políticas, económicas o diplomáticas, convenientemente combinadas.

En esta acción militar auxiliar, las fuerzas militares, según sea el caso, podrían llevar a cabo operaciones limitadas que representen una prueba de fuerza local o bien desgastar al enemigo con la guerrilla o incluso participar en la decisión mediante su simple amenaza.

LAS OPERACIONES Y LA ESCRIMA ESTRATEGICA

Una vez bien definida la acción estratégica, queda por llevar a cabo la ejecución del plan. Como quiera que el adversario también querrá aplicar su plan, resultará de ello una oposición dialéctica en la que cada cual tratará de que su voluntad prevalezca. Hemos visto anteriormente¹ los conceptos teóricos que corresponden a este duelo. Pero la aplicación de tales conceptos habrá de variar en cada época y, por tomar la esgrima estratégica aspectos tan diferentes, resultará imposible reconocerlos.

En efecto, según sean las épocas, el duelo se parecerá a un duelo ágil con espadas ligeras, a un duelo con sable o armas demasiados pesadas, incluso a un duelo con mazas casi imposible de manejar, y hasta a una lucha con las manos

solas. Aún más, el duelo será con frecuencia desigual, como en los combates de gladiadores, es decir, un duelo en el que se opongan la espada ligera (Napoleón) y un sable demasiado pesado (Mack); o bien un hombre con las manos solas (pueblos coloniales) y un hombre armado con una daga (guerras coloniales). Como en un cinc de velocidades variables parecerá tan tonto que los antagonistas están dando brincos como que reaccionan con majestuosa lentitud. Pero cada una de estas características nuevas resultará de la época más o menos totalmente utilizadas por la inteligencia de los jefes opuestos.

¹ Ver capítulo I.

En un prefacio escrito hacia 1934, el General Gamelin explicaba que entre el plan 17 de 1914, que preveía que ofensiva en dirección de las Ardenas, y la terminación de la batalla de Francia de 1918 existía una completa similitud de concepciones, aun cuando entre ambas se hubiera producido la adaptación de los medios a los fines de la estrategia: la estrategia disponía por fin de medios que hacían posibles su maniobra. Este criterio, que sólo reposa en una analogía geográfica, muestra todo el error consistente en asimilar dos acciones militares aparentemente semejantes y que se desarrollan en un mismo terreno, pero en momentos distintos de la evolución y en circunstancias diferentes. El golpe ofensivo en dirección a las Ardenas en 1914 era una locura: a) la débil capacidad ofensiva de aquel tiempo abocada la acción al fracaso; b) el terreno era desfavorable; c) avanzar en el centro en presencia de un ala derecha alemana no contenida, suponía ir en busca del cerco. La situación de 1918 invierte dos de esos tres factores: el terreno sigue siendo desfavorable, pero a) la capacidad ofensiva se ha vuelto considerable; b) el enemigo está detenido en todos sitios, sus reservas se han desgastado y, al avanzar en el centro, se amenaza con envolver toda el ala derecha alemana. Además, la comparación entre 1914 y 1918 pone de manifiesto la extraordinaria movilidad de las fuerzas en 1914 y la extrema lentitud de las de 1918. Es decir que, en el intervalo de cuatro años, las

reglas de la esgrima estratégica se han modificado totalmente. Se asistirá a transformaciones mucho más hondas entre 1918 y 1940, e incluso entre 1940 y 1945.

Todas estas consideraciones muestran que la dificultad esencial del arte militar es su variabilidad. Respecto al pasado, todo se razona y explica, si es preciso, con un importante componente de azar. En el presente futuro, en el cual radica necesariamente toda concepción estratégica, hay que apoyarse a la vez en la experiencia pasada e inventar la adaptación de esta experiencia a los nuevos medios. Toda innovación constituye un riesgo mayúsculo, pero cualquier rutina está condenada de antemano.

En este ámbito conjetural y terrible, la clave del razonamiento ha de ser buscada en las transformaciones de la estrategia operativa.

CAPITULO III

ESTRATEGIA ATOMICA

La estrategia atómica-o mejor dicho, la aplicación por la estrategia de las consecuencias del arma atómica-ha producido importantes alteraciones en la concepción del empleo de las fuerzas con vista a la guerra o al mantenimiento de la paz. Es interesante desmontar el mecanismo mediante el cual se han producido los cambios. Así podrá medirse mejor la importancia de tales alteraciones y, acaso, tratar de prever las culminaciones posibles de la evolución que está en curso.

IMPORTANCIA Y ORIGINALIDAD DEL ARMA ATOMICA

El arma atómica, servida por los medios modernos de entrega, no es, como se ha dicho a veces inexactamente, “sino un arma como las demás sólo que más potente”. Ante todo, por su potencia no tiene punto de comparación con nada de

lo que hemos conocido. Una bomba atómica media de 20 KT produce una fuerza explosiva igual a la de una salva de cuatro millones de cañones de 75. Una bomba termonuclear media de 1 MT representa una salva de 200 millones de cañones de 75¹. Ahora bien, tan enorme potencia, cuya eficiencia se incrementa además con las lluvias atómicas¹, es disparada y colocada sólo por unos pocos hombres. Es una revolución extraordinaria.

¹ Además, en explosiones muy altas, la zona incendiada puede alcanzar varias decenas de miles de kilómetros cuadrados.

¹ Estas lluvias radiactivas-en el caso de explosiones bajas-provocan zonas de contaminación que pueden alcanzar varios miles de kilómetros cuadrados.

Como por otra parte el alcance de los vectores tiende a abarcar la superficie de medio meridiano terrestres, esta arma podría lograr cualquier objetivo del globo terrestre con notable precisión; actualmente sólo abarca el cuarto de meridiano, lo cual quiere decir que una arma sola abarca con su amenaza todo el hemisferio de la que es centro.

En razón de esta doble característica (potencia y alcance), el arma atómica provoca un fenómeno enteramente nuevo: ya no existe relación entre la potencia y la masa. Todavía ayer eran precisos 1.000 aviones para destruir a Hamburgo y todos los cañones de un ejército para destruir a Berlín; hoy, cada una de esas destrucciones podría realizarse con una sola misión individual.

Por otra parte, esa extraordinaria potencia de fuego tiene una movilidad casi total, en contraste con la pesadez de las masas amadas, y permite alcanzar cualquier punto del territorio. La defensa de las fronteras con la muralla humana constituida por los ejércitos, se revela impotente para proteger al país con la destrucción física o la contaminación nuclear. De suerte que las fuerzas armadas tradicionales parecen completamente inútiles-al menos a primera vista.

LAS MODALIDADES DE LA ESTRATEGIA ATOMICA

Para defenderse de este peligro sin precedentes, no existen, al parecer, sino cuatro tipos posibles de protección:

- la destrucción preventiva de las armas adversas (medio ofensivo directo);
- la intercepción de las armas atómicas (medio defensivo);
- la protección física contra los efectos de las explotaciones (medio defensivo);
- la amenaza de represalias (medio ofensivo indirecto).

Estas cuatro modalidades han sido explotadas correlativamente con fortunas diversas y han concluido por combinarse en formas estratégicas muy complicadas.

1.- La destrucción preventiva, ya que no de las armas atómicas, difíciles de localizar, al menos de los medios de producción y de lanzamiento, pareció ser al principio la mejor fórmula: la superioridad norteamericana era considerable y los medios de lanzamiento adversos, constituidos por aviones dependientes de bases aéreas de fácil localización, permitían confiar en la destrucción de la casi totalidad de los medios enemigos. Se estableció una táctica de destrucción basada en un buen plano de fuegos atómicos y que preveía el ataque de cada uno de los objetivos conocidos.

Pero esta situación favorable duró poco tiempo: los objetivos se fueron multiplicando en razón del aumento de los medios del adversario y del desarrollo de su táctica de dispersión. Además, numerosos objetivos no podían conocerse de antemano a causa de las medidas de dispersión adoptadas en caso de alerta en terrenos sumariamente equipados, mal conocidos o nada conocidos. Por otra parte, la política proclamada por la OTAN permitía difícilmente tomar la iniciativa de desencadenar acciones de bombardeo. El desencadenamiento sólo podía ser

tomado en consideración como una réplica, y sería preciso sufrir el previo ataque enemigo. Ello arrebató su carácter preventivo a la destrucción de los medios adversos, lo cual llevó a conceder una importancia capital a los demás tipos de protección, como la interceptación, la protección física contra los efectos de la explosión y la amenaza de represalias que examinaremos más adelante.

Pero al mismo tiempo, el estudio del problema de la destrucción de las fuerzas permitía llegar a la conclusión del interés primordial del ataque por sorpresa: a partir de cierto nivel de medios, semejante ataque enemigo podía causar destrucciones tan graves que la réplica resultara problemática. El problema de un "Pearl Harbour" atómico fue la pesadilla de los Estados Mayores durante años y llevó a establecer una táctica "antisorpresa", que veremos a propósito de otros tipos de protección, la cual se ha vuelto muy eficaz.

En cuanto el valor de la réplica, era preciso que fuera mantenida con una eficacia probablemente suficiente como para suprimir, a ser posible, o al menos reducir sensiblemente, la capacidad de destrucción adversa. Mas la multiplicación de los medios de lanzamiento y la aparición de los cohetes aumentaron considerablemente la dificultad del problema: existe toda una escuela que pretende incluso que una táctica "contra fuerzas"¹ está abocada al fracaso. La verdad es que se ha hecho imposible destruir todo, aun cuando por otra parte sea extremadamente peligroso dejar que subsista una fracción importante de las fuerzas adversas. Como mínimo, siempre se podría destruir los medios muy vulnerables, tales como los aviones antiguos y los radares que construyen una parte importante de las posibilidades adversas. Aunque se tenga hoy la seguridad de que la táctica "contra fuerzas" sólo tendría una eficacia parcial, su aplicación se sigue considerando como necesaria, lo que induce a multiplicar los medios de lanzamiento. Como por otra parte, un crecido número de objetivos están situados en los países satélites, donde se quiere limitar las destrucciones a las instalaciones militares, la "táctica de destrucción" ha de ser instalaciones militares, la "táctica de destrucción" ha de ser muy precisa, desechando el empleo de las explosiones de mucha potencia. Todo ello lleva a establecer programas muy onerosos.

Por este motivo, al término de la evolución algunos han vuelto a colocar en primera fila la idea de una acción realmente preventiva cuyo rendimiento sería mucho mayor, tanto por el hecho de que aún no se habrían sufrido las pérdidas ocasionadas por la primera andanada enemiga, como por el de que el adversario, no alertado ni dispersado todavía, sufriría aún mayores destrucciones. Para conciliar-en forma más o menos convincente-la concepción de esta acción preventiva con aquella otra, completamente política, de una renuncia a la agresión, tal acción preventiva ha recibido el nombre particular de “pre-emptiva”, subrayándose así que sólo sería desencadenada si y cuando indicios ciertos permitieran prever la inminencia de un ataque enemigo.

¹ Corrientemente llamada “Estrategia” contra fuerzas. Se trata, en realidad, de una modalidad de aplicación de la Estrategia, o sea, de una táctica.

Como quiera que sea, la protección completa mediante una destrucción preventiva de los medios adversos aparece como terriblemente problemática¹. Su acción sería indispensable en el curso de una conflicto, pero con resultados que sólo serían parciales. Por tanto, se impone el empleo de otros medios de protección.

2.- La intercepción de las armas atómicas apareció bastante pronto como un posible elemento clave de la nueva estrategia. De convertirse en absoluto por nuestra parte el valor de la intercepción, ya no se necesitaría una acción preventiva – políticamente tan peligrosa-ni de protección física, perdiendo además todo peligro la amenaza de represalia adversa.

Pero este objetivo ideal es técnicamente muy difícil de lograr y de mantener. En la gigantesca carrera tecnológica emprendida entre la intercepción y la penetración, a cada progreso de la intercepción responderá un nuevo progreso de la penetración. Así se va desarrollando en tiempos de paz una nueva forma de estrategia, apenas esbozada en los anteriores conflictos, por lo que se llamó “la carrera de los armamentos”.

Esta estrategia no libra batallas, pero trata de superar las “mareas” de los materiales adversos. Se le ha dado el nombre de “estrategia logística” o de

“estrategia genética”. Su táctica es industrial, técnica y financiera”. Es una forma indirecta de desgaste que, en vez de destruir los medios adversos, se contenta con descalificarlos, provocando así enormes dispendios. Fue así como los radares de la batalla de Inglaterra permitieron la primera victoria aérea defensiva de la Historia. Pero los aviones que vuelan a gran altura han descalificado todos los radares y todos los cañones antiaéreos. Luego los proyectiles tierra-tierra ininterceptivos han descalificado los aviones dependientes de bases fijas y vulnerables, en tanto que los proyectiles tierra-aire hacían que la interpretación

¹ Esta conclusión necesaria (singularmente, por ejemplo, con el desarrollo de los submarinos) no contradice la teoría norteamericana reciente que prefiere hablar de una táctica contra fuerzas antes que de una táctica “contra ciudades”. Volveremos sobre este punto a propósito de la disuasión.

fuera muy probable. Pero los proyectiles aire-tierra permiten a los aviones alcanzar su objetivo situándose fuera del alcance de los proyectiles tierra-aire de la defensa aérea y la interceptación de los proyectiles tierra-tierra parece ahora posible, etc.

Así se desarrolla una guerra silenciosa y aparentemente pacífica, pero que podría revelarse decisiva por sí sola. Sin embargo, no se termina nunca la carrera y, con altibajos, la interceptación sigue siendo problemática.

3.- Entonces, ¿puede reducirse los efectos de los fuegos atómicos en forma satisfactoria mediante una protección física?. Antes de existir el arma termonuclear, se habían visto soluciones posibles: enterramiento, dispersión, movilidad, protección con obras de cemento armado, etcétera. Ninguna de estas soluciones proporciona una protección absoluta, pero el rendimiento de los disparos resultaría en cierto modo considerablemente reducido (en el mejor de los casos, cerca de 25 veces). Con el arma termonuclear, la protección conserva su valor relativo pero la potencia del ataque se incrementa tanto que es difícil abrigar la esperanza de lograr una protección eficaz. Por otra parte, se necesitaría consagrar sumas astronómicas y muchos llegan a la conclusión de que es preciso dedicar todo el esfuerzo a los medios ofensivos y a la capacidad de penetración.

4.- y es que, en efecto, más allá de todos estos procedimientos defensivos, de validez variable e incierta, no existe verdadera protección sino en la amenaza de represalias. Por ello, hay que tener una fuerza “de frappe”¹ bastante potente como para desanimar al enemigo de emplear la suya. Es la estrategia de disuasión en su forma inicial más sencilla: se trata de influir directamente sobre la voluntad del adversario sin pasar por el intermediario de una prueba de fuerza. Con esta idea general, vamos a ver cómo se desarrolla una estrategia siempre más compleja y siempre más sutil.

¹ Traducción demasiado literal de Striking force. En realidad, el término conveniente debería ser: “fuerza ofensiva” o “fuerza de ataque”.

LA ESTRATEGIA DE DISUASIÓN

a) La disuasión nuclear

La disuasión se basa ante todo en un factor material: hay que tener una gran potencia de destrucción, una buena capacidad de penetración. Ya se ha visto, a propósito de la intercepción, la importancia que tiene esa lucha permanente para conservar una capacidad de penetración suficiente. Además, como no se hace la guerra, el valor exacto de las capacidades de intercepción y de penetración siguen siendo conjetural-lo mismo por supuesto, que la potencia de destrucción del adversario. Esto hace comprender mejor la importancia del U_2, cuyos vuelos permitían medir la capacidad de intercepción adversa, y la indignación de los soviéticos al ver que el adversario llevaba a cabo semejantes experiencias.

Este factor material, de por sí bastante incierto, se complica singularmente si se toman en consideración las hipótesis sobre cuál de los bandos será el que tirará primero. Este cálculo no tenía excesiva importancia en la época de los aviones relativamente lentos, ya que los plazos de alerta eran tales que el ataque

y la réplica se cruzaban en el aire. Por el contrario, con los cohetes ya no hay disuasión si la primera andanada enemiga tiene tal capacidad de destrucción que nuestra réplica se viera considerablemente debilitada. El valor de la disuasión ha resultado así ligado no a la potencia de la fuerza de “frappe” , sino a la potencia que quedara después de haber sufrido la primera salva, o sea a su capacidad de supervivencia. De ahí una táctica de supervivencia, muy onerosa y muy compleja, tendiente a lograr una alerta casi instantánea (grandes radars, satélites, transmisión automática, máquinas de calcular electrónicas, etc), un desencadenamiento de las misiones y de los disparos antes de que llegue la andanada (aviones que se mantienen en vuelo o en alerta a los quince minutos, cohetes con propulsivo sólido, etc.), una protección de los instrumentos de tiro merced a su movilidad (submarinos atómicos), defensa de cemento armado, a fin de forzar al adversario a gastar un crecidísimo número de armas para cada objetivo o mediante la dispersión. Los términos de la educación que refleja los resultados obtenidos por la primera andanada adversa y por la réplica, dependerá de valor relativo de las tácticas de supervivencia de ambas partes pero también de la eficacia estimada de las tácticas de interceptación, así como de la valoración de la precisión de tiro. Estos resultados se hacen cada vez conjeturales.

Sin embargo, cuando antecede tiene un carácter casi geométrico frente al factor psicológico mucho más importante y mucho más imponderable. Se quiere impresionar al adversario hasta impedir que utilice su fuerza de ofensiva. Por tanto, hay que tener una capacidad de destrucción tal que la tema lo bastante; luego, hay que llevarlo a creer que es capaz de desencadenar la represalia como réplica o como primera andanada en esta o en aquella hipótesis.

La noción de la capacidad de destrucción suficiente desde un punto de vista psicológico ha sido objeto de apreciaciones muy diversas. Basándose en el precedente de Hiroshima y Nagasaki, hay quienes piensan que la destrucción de algunas grandes ciudades bastaría para que capitulara cualquier Estado moderno. Otros, que van más lejos, calculan la fracción de potencia económica adversa que debería destruirse para “herir gravemente” al enemigo, infligiéndole así una pérdida de potencia que constituyera un “handicap” duradero e inaceptable para

él. En fin, ciertos teóricos norteamericanos consideran que la única destrucción eficaz es la de las armas nucleares enemigas, porque desarma al adversario. La capacidad de destrucción debería, por tanto, permitir una contra-batería muy acentuada, a cuyos resultados se añadiría el desgaste de los almacenamientos adversos causados por el ataque enemigo contra nuestros propios medios de lanzamiento. Estos diversos puntos de vista se esquematizan en las dos tácticas contrapuestas llamadas “contra fuerzas” y “contra ciudades”. La elección entre estas dos soluciones es bastante difícil de hacer; se ha visto que la táctica “contra fuerzas” sería muy eficaz si se pudiera tener la seguridad de realizarla casi completamente. Pero aparte de que sea necesariamente muy costosa, se ha cada vez más insegura a medida que se perfeccionan las tácticas de supervivencia. Existe, pues, una gran tentación por volverse hacia la táctica “contra ciudades”, que es mucho más fácil, menos onerosa de realizar y que se ha llamado la “estrategia del deterrent mínimo”. Mas se han percatado que si no se ha atacado – o sea no destruido – lo esencial de la capacidad de “frappe” adversa, por cada destrucción que se lleva a cabo, se padecerá un castigo terrible. De intercambio en intercambio, se caminaría hacia una destrucción total y recíproca, tal vez desigual en perjuicio nuestro, lo cual carece de sentido y, en todo caso, nos disuade por lo menos tanto como al adversario. Por lo demás, no hay forzosamente una simetría en la disuasión; los Estados Unidos serían más sensibles a la destrucción de sus ciudades que los soviéticos. Esta puede ser la explicación de que los norteamericanos se inclinen a favor de la táctica “contra fuerza” y de posible elección por parte de los soviéticos de la táctica “contra ciudades”¹. La elección también puede descubrir segundas intenciones muy importantes: el que juega la carta “contra ciudades” corre en el valor absoluto de la disuasión que lleva a cabo, de lo contrario, en caso de conflicto no tendría otro recurso que el suicidio recíproco; el que juega la carta “contra fuerzas” duda del valor de la disuasión y admite la posibilidad de un conflicto atómico que comprenda el empleo más o menos total de las fuerzas de ataque estratégicas, lo cual acrecienta su capacidad de disuasión. De todas maneras, la elección se impone a las potencias nucleares secundarias (Gran Bretaña, Francia, mañana

China), las cuales no pueden en absoluto disponer de los medios necesarios para adoptar una táctica “contra fuerzas”. ¿Hasta qué punto tal táctica “contra ciudades”, forzosamente limitada, puede disuadir, o sea neutralizar, a alguno de los dos Grandes? Como quiera que las capacidades de destrucción son muy desiguales, el equilibrio sólo puede ser restablecido por una segunda forma de persuasión: el temor a que el más débil desencadene de todos modos sus represalias.

¹ El número apreciado de ICBM soviéticos-relativamente bajo-puede indicar bien lo elección de una táctica “contra ciudades”, bien la existencia de dificultades que todavía no han permitido la realización el programa “contra fuerzas”, que corresponde a las teorías soviéticas publicadas. El intento efectuado en Cuba en 1962 pudiera haber tenido como uno de sus objetivos el lograr una capacidad “contra fuerzas”.

El primer grado de esta operación consiste en dar a este desencadenamiento un fundamento racional que le preste una buena verosimilitud. Es lo que se ha llamado la credibilidad. Esta es la resultante no sólo del valor de la ecuación material que acabamos de ver, y cuyo carácter positivo ha de ser subrayado, sino también de la comparación entre el riesgo y lo que se arriesga. Una Suecia defendiendo su libertad se hallaría en presencia de un evite total, en tanto que la U.R.S.S., por ejemplo sólo sacaría de su conquista un provecho limitado. El suicidio de Suecia se asemejaría un tanto al de un capitán de un barco que preferiría hacer saltar un barril de pólvora antes que entregarse a los piratas. Las pérdidas sufridas entonces por la U.R.S.S. no estarían en proporción con sus ganancias eventuales. He aquí la base lógica de los pequeños disuasivos nacionales. Agreguemos que este juego, muy peligroso, implica cierta confianza en la disuasión...Si el adversario puede estar persuadido de que hemos calculado que en tal o cual caso tendremos interés en desencadenar nuestras fuerzas: creerá más fácilmente en la amenaza. Señalemos en seguida que el juego es bilateral y que credibilidades opuestas respecto a un evite comparable tienden a anularse...

Entonces interviene un segundo grado de persuasión, basado esta vez por el contrario en la irracionalidad. Si tenemos que vérnoslas con un loco, no hay

que acosarlo demasiado. La firmeza de Dulles, las iras y el zapato de Iruschov, la fría obstinación de De Gaulle corresponden a ese juego psicológico cuya influencia puede rebasar todos los cálculos deducidos del factor material. Es que en realidad el elemento decisivo se asienta en esta voluntad de desencadenar el cataclismo. Hacer creer que se tiene esa voluntad es más importante que todo lo demás. Naturalmente cada cual "farolea", pero ¿hasta qué punto?

Todo ello desemboca en una dialéctica extremadamente sutil que tiende a apreciar la probabilidad de las reacciones del adversario en función de sus medios y de su voluntad de emplearlos, y también en función de la opinión que pueda tener de nuestros medios y de nuestra voluntad de emplearlos e incluso de la idea que se hace de la idea que nos hacemos de sus medios y de su voluntad de emplearlos.

De esta montaña de valoraciones conjeturales, de hipótesis y de apreciaciones basadas en instituciones complejas, sólo destaca un único factor que tenga un valor cierto: la incertidumbre. Es, en fin de cuentas, la incertidumbre la que constituye el factor esencial de la disuasión. Debe ser, por tanto, objeto de una táctica particular cuya finalidad es incrementarla o, al menos mantenerla. Es preciso, además, que se siembren dudas respecto a todos los elementos que permitirían valorar nuestras verdaderas intenciones. Naturalmente es preciso en absoluto evitar cualquier acción declaración que fuera a descartar alguna de las hipótesis que el adversario pudiera temer. De suerte que las campañas llevadas a cabo para que se renuncie al arma atómica táctica son absolutamente contrarias a la dialéctica bien entendida de la estrategia de disuasión. Lo mismo cabe decir de las declaraciones norteamericanas respecto al "misil gap" y la renuncia a la estrategia de la réplica masiva.

b) Las disuasiones complementarias.

De todas maneras, los medios existentes, avalorados por la incertidumbre, crean cierto grado de disuasión. Semejante "cierto grado" rara vez podrá ser absoluto desde que los dos campos disponen de armas nucleares. Ello quiere

decir que existe, por tanto, un margen de disuasión, o sea para cada uno de los adversarios cierto grado de libertad de acción, que se sitúa en el macro de las acciones menores, periféricas e incluso limitadas, cuyo envite se revelaría de demasiada poca monta para justificar que se ponga en ejecución la amenaza de represalias. La consecuencia de tal estado de cosas (conjetural, por supuesto, como tantas otras cosas, digámoslo de pasada), lleva a considerar un nuevo ámbito de la estrategia de disuasión, que habrá de tener por objetivo completar el efecto de disuasión de la amenaza nuclear con otros medios, a fin de disuasión de la amenaza nuclear con otros medios, a fin de reducir y, a ser posible, suprimir, todo margen de libertad de acción para el adversario.

Para lograr este resultado de disuasión, se dispone de dos procedimientos. El primero, material, consiste en presentar al adversario un sistema de fuerzas militares capaz de llevar al fracaso las operaciones que pudiera iniciar merced a su probable margen de libertad de acción. Es esta la razón de ser de los “escudos” de fuerzas tácticas, aeroterrestres o aeronavales que defienden las zonas sensibles. Es igualmente la razón de ser de los “cuerpos de intervención” capacitados para trasladarse a las regiones amenazadas. Estos medios materiales permiten evitar el famoso dilema de todo o nada, del desencadenamiento del holocausto recíproco o de la aceptación de los hechos consumados. El segundo procedimiento, de carácter psicológico, consiste en establecer y mantener un riesgo de desencadenamiento de las represalias si se produjera un conflicto local. Esta amenaza de espiral atómica restablece cierto grado de incertidumbre respecto a la importancia de los envites, incluso cuando éstos parecen inicialmente limitados. Desde este punto de vista, la existencia de las armas atómicas tácticas, con los riesgos de espiral atómica que pudiera entrañar su empleo, desempeña un papel muy importante en el ámbito de la disuasión. Este riesgo de espiral atómica se impone a muchos como un peligro. Es un peligro si la disuasión no produce efecto. Por el contrario, en la estrategia de disuasión es un factor de seguridad complementaria.

Esta estrategia complementaria de la disuasión atómica va adquiriendo mayor importancia a medida que las amenazas de represalias se neutralizan

recíprocamente cada vez más. En tal situación, el desencadenamiento de las represalias se hace de menos en menos “creíble”, luego asimismo la amenaza de espiral atómica. La estrategia de disuasión, con todas sus dispendios, parece desembocar en un callejón sin salida: se tiende a volver a una estrategia no atómica, de suerte que el esfuerzo atómico-exorbitante-ha de sumarse un esfuerzo para el armamento clásico, cual si no existiera el arma atómica. Es la tendencia que actualmente vemos desarrollarse desde que las fuercas de “frappe” tienen, o van a tener, una buena capacidad de supervivencia.

Sin embargo, no cabe decir que se vuelve exactamente al punto de partidas; es decir, a una situación análoga a la registrada en la fase anterior a la existencia de las armas atómicas. En efecto, la existencia de las armas atómicas mantiene un riesgo cuya apreciación depende especialmente de los factores de incertidumbre e irracionalidad que se han visto más arriba. Mientras esos factores tengan una importancia que no es de despreciar; es inimaginable, que sea posible volver a tener un conflicto clásico del tipo 1939-45, por ejemplo, ya que es imposible tener seguridad de que en tal caso la espiral atómica no se produzca. Por este motivo se puede lograr un elevado grado de disuasión clásica con medios clásicos que, no obstante, son limitados: la magnitud de las fuerzas y de los riesgos que implicaría anularlos crearía una situación demasiado grave para que nadie pudiera jactarse de que no provocaría la espiral atómica. De tal suerte puede verse cómo se logra una disuasión casi completa: las fuerzas de ataque equilibradas disuaden de un conflicto nuclear integral; las fuerzas clásicas disuaden de un conflicto limitado, como disuade por otra parte, el riesgo, siempre presente, de la espiral atómica, lo cual desanima de poner en ese conflicto limitado un evite demasiado alto. El equilibrio de conjunto se logra entonces con estas tres acciones complementarias y solidarias cuya eficacia depende en gran parte del factor de incertidumbre.

Hay que señalar, no obstante, que incluso en esta situación-bien lo ha demostrado la experiencia-, la disuasión deja subsistir un estrecho margen de libertad de acción: es aquella que explota la estrategia indirecta soviética en el tablero mundial. La acción política y económica, la utilización de movimientos

revolucionarios extranjeros, e incluso los conflictos dirigidos por persona interpuesta, escapan a los efectos de la disuasión – al menos de la que se acaba de estudiar. Una lógica idéntica a la que ha llevado a construir un sistema clásico de disuasión complementaria debe aconsejar que se construya un sistema de disuasión en el ámbito indirecto.

Occidente está a la búsqueda de una fórmula que sea plenamente eficaz en este ámbito, pero no la ha hallado por razones que dependen sobre todo de una mala comprensión de este problema. Este tema, de suma importancia, es de por sí demasiado complejo para ser resumido aquí y será tratado aparte. Pero es harto evidente que la más leve fisura en el sistema de disuasión presta al adversario posibilidades de acción que pudieran a la larga poner en peligro todo el sistema de seguridad occidental.

LA ESTRATEGIA DE GUERRA

Pese a todos los esfuerzos con vistas a la disuasión, no se puede asegurar que la guerra no estallará precisamente en razón de los factores de incertidumbre y de irracionalidad cuya importancia se ha subrayado. Digamos, pues, que salvo en caso de locura – que no puede ser descartado puesto que recientemente hemos tenido a Hitler –, la guerra sería el resultado de un “error de cálculo”, o sea de una apreciación demasiado optimista respecto a las reacciones del adversario: se creerá que se puede llevar a cabo impunemente tal o cual acción y se habrá desencadenado el drama. ¿Cuál será entonces la estrategia de la edad atómica?

En su origen, en el período en que la estrategia de disuasión se basaba esencialmente en las represalias masivas, la estrategia de guerra se confundía con la estrategia de disuasión: el plan de fuego establecido con vistas a la disuasión se hubiera aplicado. Para ambas partes hubieran resultado enormes destrucciones; pero como se pensaba que una de las partes (el enemigo) sería puesta fuera de combate (“The brokemback strategy”, la estrategia del espinozo

roto), la fase de remate del enemigo se hubiera hecho con “los restos”. La guerra adoptaba de tal suerte el aspecto inicial de una empresa racional y gigantesca de demolición, seguida de una fase de explotación, por lo demás difícil de prever con razón de las incertidumbres de todo orden respecto a los resultados de lo que se llamaba con eufemismo “el intercambio nuclear”.

Esta visión, un poco simplista, por no decir otra cosa, gravita aún sobre las concepciones militares, en primer término como remanente y, también, por estar dedicados todos los ejercicios-que en tiempos de paz tienen por finalidad verificar y mejorar el valor de la disuasión-a un estudio del “intercambio nuclear”, lo cual contribuye a que se crea que esta es la estampa de la guerra eventual.

Felizmente no hay tal o, por lo menos, esta estampa no es sino la de una hipótesis, y de la hipótesis la menos probable: la iniciación del duelo por el desencadenamiento de los extremos. En efecto, poco a poco, y sobre todo a medida que la amenaza nuclear adversa se fue haciendo más terrible, se ha abierto paso la idea de que la estrategia de guerra debiera ser distinta de la estrategia de disuasión. La estrategia de disuasión tiende a asustar, por tanto debe asegurarse de la posibilidad de efectuar destrucciones territoríticas, justamente para no tenerlas que llevar a cabo. Pero si tales destrucciones han de ser recíprocas, ¿dónde está la ventaja? Desencadenar una acción cuya réplica provocaría la muerte propia, no es más que una forma apenas disfrazada de sanción por harakiri. No es una estrategia por el contrario, todo ha de ser puesto en obra para evitar este extremo. Al existir la absoluta probabilidad de que este razonamiento lógico sea bilateral, no hay por consiguiente sino pocas probabilidades de que el adversario inicie el conflicto mediante un ataque nuclear masivo. Esto sólo podría justificarse si habiéndolo tomado un avance considerable, pudiera presumir de que va a ponernos fuera de combate desde la primera andanada, hipótesis que queda excluida desde el momento en que las fuerzas de “frappe” conservan un grado suficiente de capacidad de supervivencia. En estas condiciones, la mayor posibilidad es que el adversario inicia las hostilidades mediante una acción más o menos limitada. La pregunta que se plantea entonces es la de saber cuál debe ser la réplica.

Contrariamente a lo que se pudiera creer, la respuesta a esta pregunta ha dado lugar a largas controversias. En efecto, si el sentido común indicaba que habría que esforzarse por limitar el conflicto, numerosos oponentes hacían valer que tal intención limitadora no dejaría de perjudicar la disuasión, mientras que un buen ataque masivo era el único medio de impedir que el adversario desencadenara su ataque limitado. Los mismos oponentes admitían por supuesto, más o menos conscientemente, que el ataque masivo provocaría tales destrucciones que la réplica adversa resultaría muy disminuida, lo bastante como para ser soportable. Este argumento relativo a la disuasión es muy serio; se examinará seguidamente. Lo que ha zanjado la discusión es que en estos últimos años se ha puesto de manifiesto que el volumen de la réplica sería temible en cualquier hipótesis. Este es el motivo por el cual Kennery se había pasado al campo de quienes querían renunciar a los principios de la réplica con represarías masivas. El General Maxwell Taylor ha expuesto muy claramente la nueva estrategia de guerra, que ha denominado “la réplica flexible” (flexible reponse) o réplica variable.

Tal estrategia de réplica variable se resume en prever que se responderá a cada acción adversa con una réplica adecuada, con fuerza suficiente para tener en jaque al enemigo, pero no poniendo en juego sino la cantidad de fuerzas necesarias. Ello no quiere decir que la conducta propia sea un calco de la conducta del adversario (por ejemplo, se podrá responder a un ataque clásico con una defensa atómica táctica, incluso con una acción nuclear estratégica limitada), pero sí quiere decir que cada caso será según sean las circunstancias y que no se recurrirá a la réplica masiva sino en último extremo. En suma, se trata de una estrategia que quiere ser eficaz en la réplica, aun manteniendo el conflicto limitado.

La originalidad de esta estrategia es que combina la lucha militar local con la disuasión general para mantener el conflicto dentro de ciertos límites. Al guardar en reserva la amenaza de la réplica masiva, se conserva parte del valor de disuasión de la estrategia del “tiempo de paz”. Como quiera que la disuasión es bilateral, cada uno de los adversarios va a obrar en el sentido de limitación. Si

no se producen errores, si el evite sigue siendo suficientemente limitado, el lance puede jugarse a puntos, sin “espiral atómica”.

En este juego peligroso, pero inevitable, la seguridad impone la existencia de un muy buen sistema de control de los armamentos, al objeto de evitar que la espiral se produzca espontáneamente por obra de los ejecutantes y no transforme un incidente local en conflicto general. De ahí toda una táctica particular, que define cierto número de umbrales sucesivos que no han de ser franqueados sino mediante decisiones políticas especiales y que aseguran que tales franqueos no podrán llevarse a cabo mientras no hayan sido autorizados. La guerra se asemeja entonces a una escalera con numerosos peldaños (incidentes, guerras clásicas, atómica táctica, estratégica limitada, estratégica total, etc.), y se confía en que desencadenarse la prueba de fuerza, todo se resolverá en alguno de los niveles intermedios.

Esta estrategia-inevitable, como se ha visto-plantea dos graves objeciones. La primera surge naturalmente de los países amenazados de ser teatro de esos conflictos “limitados”, la idea de desempeñar el papel de campo de batalla-eventualmente atómico-no parece serles muy atractiva. En un desastre mundial, sus sacrificios hubieran parecido más equitativos. ¿Es que no se menospreciará su seguridad en beneficio de zonas reservadas que hubieran permitido dispensar los esfuerzos del adversario? La segunda objeción se refiere a la disuasión de la que ya hemos hablado. Aceptar el conflicto limitado, ¿no es ya una invitación para llevarlo a cabo, o sea un aflojamiento de la dimensión? Y, es estallar un conflicto limitado. ¿No se verán aumentado los riesgos de espiral atómica?.

Hay en ambas objeciones una cierta parte de verdad: existen ambos desgos. Pero tampoco hay que convertir su alcance en contrasentido. Es exacto que hay una contradicción entre los medios de la estrategia de disuasión (amenaza de espiral atómica) y los de la estrategia de guerra (limitación de los confieres). Mas esta contradicción no es simultánea: la estrategia de disuasión se lleva a cabo antes de la estrategia de guerra. Además, estas dos estrategias tienen en común los factores de incertidumbres y de irracionalidad sobre los cuales ya hemos insistido y que, en cierta medida, compensan su contradicción:

no se tiene nunca la seguridad de que no habrá una espiral atómica, incluso en una estrategia de intención claramente limitadora. Es así cómo podrá salvaguardarse el efecto de disuasión; es así, también cómo las zonas que quisieran ser “reservadas” no podrán hacer caso omiso de aquellas donde se librarían las primeras batallas. En suma, existe una solidaridad completa entre la seguridad de todas las zonas, así como en la estabilidad de la disuasión. Además, esta solidaridad puede ser reforzada, o mejor, hacerse más visible mediante ciertas disposiciones, no obstante limitadas: es el caso por ejemplo, del procedimiento que consiste en proclamar que tal o cual objetivo adverso constituye un rebén que sería destruido por las fuerzas estratégicas si tal zona avanzada amiga fuera atacada, y que si hubiera réplica limitada enemiga en el ámbito estratégico, tal o cual objetivo adverso sería destruido. Es por este camino de empleo limitado y progresivo de las fuerzas estratégicas cómo podrá ser reducida la sensación de abandono de los eventuales campos de batalla.

En todo caso, el concepto de limitación de la estrategia de guerra no debe llevar, como a veces se ha afirmado, a definir de antemano por una parte, “teatros de operaciones” donde una agresión no desencadenaría represarías y en los que se aceptaría que se entregaran a la fortuna de las armas las fuerzas allí estacionadas y, por otra parte, “santuarios” protegidos por la amenaza de represalias masivas. Este reparto geográfico a priori de la disuasión provocaría, en efecto, el resultado de reducir la protección de los teatros de operaciones, si en ellos se desarrollaran conflictos, habida cuenta de que siempre están presentes los riesgos de espiral la posibilidad de espiral atómica se varía notablemente incrementada. Asimismo, la protección de los “santuarios” no podría estar asegurada-no más que la de los teatros de operaciones-por una amenaza de desencadenamiento automático de las represarías masivas: en la situación actual, tales represalias provocarían una réplica devastadora y sólo se tendría la satisfacción bastante fútil de haber causado al enemigo destrucciones del mismo orden que aquellas que se padecen. La verdad en este ámbito es que la disuasión ha de aplicarse a los teatros de operaciones lo mismo que a los “santuarios”, y que ambos casos la disuasión debe ser “graduada”, es decir, comprensiva del empleo

de réplicas “variables” y, en cierta medida, imprevisibles, a fin de mantener intacto el preciado factor de la incertidumbre.

Por ello, hay que pensar que los conflictos violentos de la era atómica deben limitarse normalmente a dos tipos de guerra: en las zonas sensibles a acciones limitadas, acaso violentas, pero muy breves y tendientes a crear un hecho consumado inmediatamente seguido de negociaciones; en las zonas marginales, a prolongados conflictos de desgaste, pero relativamente poco intensos y con carácter clásico o revolucionario. En suma, el tipo Sinaí y el tipo Corea-Indochina-Laos. Cualquier otro tipo de guerra evolucionaría sin duda muy rápidamente hacia la espiral atómica...

Pero sería una imprudencia creer que la disuasión, merced a la existencia del arma atómica, basta para impedir los conceptos armados: estos diez últimos años han mostrado que, incluso con una importante superioridad nuclear semejantes conflictos seguían siendo posibles. Con un equilibrio de fuerzas de “frappe”, la intensidad o la puesta de tales conflictos podrían acentuarse notablemente en el futuro-a no ser que se tomen disposiciones eficaces para completar en forma sustancial el efecto de disuasión nuclear con el de las fuerzas tácticas; a menos, sencillamente, que el efecto de disuasión se mantenga a un nivel elevado con táctica adecuada cuya importancia no sería exagerada.

MECANISMO DE CONJUNTO DE LA EVOLUCIÓN DE LA ESTRATEGIA ATÓMICA

El estudio que acaba de hacerse no es sino un análisis de las principales ideas, consideradas sucesivamente, que dominan la estrategia atómica. Para no complicar aún más este tema, ya muy denso, se ha dejado de lado cuanto se refiere a las diversas tácticas (interceptación, penetración, supervivencia, control de los armamentos, escudos, incertidumbres, etc.), que tan importante papel desempeñan en el problema estratégico.

Para tener una idea de conjunto del fenómeno y de la interacción de los diversos factores no hay sino pasar revista rápidamente a la evolución de la lucha soviético-norteamericana desde hace quince años. Su subdividirá esquemáticamente esta evolución en cuatro fases, empezando cada una de ellas por un progreso material por parte soviética, que ha tenido consecuencias estratégicas importantes y que se ve seguido por una estrategia norteamericana adecuada, basada en realizaciones materiales particulares.

1.- En la primera fase, la U.R.S.S., que realmente no ha desmovilizado tiene fuerzas aeroterrestres considerables. Merced a sus estrategias operativas militar y revolucionaria, está en condiciones de lograr la invasión y la subversión de Europa. Los Estados Unidos, que sólo disponen de una fuerza atómica en embrión, hacen frente a ese peligro con una estrategia de disuasión en la que se combinan la reconstrucción de Europa (plan Marshall) y su rearme clásico (Tratado de la O.T.A.N. plan de Lisboa) de la intención defensiva con la constitución de una fuerza de “frappe” aerotómica ofensiva destinada a representar una amenaza de represalias masivas. Se financiará la economía europea, se transportará a Europa el Material del P.A.M., se construirán aviones, bombas atómicas y, habida cuenta del radio de acción del B.26, se establecerá una red muy completa de bases periféricas. Esta estrategia cogió desprevenido al aparato político y militar soviético. La disuasión se consiguió, por tanto, y se frenó el empuje soviético en Europa.

2.- En la segunda fase, la U.R.S.S. sólo pudo replicar con una estrategia defensiva de disuasión, combinada con una contraofensiva en el ámbito de la estrategia indirecta (Corea, Indochina). Por carecer inicialmente de medios, la disuasión soviética fue, ante todo, psicológicas: fue la campaña antinuclear de los Congresos de la Paz, que, por supuesto, lograron ciertos resultados, por lo menos en Europa y en el Tercer Mundo. Pero en muy poco tiempo, merced a un esfuerzo científico sin precedente-y al espionaje-, la U.R.S.S. estuvo en posesión de algunas bombas atómicas y organizó una primera fuerza de “frappe” copiando los B:26. Simultáneamente, mejoró su defensa aérea con un sistema de radars. Ante

ese principio de amenaza atómica y de defensa aérea, Los Estados Unidos mantuvieron el valor de su estrategia de disuasión reforzando la amenaza de represalias. Ello fue tanto más necesario cuanto que el rearme de Europa era lento e incompleto, en parte por la ausencia de las fuerzas francesas canalizadas hacia la guerra de Indochina y pese a la prevista entrada en liza de las fuerzas alemanas occidentales. La amenaza aérea, por tanto, ha de ser suficiente para no dejar a las fuerzas del escudo sino el papel de alertar a las fuerzas estratégicas. Justamente, la potencia de represalias resultó incrementada en forma considerable por la posición de bombas termonucleares. Pese a las defensas soviéticas, la penetración se vio asegurada por aviones con mayor techo de vuelo que los radares del adversario y más rápidos que las cazas. En los años 54-55, la superioridad norteamericana era incuestionable. No sólo se mantuvo la disuasión, sino que los soviéticos tuvieron que detener sus empujes indirectos en Indochina y en Corea aceptando allí soluciones de compromiso. Por lo demás, señalemos que en aquel momento como los reclamaba. Mac Arthur los Estados Unidos hubieran podido conseguir mucho más.

3.- Pero en la tercera, fase, los soviéticos comenzaron a dar alcance a los norteamericanos en el ámbito de la disuasión. También ellos tienen ahora la bomba termonuclear con una fuerza de ataque nada desdeñable y han perfeccionado su defensa aérea, lo cual les permite reanudar su contraofensiva indirecta en el Oriente Medio y en África del Norte. La posesión por los soviéticos del arma termonuclear constituyen un enorme peligro. La estrategia norteamericana vacila entonces entre varios caminos: ¿Hay que mantener la disuasión con un nuevo refuerzo ofensivo de la amenaza de represalias o, por el contrario, mediante una neutralización parcial de la amenaza adversa, por la creación de una defensa aérea de Norteamérica lograr el mismo objetivo? ¿Se logrará conservar una credibilidad suficiente de amenaza de represalias como para mentar en todos los casos, incluso si son menores? O bien (no conviene entrar por el camino de las disuasiones complementarias y reforzar los escudos tácticos, para no verse abocados a situaciones en las que habría que escoger

entre la rendición total y la capacitación? El gran debate que así se inicia en 1955 concluye con la derrota de los ofensivos, que querían lanzar un amplio programa de cohetes interceptadores. El General Gavín, que preconiza esta situación, presenta la dimisión. Por el contrario, se va a establecer una defensa aérea gigantesca que cubra a América se desarrollará la táctica antisorpresa del S.A.C. (aviones, alertados, etc.), dotándolo de aviones intercontinentales que, desde la fortaleza Americana, pueden escapar de fuerzas clásicas suficientes, será reforzado con armas atómicas tácticas concedidas en crecido número a los miembros de la O.T.A.N., pero bajo estrecho control norteamericano es la política llamada del MC 70). Esta decisión de 1955, que logra provisionalmente cierta estabilización¹, era, sin lugar a dudas, hartamente conservadora. Se evidenciará más

¹ Que permitió en el Líbano y en Jordania la parada en seco de 1957 al empujón soviético en el Oriente Medio.

tarde que era un error que gravitará mucho en la fase siguiente.

4.- En efecto, fue en la cuarta fase, adelantándose esta vez a los norteamericanos, cuando los soviéticos realizaron el programa de cohetes al que aquéllos habían estimado deber renunciar. En 1957, los soviéticos tienen el proyectil intercontinental y lanzan el primer satélite. Poco después llegarán a la luna, poniendo de manifiesto con experiencias la precisión de sus disparos y la considerable potencia de sus exposiciones. Así mantienen la posibilidad de alcanzar y rebasar a los norteamericanos en la estrategia de disuasión, puesto que la amenaza de sus cohetes ya no podrá ser parada por la defensa aérea norteamericana, establecida con enormes dispendios y que sólo resulta eficaz contra aviones. Como, al mismo tiempo, los soviéticos reforzando su defensa y equipando sus fuerzas terrestres con vista a una guerra atómica táctica de carácter ofensivo (armas atómicas tácticas, movilización total, medios de franqueo anfibios, etc.), consiguen que se queden cortas, en todos los ámbitos, las disposiciones adoptadas por la estrategia norteamericana. Fortalecidos por esa situación psicológicamente avalorada por los resultados espectaculares de los sputniks, vuelven sobre el problema de Berlín, que pone en tela de juicio la posición de

Alemania en la O.T.A.N. y se permiten desafiar abiertamente a los Estados Unidos a propósito del Congo y de Cuba.

Muy felizmente para los Estados Unidos, la superioridad soviética sólo puede lograrse progresivamente. Cuando Kennedy accede al Poder, a principios de 1961, el “Missile Gap” pertenece aún al porvenir. Pero ya no queda un instante que perder. El Presidente está rodeado de una pléyade de intelectuales que han reflexionado mucho sobre estos problemas. Aportan toda una estrategia coherente que han madurado durante la tercera fase, la de los años de la supervivencia estratégica de represalias masiva.

En primer término, aquella estrategia fue oficialmente abandonada. La disuasión se mantendrá mediante una estrategia llamada “graduada” (graduated deterrent), tendente a buscar el equilibrio en los diversos ámbitos: nuclear, clásico, indirecto, en caso de conflicto, a tratar de limitarlo por la “replica variable” (Flexible response). En el ámbito de la fuerza de “frappe” nuclear, convertida más en “escudo” defensivo que en “espada”, hay que salvaguardar a toda costa una capacidad de réplica sustancial: para ello, se iban a desarrollar los cohetes (polaris, minuteman), felizmente estudiados durante la fase anterior, y, mediante una muy buena táctica de supervivencia (submarinos atómicos, silos de hormigón, proyectiles móviles, etc.), se tomarán medidas para que no fueran destruidos por la primera salva enemiga. En el ámbito clásico, se iba a pedir, sobre todo a los aliados de la O.T.A.N., que reforzaran sus escudos tácticos, que habían pasado a ser esenciales.

En el ámbito indirecto, se iba a constituir una fuerte reserva aerotransportable de fuerzas clásicas de intervención. En fin, para impedir la espiral atómica espontánea en caso de conflicto, se iba a poner en su punto una táctica más segura de control de los armamentos atómicos, esforzándose por enseñar a los soviéticos-que pretenden ignorarlo-el arte de mantener los conflictos a un nivel limitado.

Esta reacción se produce justo a tiempo para evitar el “Missile Gap” que, al parecer, iba a iniciarse cuando se puso de manifiesto que el avance soviético en materia de cohetes era menor del que se podía tener. Todos los informes

concuerdan en confirmar que la fuerza de “frappe” intercontinental soviética sólo tiene aún una capacidad reducida, la que corresponde a la táctica “contra ciudades” y que o puede tener eficiencia suficiente en la táctica “contra fuerzas”. Por haber hecho los Estados Unidos un esfuerzo considerable, ellos son quienes ahora parecen estar en posición de clara superioridad. Esta situación permite a MacNamara anunciar su estrategia de disuasión graduada mediante la réplica variable.

Entonces, al parecer, los soviéticos tratan a su vez de colmar su “Missile Gap” con la instalación en Cuba de proyectiles de alcance medio, lo que les permitiría tener contra los Estados Unidos una capacidad “contra fuerzas” muy tenible para los aviones del S.A.C. Así en unos meses, lograrían con los IRBM un progreso que con los ICBM sólo podrían alcanzar en varios años. Esta operación, muy arriesgada en situación de inferioridad y al alcance de una invasión de los norteamericanos, parece haber sido enmascarada con una campaña de intoxicación que proclama su voluntad de limitarse en Cuba a instalaciones defensivas. Pero los americanos se percataron a tiempo del peligro. Su reacción fue dura e inmediatamente, pero mesurada. Los soviéticos tuvieron que doblegarse por hallarse en situación de inferioridad. Este primer lance de la guerra potencial de la disuasión atómica se ha realizado por ambas partes con mucha precisión, realismo y sangre fría y concluyó dando la ventaja a los norteamericanos. Los soviéticos se verían constreñidos a seguir la marcha endemoniada del rearme americano, lo cual podría dejar jadeante su economía, la mitad menos potente que la de sus ricos adversarios.

5.- Pero ya se divisan los prolegómenos de una quinta fase, por conservar los soviéticos en el ámbito espacial-del que pueden salir nuevas armas-un avance espectacular del que es difícil prever el alcance. Por otra parte su política nuclear, basada en el principio del “biggest weapon” , podría equilibrar, con menor número de armas, el muy costoso sistema norteamericano de armas estrategias más reducidas y muy numerosas. Bajo el signo del espacio y de la bomba de

neutrones (por ejemplo), el problema que asistamos a nuevos desarrollos en el ámbito de la disuasión estratégica.

Sin embargo, simultáneamente, una nueva tendencia, representada señaladamente por Kissinger, quiere que se acentúe el esfuerzo de disuasión en el fortalecimiento de los “escudos”. Ante el peligro inaceptable de la guerra nuclear estratégica, se volvería a la disuasión por la cobertura directa de los territorios amenazados, empleando, en caso de necesidad, el arma atómica táctica. Esta idea, que representa un cambio a favor de la vieja estrategia terrestre y en perjuicio de la estrategia aérea, contiene seguramente una gran parte de acierto. Su éxito contribuirá mucho a restablecer cierta estabilidad militar en el mundo.

Esta rápida revista de la evolución que se ha producido durante los últimos quince años impone cierto número de reflexiones.

Ante todo, el carácter extraordinariamente precario de las situaciones logradas y el valor efímero de los sistemas de defensa planteados: cada cinco años lo sumo, los materiales y las tácticas resultan más pasadas de moda de lo que antes eran de una a otra guerra. Este enorme consumo de riquezas aparece como una contribución cada vez más abrumadas para conseguir una seguridad siempre incierta. Semejante carrera debería desembocar algún día en la guerra, en una bancarrota económica o bien en un acuerdo de limitación de los armamentos; no se puede mantener perpetuamente la paz con una tensión de esa magnitud.

Otra observación importante es que si los soviéticos casi han logrado, magistralmente por supuesto, volver a subir la pendiente de la disuasión, es porque en dos ocasiones, cuando los Estados Unidos tenían un avance considerable (en la primera fase y sobre todo en la segunda fase), éstos se abstuvieron de sacar ventaja de ello, lo cual pone de manifiesto que si bien el juego es muy duro, no comprende sanciones demasiado inmediatas. Aunque sea muy posible que los soviéticos sean más duros en el juego que los norteamericanos, es poco probable que se atrevan a llevar demasiado lejos una ventaja que no tuviera un carácter absoluto. La razón esencial de esta prudencia

reside en el factor de incertidumbre que casi nunca permite saber exactamente a que atenerse.

Pero aun cuando no ha habido acción en esta lucha constante, se puede comprobar que la curva general de la disuasión ha evolucionado desde el principio de la tercera fase a favor de los soviéticos. La estrategia de represalias masivas era una estrategia ofensiva. La de disuasión graduada es defensiva, y su eficacia respecto a la estrategia indirecta soviética está por demostrar.

En el plano de los mecanismos de la estrategia, la evolución que se ha producido muestra claramente la relación existente entre el nuevo material y las nuevas posibilidades tácticas que entrañarían, las cuales llevan a un cambio del equilibrio estratégico. Entonces se produce un caminar a la inversa: el enderezamiento del equilibrio estratégico (como en 1955, por ejemplo) cuya consecuencia será definir las posibilidades tácticas por adquirir (interceptación, penetración, supervivencia, etc) deduciéndose de ellas los materiales nuevos (radars, cohetes, submarinos, etc.). Ciertos autores como Rougeron, dicen que no hay más estrategia que la de los medios. Esto es exacto en el sentido de que hay que tener medios de su estrategia. Pero ello no quiere decir que sean los medios los que han de regir la estrategia. Por el contrario, en buena lógica es la estrategia la que debe orientar a los inventores o, que lo menos elegir entre las intervenciones aquellas que mejor satisfagan las necesidades de la estrategia. En ciertos casos, se puede estar desprovisto de los medios necesarios (como los soviéticos mientras no tuvieron la fuerza nuclear): la estrategia debe entonces estar en condiciones de hallar el paliativo (por ejemplo, la campaña psicológica de los Congresos de la Paz), eligiendo una solución capaz de coger desprevenida la estrategia del adversario, con los medios de que se puede disponer. Es una cuestión de inteligencia y de imaginación.

CONCLUSIONES SOBRE LA ESTRATEGIA ATOMICA

Las conclusiones que se pueden deducir de un estudio de la estrategia atómica son evidentemente muy numerosas y muy diversas. Nos limitaremos a las más importantes:

Primera: La estrategia atómica se sitúa necesariamente en el plano de la guerra total. Ello se deriva de sus componentes psicológicos, financieros y económicos, que son tan importantes. Es, por consiguiente, una forma particular, digamos la forma moderna de la “estrategia total”, en su modo directo.

Todas las buenas estrategias han sido totales-incluso las más operativas, como las de Alejandro y Napoleón. Pero su aspecto total estaba con frecuencia enmascarado por el resplandor de las batallas al extremo de inducir a error a sus historiales. El arma atómica, que hasta la fecha originado batallas, obliga a tomar clara conciencia de la totalidad del fenómeno estratégico y de la influencia de sus diversos factores. Una estrategia total implícita, aplicada por estimación y en cierto modo intuitivamente por los jefes de Gobierno, es sustituida por una estrategia que ha de ser científicamente total. La estrategia total se convierte en una disciplina de pensamiento indispensable en el nivel de las clases dirigentes. El ejemplo de Cuba así la demuestra.

Segunda. La estrategia total de la era atómica ha barrido los conceptos estratégicos del siglo XIX singularmente los de la escuela de Clausewitz, tan nefasta sobre todo en razón de sus contrasentidos respecto al pensamiento del maestro. Sólo cabe celebrarlo: pero ahora hay que edificar un nuevo sistema y esforzarse esta vez en evitar que se construya una teoría demasiado particular que pudiera llevar a cometer errores aún más graves. Lo que se ha de hacer es una “estrategia atómica” que sólo sería válida para la actual coyuntura, sino una estrategia total capaz de abrazar tanto el fenómeno nuclear y los que sigan (espacio, química, etc.), como las formas menores e indirectas.

Tercera. Esta nueva estrategia debe incorporar los cambios considerables introducidos por la aplicación a la defensa de los Estados de la potencia científica e industrial.

En primer término, el cambio de la escala de los problemas de la defensa, en razón del alcance y de la potencia de las armas y también en razón de los enormes dispendios que provocan. Este cambio de escala no puede dejar de influir muy rápidamente en el volumen de los Estados. Una vez más, las condiciones de seguridad que habían impuesto la ciudad antigua y el reino del siglo XIX podrían desempeñar un papel determinante en la estructura de las entidades internacionales.

Seguidamente, el cambio de cariz de los problemas de defensa en razón de la influencia del factor industrial. La preparación se ha vuelto más importante que la ejecución, ya que la posesión de medios superiores es más decisiva que la manera de emplearlos. Es un cambio total del arte de la guerra que Napoleón decía ser “todo de ejecución”. Por este hecho, la noción de seguridad, en tiempo vinculada a la protección directa por las fuerzas interpuestas, adopta el carácter abstracto de un avance en la preparación. Los “puestos de vanguardia” son sustituidos por el espionaje científico. La noción misma de maniobra se toma cada vez más abstracta: la maniobra de las fuerza en el espacio, que se presentaba en azul y rojo en un mapa con botones y flechas, se convierte en una maniobra de potenciales en el tiempo, que escapa a toda representación gráfica. En la evaluación de los potenciales, el factor cualitativo, lo cual hace cada vez más subjetivo el apreciar una situación. La escala de los tiempos, antes muy apretada (una campaña del siglo XIX podría durar un mes: una batalla, (unas horas), ya se había dilatado en las grandes guerras del siglo XX, en primer lugar por la extensión de los teatros de operaciones; luego, en razón de los plazos precisos para producir los medios materiales que se habían estimado indispensables (por no haber sabido proveerlos). En la guerra logística que se desarrolla actualmente en tiempo de paz, los plazos de realización son del orden de cinco años. Por consiguiente, hay que razonar con cinco años de antelación respecto a una

situación futura extremadamente conjetural. La prospectiva se convierte en una disciplina absolutamente vital.

Consecuencias analógicas, pero aún diferidas, resultan del empleo permanente de las técnicas políticas y revolucionarias: la U.R.S.S. no ha cobrado sino a partir de 1946 (victoria de Mao Tse-rung en China) los dividendos del Congreso de Bakú de 1921.

Cuarta. Ya que lo esencial se está jugando “antes”, “en tiempo de paz”, el esfuerzo tiende normalmente a una decisión, aun gravitando la guerra que no tendría otro valor que el de una especie de “prueba por nueve” de la eficacia de los preparativos que se han realizado. De ahí el desarrollo lógico y sin duda, aún incompleto de la estrategia de disuasión.

La evaluación de la estrategia de disuasión muestra la importancia creciente de las disuasiones complementarias de aquella suerte que el arma atómica como todas sus antecesoras, se añade a las armas más antiguas sin suprimirlas. La panoplia se completa desde que el arma blanca hasta la bomba II. Otro tanto sucede con armas menos antiguas, limitadas “clásicas”. Se establece un nuevo equilibrio, pero al contrario de lo que dicen ciertos prefectos modernistas, este equilibrio deja subsistir la necesidad de importantes fuerzas clásicas. Otros medios, aún mal conocidos, se impondrán sin duda para completar la disuasión en el ámbito de la estrategia indirecta.

Quinta. Este desarrollo de la estrategia de disuasión tiende a reducir cada vez más el campo de la libertad de acción de la fuerza. Por ello, los conflictos, que por obra de la disuasión recíproca ya absorben una enorme cantidad de energías y de recursos, pueden permitir que se midan los excedentes en medios y voluntad que hayan quedado disponibles. De ahí que la guerra, si estalla tendría sin dudas grandes probabilidades de mantenerse limitada y de decidirse “por puntos”. Es así en todo caso cómo se zanján las crisis originadas por maniobras o por amenazas que se desarrollan en el ámbito de la estrategia indirecta. Es también así cómo se zanjó la crisis de la estrategia nuclear directa a propósito de

Cuba. Nos apartamos cada vez más del conflicto de tipo integral que el romanticismo del siglo XIX había teorizado. El duelo moderno es un duelo esencialmente estrategia más estrechamente que nunca regido por la política.

Pero la existencia de un campo de libertad de acción de la fuerza, por pequeño que sea confiere una nueva importancia a las acciones menores, que hace posible. La guerra antigua cortaba en la Historia a golpe de batallas, como una cirugía sangrienta. La guerra nueva, toda de matices, se asemejaba al proceso de infección de la enfermedad. Su acción lenta y menos dramática no debe llamar a engaño: los trastocamientos de potencia que provoca progresivamente se presentarán más tarde como un cataclismo mundial. Es, por consiguiente, capital volver a hallar el dominio de una “medicina” capaz de contener los conflictos de apariencia secundaria que explotan la fiebre de la descolonización y las crisis de adaptación a la potencia de producción moderna, así como la explosión demográfica que resulta del milagro de Pasteur. Es el problema que hemos llamado la “estrategia indirecta”. Hoy en día, no hay otro que sea más urgente.

Pero ¿es que habrá paz? Seguramente, no. Porque la pasión de poder de los hombres, junto con las fuerzas aún oscuras que rigen la evolución económica y biológica de la especie, siempre tendrán que hallar un campo de expansión para provocar las transferencias de poder o de bienes exigidos por los cambios de equilibrio. La vieja guerra militar, con trompetas y banderas al viento puede hacerse más rara o desaparecer. En contrapartida, se registrará el desarrollo de la guerra revolucionaria, de los conflictos endémicos, de las crisis reiteradas, del incesante esfuerzo científico, industrial y militar.

El hombre del siglo XX, obsesionado por las dos inútiles catástrofes de 1914-18 y 1939-45, y armado de todos los medios de la ciencia moderna, al fin puede ser que hay entregado el medio de impedir que vuelvan. Pero el precio que deberá pagar, impuesto por un destino irónico, será diferente del que descontaba: la lucha mantenida en un tono menor, se habrá vuelto permanente.

Entonces, la gran guerra y la verdadera paz habrá muerto juntas.

CAPÍTULO IV

ESTRATEGIA INDIRECTA

DEFINICIÓN

La expresión “estrategia indirecta” puede parecer discutible y presentarse a confusión. Liddell Hart ha desarrollado brillantemente una teoría de “la aproximación indirecta” que considera como mejor estrategia. Esta, en el ámbito operativo militar, consiste en no “coger el toro por los cuernos”, o sea en no enfrentarse con el enemigo en una prueba de fuerza directa, sin antes abordarlo no haberlo desasosegado, sorprendido y desequilibrado mediante una aproximación imprevista, efectuada en direcciones desviadas: es el caso de Alejandro, que antes de atacar a Persia se apoderó de Palestina y de Egipto; que antes de arremeter contra Cartago emprendió la conquista de España, etc. Se puede incluir en la aproximación indirecta el desembarco aliado en África del Norte en 1942 y la campaña de Servia en 1918.

En realidad, esta maniobra de aproximación indirecta es un medio que se impone a aquel de los dos adversarios que no tenga la seguridad de ser bastante fuerte como para derrotar al enemigo en una batalla en el terreno escogido por el adversario. Liddell Hart pone acertadamente de manifiesto que no se tiene nunca la seguridad de ser bastante fuerte y que, incluso cuando se es bastante fuerte, la victoria sería mucho más costosa. Por ello preconiza el empleo sistemático de la aproximación indirecta. Sin duda alguna tiene razón en la mayor parte de los casos, pero resulta claro que la idea central de esta concepción es incentivar, mediante una maniobra y no con el combate, la relación de las fuerzas opuestas ante de la prueba de la batalla. En lugar de un enfrentamiento directo, se apalea a un juego más sutil destinado a compensar la inferioridad en que se halla uno de los adversarios.

Esta idea central, que se traduce en estrategia militar con una maniobra de carácter geográfico (la aproximación indirecta), en estrategia total ha hallado una aplicación de forma diferente en todos los conflictos en que en uno, de los adversarios pretendía lograr un resultado con medios militares que, por tal o cual razón (debilidad intrínseca o disuasión de emplear otro más importante), eran inferiores a los que se le podían oponer. Por este motivo, daremos a tal estrategia el nombre general de estrategia indirecta.

Ya se verá que esta estrategia, que dada la existencia del arma atómica y de la fiebre de descolonización tiene un campo de acción muy vasto, ha llegado a ser extremadamente compleja y terriblemente eficaz. Sus características, singularmente insidiosas a fuerza de ser indirectas, son con frecuencia mal comprendidas, lo cual nos ha propinado una serie continua de reverses en este ámbito. No hay nada tan importante como tratar de comprender su mecanismo.

La diferencia esencial entre la aproximación indirecta y la estrategia indirecta no reside sólo en el carácter geográfico de la “aproximación”, que hemos visto anteriormente. En efecto, la aproximación indirecta busca la victoria militar. Es únicamente su preparación la que es indirecta. Por ello he incluido la aproximación indirecta en la estrategia directa. La estrategia indirecta es aquella que espera lo esencial de la decisión de otros medios que la victoria militar.

Otra característica de la estrategia indirecta reside en el aspecto particular que en ella toma la libertad de acción. En nuestros días-y mucho antes de la aparición del arma atómica-,no puede producirse ningún conflicto a no ser dentro de un marco bien definido de libertad de acción, en razón de las repercusiones que su desarrollo podría tener en la situación internacional. En 1912, por ejemplo, los balcánicos tuvieron que renunciar a llegar hasta Constantinopla donde no se quería ver instalada a Rusia. Asimismo, en Marruecos, Francia tuvo que contemporizar con los intereses ingleses y españoles, etc. Hemos subrayado en otro capítulo el error cometido por los alemanes al invadir a Bélgica en 1914 y al iniciar la guerra submarina en 1916, etc. Entonces imponía límites el temor a lo que Clausewitz había llamado “la ascensión a los extremos”, o sea el temor a ver un conflicto de envite limitado desencadenar una conflagración sin relación con el

objetivo inicial. De 1936 a 1939, Hitler se esforzó por alcanzar sus objetivos sin desencadenar el gran conflicto mundial. Con el arma atómica, el peligro de ascensión a los extremos es de tal magnitud que el margen de libertad de acción se ha menguado considerablemente, aun cuando siga subsistiendo, como lo muestran los numerosos conflictos limitados que se han producido desde 1950 (Corea, Indochina, África del Norte, Israel, Hungría, Suez, Congo, Cuba, Berlín).

Cuanto más estrecho ha resultado ser el margen de libertad de acción, más importante se ha hecho su explotación, ya que era lo único que permitía atacar un status quo que la disuasión nuclear pretendía mantener. Cuanto más estrecho ha sido el margen de libertad de acción, más matizados han tenido que ser los procedimientos de explotación, hasta adquirir aspectos en que la guerra casi resulta imposible de reconocer. Sin embargo, los resultados alcanzados han sido considerables, aún más considerables que de haberse conseguido con una gran guerra: Occidente ha sido arrollado fuera de China y de casi todo el Sudeste asiático, el Oriente Medio se ha visto agitado. África se ha sublevado, el malestar se ha corrido a América Central y a América del Sur. Mas todos estos resultados no son únicamente el producto fatal de la evolución histórica: son el resultado de una utilización juiciosa de las tendencias naturales de la evolución mediante maniobras exactamente calculadas de conformidad con una estrategia muy precisa, la que llamamos la estrategia, indirecta. Esta se ha impuesto como el mejor antídoto de lo que se ha denominado al parálisis nuclear.

Por tanto, la estrategia indirecta aparece como el arte de saber explicar lo mejor posible el estrecho margen de libertad de acción que escapa a la disuasión por las armas atómicas, obteniendo éxitos decisivos importantes pese a la limitación, a veces extrema de los medios que pueden ser empleados.

Partiendo de esta definición, vamos a tratar de comprender las reglas de este juego en extremo matizado.

CONCEPCIÓN DE LA MANIOBRA INDIRECTA

El primer elemento de la maniobra indirecta es la determinación del margen de libertad de acción que puede proporcionar la coyuntura y en asegurarse que tal margen podrá ser conservado y, si es posible, aumentado, mientras que aquel del que goce el adversario se vea reducido al máximo.

He aquí el principio que hemos subrayado era el análisis de la estrategia en general: toda dialéctica de lucha se reduce a un conflicto para conseguir la libertad de acción. Pero la originalidad fundamental de la estrategia indirecta es que la libertad de acción sólo depende en escasa parte de las operaciones emprendidas en la zona considerada en tanto que se asienta casi enteramente en factores exteriores a esa zona: apreciación del valor de la disuasión nuclear, apreciación de las reacciones internacionales, de las posibilidades morales del adversario y de su sensibilidad, lo mismo ante las acciones proyectadas como ante las presiones exteriores, etc.

De ello resulta que tanto la posibilidad como el éxito de la operación están regidos por el éxito de la maniobra realizada en el tablero mundial. Es lo que podríamos llamar la maniobra exterior. Su importancia ha sido demasiado frecuentemente desconocida: sólo se ha visto que lo esencial de la lucha no se libraba en el terreno de los combates, sino fuera de él. Es, en general, este grave contrasentido lo que ha provocado los hurto numerosos fracasos que hemos sufrido.

CONCEPCIÓN DE LA MANIOBRA EXTERIOR

La idea central de la maniobra exterior es asegurarse el máximo de libertad de acción, paralizando al adversario con mil lazos de disuasión, como los lilipudienses supieron encadenar a Gulliver. Naturalmente-como en idea

disuasión-, se trata de una maniobra psicológica que hace concurrir hacia ese mismo objetivo los medios políticos, económicos, diplomáticos y militares.

Los procedimientos de disuasión empleados van desde el más sutil al más brutal: se apelará al respecto de las formas legales del Derecho interno e internacional; se podrán de manifiesto los valores morales y humanitarios y se tratará de que el adversario tenga mala conciencia en la lucha, haciéndole dudar de la justicia de su causa; así se creará una oposición en parte de su opinión militar en tanto que, si se puede, se solviantará tal o cual fracción de la opinión internacional creando una verdadera coalición moral que arrastre a los simpatizantes ingenuos, seducidos por argumentos adaptados a sus prejuicios, este clima será explotado en la O.N.U., por ejemplo, o en otras reuniones internacionales, pero será empleado por doquier como una amenaza destinada a impedir que el adversario emprenda tal o cual acción; se empleará, en forma de amenaza o de ejecución, la intervención indirecta con el envío de armamentos de especialistas y de voluntarios; si es preciso, se esgrimirá la amenaza de represalias políticas y económicas y, en fin la amenaza de intervención directa, incluso mediante proyectiles atómicos. Se reconocerá en esta enumeración-que no es limitativa-muchos rasgos característicos de la actualidad reciente.

Pero este conjunto de procedimientos sólo puede ser empleado con eficacia si se cumplen dos condiciones: ante todo que la fuerza de disuasión (nuclear o clásica) constituya una amenaza que el conjunto de acciones previstas se inscriba en una línea política convenientemente escogida para tomar un todo coherente: por ejemplo: cuando los Estados Unidos liberales intervinieron en Cuba, aún indirectamente, como en la operación de la Bahía de Cochinos, cometieron un error psicológico que no sería grave en estrategia directa (sobre todo si fuera victoriosa) ¹, pero que les costó muy caro en estrategia indirecta; cuando Francia descolonizó en África Negra y evacuó voluntariamente Marruecos y Túnez, tuvo un fallo al aferrarse a Argelia (o viceversa). La elección de esta línea política constituye una decisión capital para el éxito de la maniobra.

Curiosamente, en este ámbito se ha podido comprobar que en materia psicológica era posible apropiarse de posiciones abstractas, lo mismo que en la

guerra militar cabe apoderarse de una posición geográfica que se prohíbe al enemigo. Así es cómo lo soviéticos han logrado dar por sentado que el telón de acero era barrera política impermeable en dirección Oeste-Este, en tanto que era permeable en dirección Este-Oeste; lo mismo que se han adecuando de la plataforma de la paz, de la repulsa de las armas atómicas (que, sin embargo, ellos han desarrollado) de la del anticolonialismo, aunque tengan ellos el inicio imperio colonial que subsiste. El análisis de este fenómeno indiscutible corresponde a la táctica psicológica y no será intentado aquí. Mas señalaremos, al menos de pasada, que estas “conquistas” se apoyan, en general, en principios admitidos por los adversarios. Por tanto, no es imposible que posiciones ideológicas concebidas en función del marxismo pueden ser “conquistadas” por los occidentales, cuando éstos sepan aplicar en su estrategia indirecta cálculos concientes en vez de principios jurídicos o morales que sus adversarios utilizan contra ellos en todas las oportunidades.

¹ Como lo mostró el asunto de Cuba en 1962.

Naturalmente, la elección de la línea política ha de tener en cuenta las tendencias psicológicas del momento: deseo de paz, descolonización, voluntad de elevación del nivel de vida, etc., así como las vulnerabilidades del adversario y las de aquellos de sus asociados que se quieren utilizar. En la mayor parte de los casos, ello llevará a dirigir el conflicto indirectamente por “adversarios interpuestos”. Esta ficción no engaña a nadie, pero psicológicamente es esencial. Claro que la línea política también tiene que prever las reacciones posibles del adversario y contener en potencia las paradas correspondientes. En suma, la “línea política” ha de construir la idea de maniobra de un verdadero plan de operaciones psicológicas, concebido con el mismo rigor que un plan de operaciones en estrategia militar.

CONCEPCIÓN DE LA MANIOBRA INTERIOR

Una vez asegurada la posibilidad de cierta libertad de acción, queda por concebir la maniobra por efectuar en el espacio geográfico donde se pretenden conseguir determinados resultados. Daremos a esta maniobra el nombre de “maniobra interior”.

El problema se reduce aquí a tres variables complementarias principales: las fuerzas materiales, las fuerzas morales y la duración. Si las fuerzas morales fueran muy superiores a las del adversario, las fuerzas muy superiores a las del adversario, las fuerzas morales pueden ser menores y la maniobra muy corta. Si, por el contrario las fuerzas materiales son débiles, han de verse compensadas por grandísimas fuerzas morales, siendo la maniobra forzosamente larga. Así es cómo se diseñan dos formas extremas de maniobra forzosamente larga. Así es como se diseñan dos formas extremas de maniobra estratégica.

La primera tiende a lograr muy de prisa, merced a la superioridad de fuerzas, un objetivo parcial a la medida de la libertad de acción exterior de que se dispone, luego a fingir detenerse antes de reanudar otra operación. Esta maniobra, mediante objetivos sucesivos relativamente modestos, cortada con negociaciones, es la que se podría llamar “la maniobra de la alcachofa”¹. Hitler ha dado de ella notable ejemplo de 1936 a 1939. La U.R.S.S. la ha intentado en retiradas ocasiones (Checoslovaquia, Corea), con éxito desiguales. En momento defensivo las diversas campañas israelíes del Sinaí se incluyen en esta misma categoría.

La segunda maniobra tiende a alcanzar el objetivo-a veces importantes- menos por una victoria militar que por una prolongación de un conflicto concebido y organizado de suerte que sea cada vez más abrumador para el adversario. Es “le maniobra por la laxitud” de conflictos de larga duración, de los que Mac Tse-tung ha sido el notable teórico y el ejecutante victorioso. Argelia es de ella el ejemplo más reciente y acaso más completo. Bedin, en una forma muy insidiosa, procede de la misma concepción.

Naturalmente, entre estas fórmulas extremas, todas las intermedias son posible: Corea, que comenzó bajo el signo de la alcachofa concluyó bajo el de la laxitud. Indochina, que correspondía a la estrategia de la laxitud, por poco no termina en el estilo de la alcachofa.

MANIOBRA POR LA LAXITUD

La concepción de la “maniobra de la laxitud”, es en extremo interesante por ser verdaderamente muy sutil. Se trata de llevar a un adversario, mucho más fuerte que uno, admitir condiciones, a veces muy duras, no empleando contra él sino medios extremadamente limitado. Es entonces cuando juega plenamente la fórmula de las variables complementarias a la que ya nos hemos referido: la inferioridad de las fuerzas militares ha de ser compensada por una superioridad creciente de los medios morales a medida que la acción vaya siendo más

¹ Que los alemanes llaman la táctica de “Sahenia”.

duradera. De tal suerte, la operación se desarrolla simultáneamente en dos planos: el plano material de las fuerzas militares y el plano moral de la acción psicológica.

PLANO MATERIAL

En el plano material, se trata en primer término de saber durar. Este objetivo, que Raymond Aron considera como la finalidad de la estrategia ¹, es ciertamente la finalidad de toda “maniobra por la laxitud”. Cuando existe una gran inferioridad de medios, sólo se puede confiar en sobrevivir negándose al combate y empleando una táctica de hostigamiento para mantener la existencia del conflicto. Esto conduce a la guerrilla, vieja como el mundo, sin embargo olvidada

y luego reaprendida por cada generación. Pero esta táctica ha sido objeto desde hace cuarenta años de codificaciones estratégicas muy importantes ² que permiten realizar este tipo de operaciones conforme a conceptos racionales que incrementan notablemente su eficiencia y, por consiguiente, permiten reducir considerablemente el desequilibrio de las fuerzas materiales. Mao Tse-tung define con siete reglas la esencia de la guerrilla: mutuo acuerdo entre las poblaciones y los guerrilleros; repliegue ante un fuerte avance enemigo; hostigamiento y ataque ante un repliegue enemigo; estrategia de uno contra cinco; táctica de cinco contra uno, singularmente merced a lo que llama “el replique centrípeto”, o sea la concentración de fuerzas durante el repliegue (en China disponía de mucho espacio): en fin, logística y armamento merced a las presas hechas al enemigo. Estas siete reglas constituyen el mínimo necesario para esta forma de guerra, mínimo que sin embargo, a veces ha sido ignorado, por ejemplo, cuando la O.A.S. pretendió crear “reducto” en Argelia o cuando los norteamericanos aceptaron la idea de un desembarco en Cuba en forma de “cabeza de puente” clásica.

¹ Cfr el capítulo “Survivre c’est vaincre” en Paix et guerre entre les nations, de Raymond Arom, París. Calmann-Hévy, 1962 ED. Española, Madrid, 1963.

² Señaladamente por el Coronel Lawrence, por los reglamentos soviéticos y por Mao Tse-tung.

Más allá de ese mínimo, se ha formado dos naciones fundamentales para asegurar la libertad de acción de la guerrilla. La primera, de origen soviético, pero ya aplicada por los irlandeses, tiende a impedir la represión disuadiendo a la población de informar al enemigo, mediante la práctica de un terrorismo sistemático. Hemos podido apreciar en Indochina y en Argelia la eficacia del método, cuya crueldad, sin embargo, no ha levantado la indignación de la opinión mundial. La segunda, luminosamente explicada por Lawrence a propósito de Medina, tiene por principio extender en superficie la amenaza guerrilla al máximo, sin incitar, no obstante, al enemigo a replegarse de manera que se le plantee un problema de protección cada vez más difícil. La aplicación de esta última noción tiene por efecto impulsar al adversario a gastar siempre más fuerzas para conservar un número crecientes de puentes, lo cual en amplia medida es capaz de

modificar el equilibrio práctico de las fuerzas en presencia. Así, en Argelia, más de 300.000 hombres eran tenidos en jaque por menos de 30.000.

En fin, las fuerzas de guerrilla-cuyo desgaste es terrible- deben ser mantenidas y constantemente desarrolladas para que la presión resulte creciente. Ello requiere un sistema inicial de contrabando de armas (o de envíos con paracaídas, como en Francia en 1944), seguida, tan pronto como sea posible, por el establecimiento de bases próximas al territorio atacado, cuya inviolabilidad será asegurada por los medios de disuasión de la maniobra exterior. Tal fue el papel de las bases de China para la guerra de Indochina; de las de Egipto primero, luego de Túnez y de Marruecos para la guerra de Argelia: de las del Congo ex belga para Angola portuguesa, etc. Ciertos autores han visto en la organización de estas bases el elemento decisivo de este tipo de guerra. Aunque no fuera, decisivo de por sí es seguramente muy importante, pues se observa que las guerrillas que han fracasado en Kenya y en Malasia, fueron precisamente aquellas que estaban aisladas. Este último punto confiere a la maniobra exterior un valor operativo capital, que se añade a lo ya dicho de su papel clave en el ámbito de la libertad de acción global.

PLANO PSICOLÓGICO

En el plano psicológico, la idea general es también saber durar. Para ello es indispensable sean desarrolladas y mantenidas a un alto nivel. La palanca moral es, por tanto, capital. Simétricamente, hay que llevar al adversario a ceder por laxitud. Aquí también la acción psicológica será esencial para explotar en este sentido los resultados conseguidos.

Esta acción psicológica compleja, ya que ha de dirigirse simultáneamente a los combatientes y a la población amiga y enemiga, se asienta en dos elementos principales: la "línea política" básica y la elección de la táctica psicológica.

La línea política básica, que debe armonizarse con la política necesaria para la maniobra exterior, ha de ser tal que pueda movilizar, con vista a la lucha, las pasiones (patrióticas, religiosas, sociales, etc.) han de ser presentadas de conformidad con una orientación que demuestre la justicia de la causa que se pretende sostener. Asimismo, el éxito de la operación debe aparecer como seguro, no como en 1940 “porque somos los más fuertes”-lo cual, en este tipo de guerra, no es nunca cierto al principio-, sino porque “Dios (u oscuras fuerzas históricas) está con nosotros”. El determinismo histórico, al predestinar la Historia en el sentido deseado, viene a sustituir las imágenes santas o las apariencias que galvanizaban a los cruzados, creando una especie de fatalismo optimista-y, a la inversa, un fatalismo de los musulmanes sucesivamente conquistadores y dominados.

Este último punto es particularmente importante, ya que hemos medido mal el papel que ha desempeñado en la rápida conquista del mundo por la raza blanca, el convencimiento entre los pueblos sometidos de que éramos llevados por el destino y que no podíamos dejar de ser dueños del porvenir. Los fracasos sufridos por Occidente en la primera parte de la segunda guerra mundial han desmentido aquella prevención, hemos perdido “la cara”, y las mismas fuerzas que jugaban en nuestro favor se ejercen ahora contra nosotros.

La táctica psicológicas comprenden, es evidente, el empleo de las técnicas, hoy bien conocidas, de la población, mediante un encuadramiento estrecho y bien vigilado. Pero en este tipo de guerra es sobre todo indispensable comprender que los únicos éxitos son de orden psicológicos, o sea que todas las acciones materiales no tienen otro interés que su valor para levantar la moral o el prestigio de los combatientes o de la población. Por tanto, en la mayoría de los casos, la guerrilla habrá de ser llevada en este sentido. Por otra parte, si se carece de éxitos o si éstos son mínimos, el bluff-incluso la mentira total-podrán suplirlos (por ejemplo, la “héroe” defensa de Port-Said, la destrucción del “Suffren” por los vietnamitas, del “Jean-Bart”, por los egipcios, el desembarco del ejército egipcio en Kabilia, etc). En el mismo sentido, un prurito de noticias sensacionales, como acostumbra la prensa occidental, permite al adversario multiplicar el efecto

psicológico de acciones modestas y reiteradas. También se puede señalar aquí que, si bien la línea política ha de presentar una muy seria unidad, la propaganda puede ser muy distinta en el plano exterior y en el plano interior.

Merced a las maniobras exterior o interior llevadas con perfecta simbiosis, un conflicto al principio menor puede enquistarse, luego desarrollarse y durar. Si la maniobra exterior produce el mínimo indispensable de disuasión y si no se impide desde un principio la maniobra interior, existen las mayores probabilidades para un desenlace victorioso. A lo sumo, se desembocará en una renuncia a la lucha por parte del adversario (Túnez, Marruecos, Argelia). Si la maniobra exterior no logra impedir la intervención de otras Potencias, se desembocará en un compromiso en forma de partición (Israel, Indochina). Si la maniobra exterior no logra alimentarse suficientemente la nación interior y si el adversario se resiste, entonces se va al fracaso (Kenya, Malasia). Pero los gérmenes sembrados durante la lucha se desarrollarán más tarde y, por lo menos, se habrá impuesto al adversario un esfuerzo considerable al precio de medios irrisorio.

Esta última consideración, subraya todo el interés de la maniobra por la laxitud: bien llevada, estrictamente razonada, sólo presenta un mínimo de riesgos, en tanto que sus dividendos posibles son considerables y que incluso si llega al fracaso se ha logrado desgastar al enemigo sin desgastarse uno mismo. Hace veinticuatro años, con el ejemplo hitleriano, preveía yo que esta forma de conflicto no podría por menos que desarrollarse en el futuro. Los hechos han rebasado mis previsiones. Pienso actualmente, que, a la sembra del arma atómica, este tipo de guerra se seguirá desarrollando hasta que sea puesta en su punto parada chineos, creando en este ámbito las mismas posibilidades de disuasión que tenemos en los otros. Este problema será examinado más adelante, después de haber estudiado la “materia de la alcachofa”.

MANIOBRA DE LA ALCACHOFA

La maniobra de la alcachofa es mucho más sencilla, dado que en su fase de ejecución interior se asienta sobre todo en cálculos de estrategia militar. En cambio, la maniobra exterior desempeña en ella un papel tan decisivo en la maniobra por la laxitud. Se vio en ocasión de Suez y del Sinaí en que el éxito militar no tuvo influencia en el fracaso final de la operación cuya cobertura era prácticamente nula.

Ello no pretende afirmar que la estrategia militar de la maniobra de la alcachofa no comprende servidumbres particulares. Estas dependen esencialmente de un margen de libertad de acción siempre estrecho y de que, incluso si la maniobra exterior ha sido bien concedida, se corra el riesgo del fracaso o de la ascensión a los extremos de no conseguir realizar por sorpresa y rápidamente un “hecho consumado” indiscutible, que pueda servir de base para ulteriores negociaciones. El fracaso soviético en Corea se debió a que la operación no pudo ser rápidamente decisiva, enquistándose en una campaña de larga duración. De no haber existido la cabeza de puente de Fusan, no se hubiera llevado a cabo la contraofensiva de Inchón, ni ninguna otra intervención norteamericana posterior. El plan soviético carecía de velocidad y de potencia. Asimismo, para una operación “aero-psicologica” de una duración de diez días antes del desembarco: era dejar al adversario la posibilidad de crear el hecho consumado en provecho propio antes del desembarco. Por el contrario, la recuperación por Hitler de la orilla del Rin, la ocupación de Austria, luego de Checoslovaquia, fueron realizadas cada vez en cuarenta y ocho horas, lo que corresponde al tiempo mínimo de reacción de la política internacional. De ahí que la operación interior haya de ser concebida como un gran golpe de mano a base de sorpresa de velocidad, de acciones rápidas del fuerte al débil, explotadas con fuerza inmediatamente. Es por consiguiente, el ámbito de las acciones aerotransportadas, motorizadas y blindadas. Naturalmente, esa velocidad necesaria se asienta no sólo en previsiones acertadas y en una ejecución

vigorosa, sino también en una preparación muy completa en todos los ámbitos. No se improvisa semejante operación.

En fin, si la libertad de acción proporcionada por la maniobra exterior es condición indispensable del éxito, existe otra condición exterior, igualmente indispensable: que el objetivo parezca suficientemente limitado como para ser aceptado por la opinión internacional. Hitler había conseguido presentar cada uno de sus objetivos sucesivos como si fuera el único y el último. La mafia salió bien tres veces (hasta Munich), pero después de Praga, nadie se dejaba engañar por su estrategia de la alcachofa. La hoja siguiente, Polonia, iba a desencadenar la ascensión a los extremos de la segunda guerra mundial, aunque mucha gente en Occidente hay creído una vez más en una nueva fase limitada. Ello muestra cuáles son los límites de esta estrategia, que no puede ser utilizada para alcanzar, con saltos sucesivos, objetivos muy importantes, a menos, acaso, de que se distribuyan los saltos en un muy largo período de tiempo. Digamos también que dado su carácter violento y sensacional es de un manejo mucho más peligroso que la “maniobra”. Pero en ciertos casos particulares y bien definidos, sigue siendo muy posible, y tal vez en extremo eficaz-sobre todo, como lo ha hecho Israel en reiteradas ocasiones-, si presenta el carácter de golpes de detención.

LAS PARADAS DE LA ESTRATEGIA INDIRECTA

Desde 1935, la estrategia indirecta ha sido constantemente utilizada, no obteniendo, generalmente, más que éxitos. Con Hitler, de 1936 a 1939, tuvo sobre todo el carácter de lo que llamamos “la maniobra de la alcachofa”. Después de la fase de estrategia directa de 1939 a 1945, la estrategia indirecta ha vuelto a tomar vuelo, en particular bajo el impulso de los soviéticos, pero esta vez más en el modo de la “maniobra por la laxitud”.

Esta boga prolongada y, al parecer, creciente, se debe a las condiciones de la guerra moderna: ya desde 1918, pero sobre todo desde Hiroshima, cada cual está persuadido de la maleficencia de la guerra integral y todos quieren evitarla. Pero aquellos cuya política implica un cambio del orden establecido, siguen empleando la fuerza para lograr sus objetivos. Ello lleva necesariamente al juego matizado de la estrategia indirecta que cada uno de los actores aplica según sea su temperamento: Hitler con alternativas demasiado rápidas de cautela y violencia; los soviéticos, con una paciencia y progresiva acción de desorganización bajo una amenaza insidiosa.

El nuevo aspecto de esta muy antigua forma de estrategia (la guerra de los Cien Años no fue sino una muy larga guerrilla cuyo acontecimiento final fue el milagro psicológico de Juana de Arco), generalmente ha sorprendido y despistado. Intoxicados por las doctrinas radicales del siglo XIX se creía en la disuasión absoluta entre la guerra y la paz, y con frecuencia no se ha querido ver en la estrategia indirecta sino un juego que depende de la política. Como sólo se concebía la gran guerra a nada, durante cuatro años se ha dejado actuar a Hitler luego se ha desencadenado el conflicto mundial del que ha sido la ruina de Europa, sin haber comprendido a tiempo que se le podía vencer con los mismos métodos que él empleaba. Cuando después de 1916, el empuje staliniano pareció renovar la amenaza, los Estados Unidos reaccionaron con una estrategia de la que ciertos elementos correspondían a la estrategia indirecta-singularmente, el plan Marshall -,pero más concientemente, han aplicado su esfuerzo a la estrategia directa basada en el arma atómica. Esta ha conducido a la estrategia de disuasión, que ha tenido como consecuencia animar a los soviéticos (y a otros) a desarrollar aún más su maniobra de estrategia indirecta. El desarrollo de esta maniobra es impresionante: bloqueados en 1946 en el Irán se corren a Grecia, de donde no serán arrojados hasta 1950, 1918, victoria en China, 1949, Praga, 1950, Corea y la intervención en Indochina; 1953-54, empuje indirecto en el Oriente Medio. En 1954, se enciende el África del Norte: en 1959, Cuba; en 1960, el Congo: en 1961, Angola, mientras que Alemania permanece bajo las presiones sucesivas ejercidas en Berlín. En quince años, con alternativas de éxitos

desiguales, la U.R.S.S. ha conseguido más resultados que cuantos hubiera podido conseguir con una gran victoria.

Frente a esta situación, las reacciones occidentales son deshilvanadas y, en la mayor parte de los casos, inadaptadas, ya que generalmente el problema no se aprecia tal como es, y los remedios aplicados sólo tienen un valor parcial, cuando no dan por resultado facilitar la maniobra adversa. Es esencial tomar conciencia de los caracteres objetivos de la estrategia indirecta y actuar en consecuencia.

Por supuesto, no tenemos la pretensión de dar aquí la solución completa del problema de las paradas a oponer a la estrategia indirecta: al menos, quisiéramos indicar qué ideas generales pueden permitir que se hallen las respuestas eficaces a los desafíos que nos suscitan estos curiosos años de “paz”, en el transcurso de los cuales sólo hemos sabido, hasta el presente, ceder más o menos terreno. En lo que siga, sírvase no ver sino un intento, una primera aproximación a las soluciones sugeridas por nuestras recientes experiencias.

CONTRAMANIOBRA EXTERIOR

En estrategia, más que en cualquier otro ámbito, hay que saber distinguir lo esencial de lo accesorio. En estrategia directa, lo esencial es la fuerza, o sea los medios materiales cuya importancia permite obtener más o menos fácilmente la libertad de acción. En estrategia indirecta, siendo igualmente lo esencial la búsqueda de la libertad de acción, el interés va a concentrarse en los medios indirectos capaces de asegurarla, por tanto, un primer término, en la “contramaniobra exterior”. Esta, claro es, sigue dominada por la disuasión global lograda por la estrategia nuclear directa y, por consiguiente, el esfuerzo en este ámbito habrá de ser mantenido. Pero de limitarse a este esfuerzo-como ciertas tesis norteamericanas tienen tendencia a hacerlo-, se dejaría al adversario toda su libertad de acción en estrategia indirecta. Por el contrario, si la contramaniobra se

lograra plenamente todos los problemas de estrategia indirecta quedarían resueltos. Por tanto, es ahí donde radica el punto decisivo, es ahí donde se debe aplicar el esfuerzo con prioridad.

La contramaniobra exterior consiste en realizar el mayor número posible de disuasiones complementarias de la disuasión nuclear global. La elección de tales disuasiones, como se ha visto para la maniobra exterior, puede realizarse partiendo de las vulnerabilidades del sistema adverso (opinión interior, economía, situación de los satélites y de los aliados morales, tabús de la psicología marxista- o musulmana, o negra, etc.). De ahí se ha de deducir la línea política, que consiste en fijar las posiciones ideológicas y geográficas a defender y aquellas que se quieren amenazar. Hay que ver claramente que una línea política de carácter puramente defensivo sólo tendrá un escaso valor de disuasión, por ser la clave de la disuasión la capacidad de amenazar. Por tanto, se precisa en absoluto de una línea política ofensiva.

En el plano ideológico, una línea política ofensiva comprende ante toda la necesidad de poder atacar eficazmente los puntos débiles del sistema adverso. Por consiguiente hay que partir de esos puntos débiles y no de nuestras concepciones morales o filosóficas. Por otra parte, es preciso que nuestro sistema de ataque esté concebido en función de las necesidades de aquellos a quienes se quiere convencer, y no de las nuestras. El hecho es que carecemos por completo de la fuerza de “frappe” psicológica que constituiría un cuerpo de pensamiento de inspiración liberal bien adaptado a las necesidades inmediatas (economía, organización social, constitución política) de los jóvenes Estados del Tercer Mundo. Por lo demás, es preciso reconocer que nuestros conceptos están harto necesitados de ser adaptados, reforzados y hechos coherentes para que correspondan a las realidades de nuestra época (economía orientada, leyes sociales, etc.).

En el plano psicológico, el elemento esencial de las disuasiones es restablecer el prestigio de la civilización occidental. Pero el prestigio es la resultante compleja de la potencia y de la eficacia presentes, así como de las que se estima poder atribuir en el futuro. La decadencia de Occidente, originada por

sus ciegas divisiones, ha parecido confirmada por su ineptitud para presentar un frente unido. El primer elemento de prestigio a reconquistar, es hallar la forma de que Occidente admita la necesidad de una maniobra global estrechamente coordinada, o sea una política común. Esto es imposible en un sistema que sólo comprende, por una parte, la O.T.A.N. con objetivos escritamente militares, y, por otra, la O.N.U., que sólo es una caja de resonancia de las luchas internacionales. Es absolutamente esencial constituir una organización occidental encargada de elaborar la estrategia global. Hay soluciones, como aquella propuesta por Francia (estudio global por las Potencias mundiales, estudios regionales por las Potencias interesadas) que serían susceptibles de llevar a ese resultado; pero, en todo caso, se puede tener la seguridad de que si no se logra dominar las muy reales dificultades existentes en ese ámbito, seremos incapaces de vencer. El segundo elemento de prestigio indispensable es restablecer la confianza mundial en el porvenir de nuestra civilización. Los notables progresos económicos de Europa en el transcurso de estos últimos años podrían ser eficazmente utilizados de a tal efecto. Pero es sobre todo la posesión de una doctrina dinámica, luego remozada, la que podría llevar a tal resultado. En fin, el prestigio resulta en parte del temor que se inspira. Singularmente con relación a pueblos jóvenes, la “cara” desempeña un papel considerable. Es decir, que es preciso evitar el perderla aún más (ejemplo, Suez, Cuba, Bahía de Cochinos, etc.), y esforzarse por conquistarla con logros espectaculares y bien escogido. La crisis de Cuba en el otoño de 1962 ha mostrado la eficacia de semejante comportamiento.

Desde el punto de vista geográfico, hay que escoger las regiones donde quiere hacer un esfuerzo para defender, amenazar o atacar. Esta opción ha de hacerse, por una parte, en aquellas que amenazan las vulnerabilidades del adversario, y, a ser posible, en aquellas donde una acción sería fácil. De todas formas, habrá que buscar las localizaciones que constituyen centros de acción capaces de desarrollos ulteriores (ejemplo, Cuba), y evitar comprometerse en regiones donde el adversario puede desarrollar su esfuerzo a bajo precio y obligándonos a gastar medios considerables (Asia del Sudoeste). En fin, incluso

si se tropieza con dificultades, hay que dar prioridad a la eliminación de las bases exteriores que permiten al adversario dirigir sus agresiones indirectas.

CONTRAMANIOBRA INTERIOR

En el lugar mismo de tales agresiones, la réplica puede tomar formas muy diferentes. Si se tratara de una agresión violenta, del tipo de alguna de las fases de la “estrategia de la alcachofa”, hay que disponer de las fuerzas tácticas indispensables para evitar que el hecho consumado se produzca rápidamente. La exigencia de tales fuerzas bastará normalmente para asegurar una disuasión. Si por el contrario no se dispone de los medios necesarios en el teatro de los sucesos, habrá que recurrir a la maniobra exterior. El ejemplo de Suez-Sinaí ha mostrado que con agresores un poco vacilantes, la maniobra exterior podía bastar para anular los éxitos locales. Pero una intervención rápida-como la de los norteamericanos en Corea-puede impedir una decisión local y, por consiguiente hacer fracasar toda la maniobra adversa. Esto muestra toda la importancia disuasiva de fuerzas de intervención dotadas de gran movilidad.

De tratarse de una agresión indirecta del tipo “estrategia por la laxitud”, se puede dudar entre varias soluciones. La mejor, a ser posible, consistiría en salvaguardar lo esencial (es decir, el control gubernamental), sin comprometer grandes medios y resolver el conflicto sofocándolo mediante una maniobra exterior suficientemente eficaz. Si por el contrario, fracasara la maniobra exterior (caso de Francia en Argelia), no queda otro recurso que hacer una maniobra interior tendente a una contraofensiva directa.

También en este caso el elemento capital será el de la línea política destinada a reducir los triunfos del adversario. Por tanto, será preciso, por una parte, mantener y desarrollar el prestigio mediante una demostración de fuerza, sin duda alguna, pero persuadiendo al mismo tiempo de nuestras posibilidades de

porvenir (civilización en progresión, apoyo internacional, etc.), y por otra, desarmar las reivindicaciones con reformas profundas.

En el plano militar es indispensable frustrar la estrategia de la guerrilla tal como ha sido descrita anteriormente: en primer lugar, hay que olvidar el dejarse desbordar por la maniobra de superficie practicando una estrategia económica de fuerzas al objeto de que fracase la “maniobra de Medina”. Ello llevará a limitar la protección generalizada de las personas y de los bienes merced a una fuerte densidad de ocupación de zonas reducidas y cuidadosamente escogidas en función de su importancia política y económica, consintiendo que en el resto del país reine cierto grado de inseguridad. Los puestos allí instalados no tendrán otro objetivo que mantener un servicio de información que permita desencadenar una serie de operaciones designadas a impedir la organización de bases adversas. Incluso, en ciertos casos, podrá tolerarse que el enemigo se instale a placer para ponerse en condiciones de destruirlo más fácilmente. Correlativamente, las fronteras habrán de ser cerradas herméticamente merced a una táctica de barrera de las que se han dado ejemplo las guerras de Irabia (de la Italia fascista) y de Argelia. Aun bien llevadas, tales operaciones requerirán medios muy importantes. Es esta su debilidad para una guerra necesariamente prolongada. La estrategia deberá, pues reforzarse en hallar soluciones económicas, en tanto que la organización deberá poner su juego fórmulas (revelos, etc.) concebidas para la duración. En circunstancias excepcionalmente favorables, se podrá perseguir la decisión con un esfuerzo considerable de medios, a condición de que los resultados sean rápidamente fructuosos. De no ser así (Argelia 1953), sólo se lograría reducir la propias capacidad de duración esto es hacer el juego de la maniobra adversa por la laxitud.

En fin, claro es, las operaciones han de ser llevadas con la preocupación constante de conseguir un efecto psicológico en el enemigo y en la población. Esta, al hallarse completamente protegida en zonas de alta densidad de ocupación, estará en condiciones de que le hagamos comparar su suerte envidiable con la de la poblaciones que viven en zonas más o menos controladas por el adversario. Las partes protegidas, convertidas en zonas refugios, no habrán

de ser reducidas bajo ningún pretexto ¹ al objeto de infundir confianza, y si se ampliasen, jamás debe haber retirada. Los combates han de ser útiles para el prestigio. Los fracasos han de ser ocultos ² o compensados con éxito más importantes, cuidadosamente resaltados.

Pese a todas estas preocupaciones, cuya enumeración subraya muchos errores cometidos singularmente en la campaña de Argelia, es necesario tener presente que este tipo de lucha sólo de modo excepcional ha sido favorable a la defensa y, como se ha señalado, únicamente cuando no existían bases exteriores próximas que pudieran alimentar la guerrilla. En estrategia indirecta, responder a una ataque por una defensa directa, es una solución tan mala como la del toro que embiste la muleta roja. Al que hay que embestir es el torero, o sea recurrir a la maniobra exterior.

CONCLUSIONES SOBRE LA ESTRATEGIA INDIRECTA

La estrategia indirecta, que es un “modo” menos de la guerra total, ha sido de todos los tiempos (lo mismo que la estrategia directa, por supuesto). Sus

¹ Esto obliga a prever a largo plazo una política de efectivos que no comprenda variaciones.

² En vez de ser utilizados para titulares sensacionalistas en los periódicos.

aspectos modernos y su gran boga débense a que hoy la gran guerra se ha convertido en algo razonablemente impracticable. Por tanto, su papel es en realidad complementario del papel de la estrategia nuclear directa: la estrategia indirecta es el complemento y, en cierto modo-el antídoto de la estrategia nuclear. Tanto más se desarrolla la estrategia nuclear, desembocando con sus equilibrios precarios en un afianzamiento de la disuasión global, cuanto más se empleará la estrategia indirecta. La paz será cada vez menos pacífica y adquirirá la forma de

lo que en 1939 había llamado la “Paz-guerra” y de desde entonces conocemos muy bien bajo el vocablo de guerra fría.

Esta guerra fría es con relación a la guerra caliente lo que la medicina es con relación a la cirugía. A las operaciones sangrientas de la guerra caliente se sustituyen las “infecciones”, que no son menos mortíferas, si bien más insidiosas. Contra tales infecciones, el método quirúrgico es rara vez eficaz; hay que proceder con vacunas preventivas o recurrir a “contra-infecciones”, cuidando la enfermedad desde su comienzo. En esta guerra larvada en que las infecciones psicológicas se asemejan a las de la guerra biológica, es sumamente difícil controlar el fenómeno una vez que se ha iniciado: Alemania sucumbió en 1918 en gran parte a causa del virus bohemio que había contribuido a sembrar un año antes en Rusia; el prurito de descolonización, al cual los soviéticos habían apostado ya en 1921, ha rebasado a veces las prevenciones de la U.R.S.S., planteándole en África problemas que no estaba preparada para resolver. Esa guerra medicinal es muy distinta de nuestras costumbres, a pesar de su empleo milenario.

Aunque sus aspectos sean muy particulares y, a veces, desconcertantes, la estrategia indirecta no es una estrategia especial, intrínsecamente distinta de la estrategia directa. La clave, como en toda estrategia, es la libertad de acción. En la forma de conseguirla, por la iniciativa o por la seguridad, la que es diferente, ya que el margen de libertad de acción (por tanto, la seguridad) depende de la maniobra exterior y no de la maniobra interior. Es esta particularidad la que le confiere el carácter indirecto.

Es importante ver claro que la seguridad va a depender de los factores de la maniobra exterior, o sea de las vulnerabilidades de ambos adversarios. Toda vulnerabilidad brinda una oportunidad al enemigo; toda vulnerabilidad enemiga empaña una posibilidad de amenaza de represalias. Por tanto, este es el plano en que se ha de situar el estudio de la seguridad. Como quiera que por otra parte ciertas vulnerabilidades de orden revolucionario son tardías en desarrollarse (Congreso de Bakú en 1921, descolonización de 1945 a 196...; Cuba empieza seguridad se efectúen muy pronto, así como las iniciativas destinadas a parar las

amenazas adversas. El verdadero juego de la estrategia indirecta ha de desarrollarse al nivel de los programas. Después, es demasiado tarde.

De suerte que la estrategia indirecta no es más que la aplicación de la fórmula general de la estrategia a valores extremos de ciertas variables, la fuerza (reducida al mínimo) y el tiempo (considerablemente aumentado). En efecto una fórmula de Einstein, puede ser representada por el símbolo:

$$E = K F \circ t$$

En el que K es un factor específico del caso particular, F representa las fuerzas materiales. \circ las fuerzas morales y t el tiempo. En estrategia directa, el factor fuerzas materiales es preponderante, el factor \circ mucho menos importante y el factor t relativamente más corto. En estrategia indirecta, la importancia relativa de las variables resulta invertido, convirtiéndose \circ en elemento preponderante.

En efecto, el elemento psicológico-siempre presente en toda estrategia-desempeña un papel determinante. Se trata de sustituir la fuerza material de que se carece por la fuerza de una ideología bien construida y por la potencia de combinaciones que resultan de un cálculo razonado y preciso. En suma, es la materia gris que sustituye a las fuerzas-y está bien que así sea.

Pero tampoco hay que olvidar que la existencia o el empleo de la fuerza, siguen siendo necesarios en el juego de la estrategia indirecta, lo mismo que en la estrategia directa. Las proporciones modestas que con frecuencia presenta la fuerza, no deben llamar a engaño respecto a la importancia de su papel. Al principio, invisible, pero siempre presente, la fuerza nuclear diseña el cuadro general, los límites de disuasión dentro de los que deberá evolucionar la estrategia indirecta. En seguida, en la misma estrategia indirecta, la fuerza es necesaria para explotar (o amenazar con explotar) las situaciones creadas por la maniobra psicológica. Esto sigue siendo verdad incluso si la acción sólo requiere la presencia de algunos cascos azules de la O.N.U., no es nunca nula. Sin ella ya no habría estrategia.

En este juego matizado, con frecuencia alejado de la verdadera guerra tradicional, el empleo de la fuerza parece a algunos una especie de pecado contra el espíritu. Esta visión es errónea y peligrosa. La fuerza en sí no es ni buena ni mala. Su cualificación depende de una causa que defiende, por tanto de la política que la anima. Pero lamentablemente de que la fuerza desempeñe un papel importante en los conflictos que jalonan la evolución histórica, es querer ignorar la realidad de las cosas.

Ese empleo matizado de las fuerzas se considera con frecuencia como perteneciendo al ámbito de la política: la estrategia indirecta tal y como acaba de ser presentada no sería una “estrategia”, sino una “política”. La querrela en torno al vocablo tiene en sí escasa importancia, tanto más cuanto que se evidencia que la estrategia indirecta se dirige al nivel de los Jefes de Gobierno. Pero la elección de los vocablos revela la comparación que se tiene el fenómeno. Considerar la estrategia indirecta una política es someter una grave confusión de géneros. En efecto, la política, cuyo papel es fijar los objetivos y definir el volumen de medios a consagrarse a su logro, tendrá que decidir si el objetivo que se quiere alcanzar habrá de ser perseguido o no por los caminos de la estrategia indirecta. Pero la dirección de esta estrategia ya no pertenece a la política, sino a la estrategia; es decir, que el empleo de la fuerza debe estar supeditado a las combinaciones las más estudiadas.

La historia de estos diez últimos años ha mostrado qué errores fatales podían cometerse cuando se pretendía tratar tales problemas de modo empírico y a ojo frente a adversarios perfectamente conscientes de las reglas como ellos, con el mismo realismo y la misma inteligencia avisada, a fin de evitar el derrumbamiento progresivo de todas nuestras posiciones o el desesperado recurso a las catástrofes que la estrategia directa no dejaría actualmente de desencadenar.

Aprendamos a vivir en la “paz” y a salvar lo que aún nos queda de paz.

Aprendamos la estrategia indirecta.

CAPÍTULO V

CONCLUSIONES SOBRE LA ESTRATEGIA

El vencido merece su suerte por ser siempre su derrota el resultado de los errores de pensamiento que debido de cometer, sea antes, sea durante el conflicto. La estrategia no constituye ni un juego de la inteligencia sobre las realidades de la guerra, ni una forma presuntuosa o poderante de razonar los problemas que en ella se plantean. El rápido estudio que antecede habrá convencido de ello al lector-al menos, tal se espera-, mostrándole que se trata de un cuerpo de pensamiento que, a pesar de su complejidad, debe poder servir de guía práctico para realizar lo mejor posible los fines de la política y, sobre todo para evitar los errores de bulto de los que la Historia reciente nos ofrece demasiados ejemplos.

En esta presentación de la estrategia, he escogido de antemano colocarme desde el punto de vista de la estrategia total, la que tiene por objeto dirigir los conflictos violentos o insidiosos, llevados simultáneamente en los diversos ámbitos, político, económico, diplomático y militar, que presentan por tanto, un carácter total. En efecto la estrategia resulta generalmente inteligente limitándola al ámbito militar, ya que son demasiados los factores decisivos que se le escapan. Incluso en las circunstancias más favorables (caso de la estrategia, napoleónica), una explicación puramente militar permanece incompleta y por ello engañosa.

Por la misma razón, no he creído poder suscribir la dualidad estrategia-diplomacia en la que se basa, por ejemplo, Raymond Aron ¹, ya que lleva a dividir un problema esencialmente único (y que, por otra parte, tiene más componentes que los dos señalados) En lugar de esa división vertical, prefiero la división horizontal entre la Política encima y la Estrategia total debajo, por respetarse así la jerarquía de las preocupaciones y mantenerse la unidad de los razonamientos particulares en cada uno de los escalones.

Pero, naturalmente, debajo de la Política se sitúa toda la pirámide de las estrategias (la estrategia total en la cumbre combinando las diversas estrategias generales propias a cada ámbito, estas mismas armonizando las estrategias operativas de su incumbencia), la cual domina el conjunto de las Tácticas y de las Técnicas. La estrategia militar no es más que una de esas estrategias generales y, según los casos, desempeña un papel capital o un sencillo papel auxilias.

Se ha visto que el juego estratégico puede darse-segundo dos “modos. El modo es la estrategia directa en el que la fuerza representa un factor esencial. El modo menor es la estrategia indirecta, en la que el papel de la fuerza parece esfumarse ante el de la psicología y de las combinaciones. Naturalmente, estos dos modos pueden mezclarse en proporciones variables para producir un crecido número de “modelos”, de los que hemos examinado los principales.

Lo que se ha de ver claramente es que estos dos “modos” y esos “modelos” sólo representan soluciones diversas dentro de la misma fórmula general: ambas apuntan al mismo objetivo, la decisión mediante la capitulación psicológica del adversario y emplean el mismo método basado en la lucha por la libertad de acción. Pero estas soluciones se diferencian por los procedimientos empleados. Cada una de ellas es un cock-tail particular de procedimientos escogidos por corresponder mejor a los medios disponibles o a las vulnerabilidades del adversario. Esa opción de los procedimientos menores, entre una gama muy extensa, que ya desde su gestión a la destrucción física, es acaso la parte más

¹ En su citada obra Paix et guerra entre dos nations.

importante de la estrategia. En esa elección la que permite enfrentarse con las situaciones más difíciles y con frecuencia la que concede la victoria al más débil.

En tal opción, como en la dirección ulterior de las operaciones, la piedra de toques es la libertad de acción. La lucha por la libertad de acción es, en efecto, la esencia de la estrategia. De ello resulta que la protección de su propia libertad de acción (la seguridad) y la aptitud para privar al adversario de su libertad de acción (por la sorpresa y por la iniciativa) constituyen las bases del juego estratégico.

Pero también aquí se han afirmado dos concepciones: la que trata de definir el juego más lógico de las fuerzas disponibles (estrategia de mecánica racional) y la que tiende a realizar el juego más desilusionante para el adversario (estrategia de las combinaciones). Estas dos estrategias de aplicación se emplean en cada uno de los dos grandes “modos” estratégicos de conjunto de la estrategia directa y de la estrategia indirecta, aunque su elección o su combinación dependan de las condiciones particulares de la operación considerada: Dien-Bien-Fu era un episodio de la “mecánica racional” en una campaña dirigida bajo su signo de la estrategia indirecta; a la inversa, los “maquis”, de Francia sólo eran un aspecto “combinaciones” de toda la operación “Overlord”, concebida de conformidad con la más para estrategia directa.

Al finalizar así los engranajes del razonamiento estratégico, se llega a reconocer, por una parte, la situación dialéctica de los adversarios, definida cada una de ellas por cuatro coordenadas (las fuerzas materiales, las fuerzas morales, el momento y el lugar), y, por otra parte, las modificaciones dialécticas empleadas en esta situación en el tiempo y en el espacio con vistas a la libertad de acción. Esta sucesión de situaciones dialécticas, equivalente de la película de la lucha, es lo que hemos llamado el “factor maniobra”, que casa la mecánica racional con las combinaciones de una esgrima practicada con vistas a la decisión.

Pero la estrategia no se juega con el ajedrez con peones de valor constante y definido. Sus soluciones se asemejan a un guiso en que fuera preciso mezclar ingredientes en constante estado de transformación. En efecto, es que la guerra-o la lucha-emplea fuerzas materiales que están en función del utillaje material de la época y también fuerzas morales. Estas dependen estrechamente de las ideas que dominan la civilización del momento. De ello resulta que la estrategia es un perpetuo inventar basado en hipótesis que será preciso experimentar en plena acción y donde los errores de apreciación se pagarán al alto precio de la derrota. Es aquí donde reside la mayor dificultad de la estrategia, sobre en épocas de evolución rápida, como es el caso actualmente.

Este carácter evolutivo era mal conocido hasta estos últimos años ya que ciertas teorías llegaban hasta atribuir a la estrategia la virtud de operar con

constantes, siendo únicamente la táctica la que debía evolucionar. Actualmente el arma atómica ha forzado a comprender que, en el marco de principios poco numerosos e inmutables, las operaciones de la estrategia son necesariamente variables y conjeturales, lo que justifica por supuesto la pluralidad de los “modelos”, opuesta a las ortodoxias exclusivas de las teorías antiguas.

Por tanto, para limitar las probabilidades de error cuyas consecuencias son terribles, es indispensable organizar lo mejor posible el estudio de la conjuntura. Contrariamente a nuestras tradiciones, se ha hecho en extremo importante prever debidamente, lo cual es aún más importante que organizar fuerzas cuyo valor sería incierto. No hay estrategia moderna sin órganos de estudio ampliamente provistos, sin un muy buen método de análisis de las situaciones, sin un perfecto conocimiento de la evolución y de las posibilidades de inventos de todo orden susceptibles de ser utilizados. ¡Estamos muy lejos de todo ello!

En fin, muchos son los ámbitos de la estrategia que han sido incompletamente explorados o que están absolutamente sin investigar. Las estrategias política y diplomática, a pesar de su empleo muy antiguo, están aún prácticamente sin formular. La estrategia económica, ahora bastante bien conocida en su aspecto pacífico, no ha sido todavía bastante estudiada en sus aspectos coercitivos. He aquí tareas urgentes.

Pero lo más importante se refiere al estudio del componente psicológico de la estrategia, pues es indispensable precisar los factores de la psicología de las masas, de los ejércitos, de los jefes, de los gobernantes, de la población de la opinión internacional, etc...Se ha hecho imposible seguir trabajando al buen tuntún, en su ámbito en que recientemente se han cometido enormes errores, que provenían, por lo demás, de una apreciación errónea de las jerarquías de la estrategia: cierta boga un poco primaria de la psicología ha llevado a no perfeccionar sino las técnicas más adecuadas al nivel de las tácticas. Pero tales tácticas carecen de valor si no se ejercen en el marco de una buena estrategia psicológica. Es todo el problema de la definición de la línea política de conjunto el que hemos abordado. Este problema es seguramente uno de los más difíciles y

se deriva indudablemente de una forma de razonamiento particular, tal vez dialéctico.

¿Cabe concluir respecto a un conjunto de análisis tan complejos como los que imponen un estudio, incluso sumario, de la estrategia?

Este arte milenario, durante mucho tiempo esotérico, desde hace poco arrinconado en el museo de las cosas muertas y más recientemente exhumado bajo la presión de los hechos, está recobrando una nueva juventud. Mas para que pueda dominar fenómenos de la amplitud y la diversidad de la guerra fría, de la guerra total, de la guerra revolucionaria y de la guerra atómica, es preciso que la estrategia eterna sufra considerables ampliaciones y una profunda renovación.

Es lo que hemos intentado, con el convencimiento de que en estrategia, como en todas las cosas humanas, es la idea la que debe dominar y dirigir.

Pero esto es ya una filosofía.

EPULOCO

DISUASIÓN Y ESTRATEGIA

Desde hace varios años, la atmósfera de la O.T.A.N. está encadenada por el debate nuclear. Las tesis se enfrentan y se contradicen. Como sucede siempre en semejantes casos, la opinión se ordena según factores más sentimentales que razonables, esencialmente a favor o en contra de los norteamericanos, mientras que como se verá, el problema es completamente de otro orden, requerido, para ser clasificado, que se vuelve a los conceptos fundamentales relativos al papel de las armas nucleares. Es lo que he intentado detalladamente en mi último libro ¹, y aquí sólo quisiera indicar los argumentos esenciales.

El primer elemento de todo razonamiento sobre las armas atómicas es el hecho de que, hasta el presente, ningún especialista ha imaginado hasta su término una guerra en que estas armas fueran empleadas en número importante y

por ambas partes. Después de lo que se llama con eufemismo el primer “intercambio nuclear”, nos hallamos frente a frente con una montaña de terribles incógnitas. Mal se ve cómo alguien podría avenirse con meterse en tal caos. Incuestionablemente, el arma atómica aparece como un instrumento verdaderamente desproporcionado para resolver los problemas políticos. Digamos para concluir que su empleo parecería absurdo.

Señalemos también que esta conclusión importante no se ha obtenido de modo inmediato y que esta lejos de ser universalmente admitida. Ya decían los romanos: *natura non fecit saltus*. Ahora bien, nuestros conceptos sobre la guerra, deducidos de una experiencias que tienen ahora veinte años, nos han incitado en primer lugar a intentar añadir el arma atómica al terrible arsenal de que ya disponíamos. Es con este sentido como se ha constituido la O.T.A.N., cómo han sido puestas armas nucleares a la disposición de los diferentes aliados y cómo, por este hecho la idea de que el arma atómica no debe ser empleada no puede dejar de sorprender a todos aquellos que, cada día, tienen por tarea prepararse a emplearla.

En realidad este argumento tiene menos fuerza de su empleo posee una fuerza competente de primera magnitud. La estrategia nuclear resulta así asentada no sobre los resultados conjeturales de una acción ampliadas a la escala atómica, sino sobre sus excepcionales virtudes de disuasión. Es la dimensión negativa “disuasión” la que ha de ser considerada cuando se estudia el papel del arma nuclear, y no lo dimensión positiva “acción”.

¹ Disuasión el Strategie. París, Armand Colin, 1964. 208 págs.

Partiendo de un extremo, se entra en un sistema de pensamiento que justifica perfectamente el edificio nuclear que se ha realizado con la O.T.A.N. bajo la égida de los norteamericanos al mismo tiempo que se evidenciaban de modo meridiano las verdaderas posibilidades de este edificio, esencialmente defensivo y, digámoslo, pacífico.

Aparece entonces otra contradicción: si la amenaza de empleo es el origen del valor disuasivo del sistema, ¿cómo no se ve que el reconocer los peligros de su empleo resta casi todo el valor a la amenaza?

Aquí se aborda teórico bastante sutil en el que conviene razonar muy agudamente: se precisa una amenaza y es preciso que tal amenaza sea plausible, luego, que tenga un máximo suficiente de “creatividad”. Este resultado se ha buscado a través de cuatro métodos diferentes.

El primero-el de MacNamara, primera fórmula-consistió en que el desencadenamiento de las primeras acciones nucleares fueran racionalmente creíbles dada la posesión de una capacidad de destrucción de las fuerzas adversas de tal magnitud que se pudiera pretender que su réplica resultara sustancialmente reducida. Es lo que se ha llamado la “capacidad contrafuerzas”, objetivo teórico legítimo, pero muy costoso y cuyo probable valor es cada vez menor, dados los progresos de los medios de protección (entrenamiento, cemento armado, submarinos).

El segundo método-a bulto-el de los soviéticos y el de Francia-tiende a hacer creíble a decisión irracional de desencadenar una acción que reclame una réplica mortal, ostentando una resolución sin quiebras y poniéndose en condiciones de que el adversario sufra destrucciones que, de todos modos, serían duras de soportar.

El tercer método-el que singularmente los alemanes desean que se mantenga-es el situar a lo largo del telón de acero cierto número de detonadores en forma de armas atómicas, a fin de que el eventual agresor no pueda poner en duda que al avanzar desencadenaría un proceso de espiral atómica.

El cuarto método-el de MacNamara, segunda fórmula-tiende a restaurar la credibilidad de una réplica atómica frente a una invasión, proclamando por anticipado que tal respuesta sólo sería limitada, pero desanimando al mismo tiempo el adversario de recurrir a la espiral atómica por la posesión de una poderosa fuerza de “frappe” situada en segundo término, bien protegida y que amenaza con la destrucción de las ciudades enemigas.

Como se echa de ver, estas cuatro fórmulas corresponden cada una a la lógica de medios diferentes. Ninguna de ellas puede pretender ser exclusiva, digamos incluso que una política coherente debería saber combinarlas.

Pero lo que aparece con mayor claridad después de este análisis, es que el arma nuclear, instrumento de disuasión, sólo conserva su poder pacífico si se sabe mantener en el sistema un grado suficiente de inestabilidad. Es la inestabilidad nuclear la que provoca la estabilidad de la disuasión. Es la paz mediante el peligro, fórmula que a primera vista parece paradójica, pero que constituye el arcano esencial de nuestra época, tan sorprendente por tantos conceptos.

Los planes de desarme, bien intencionales, pero ingeniosos, o las fórmulas de estabilización a veces preconizadas en los Estados Unidos y que desconocen esta ley, sólo pueden llevar a reducir el valor disuasivo de las armas nucleares hasta volver abrir la posibilidad de grandes conflictos de forma clásica, como aquellos que Europa ha sufrido por dos veces en este siglo y de los que ha resultado profundamente mutilada.

En razón de esta experiencia, Europa, por instinto se muestra resueltamente hostil a toda fórmula que, al admitir formas de guerra limitada, haría probable el desencadenamiento de una guerra. Mientras que los norteamericanos justamente asustados por la amenaza que gravita sobre su Continente se inclinan a tantear la posibilidad de controlar los conflictos para conservarles un carácter local, los europeos saben que todo conflicto en Europa tendría para ellos circunstancias imprevisibles y prefieren salvaguardar la paz de esta parte del mundo merced a la amenaza de un conflicto generalizado. Sin tener de ello una clara noción, prefieren generalmente la paz total de nuevo en teatro de operaciones, incluso menores.

En las tres consideraciones teóricas que proceden, reside lo esencial del debate nuclear. Debido a las diferentes apreciaciones que merecen, resulta la divergencia de las soluciones propuestas.

Por haber quedado fuertemente impresionado por la eventualidad del empleo de las armas nucleares, con frecuencia el pensamiento estratégico

norteamericano no ha incorporado suficientemente el concepto de un empleo puramente disuasivo de tales armas y se ha concentrado en el problema del desencadenamiento inicial y la dirección de la guerra atómica. Entonces ha desembocado en la única solución racional de semejante hipótesis, consiste en identificar el empleo del arma atómica con la soberanía nacional, la decisión de desencadenamiento y la dirección de la guerra deben, pues, ser asumidos en el marco nacional y por el Presidente de los Estados Unidos. Por consiguiente, los aliados deberán aceptar este "leadership". Como quiera que esta pretensión parece exorbitante a ciertas Potencias que a su vez, identifican el empleo del arma atómica con la soberanía nacional, no ha podido resolverse esta nueva cuadratura del círculo sino con soluciones, cuales la Fuerza Multilateral que encubren con artificios la unidad de mando que querían salvaguardar. Por ello, la estrategia nuclear de la O.T.A.N. fue estrechamente mantenida en el marco nacional norteamericano y prácticamente fuera del marco de la Alianza.

Contrariamente por parte francesa-y en menor medida por parte de los británicos-la idea de que el arma atómica desempeñaba un papel esencialmente disuasivo ha llevado a pensar que la decisiva de la estrategia nuclear no se sitúa después del primer disparo sino antes. En tales condiciones, ya no es el problema del desencadenamiento y de la dirección de la guerra el capital, sino el de la dirección de la estrategia de disuasión. En esta línea de pensamiento los estudios realizados en el Instituto francés de Estudios Estratégicos han mostrado ¹ que la disuasión de un adversario estuviera en presencia de diversos centros de decisión en vez de uno solo. De esta forma se podía salvaguardar la plurabilidad de los

¹ Véase la revista Strategie.

métodos tendentes a la credibilidad de un primer golpe y la incertidumbre, madre de la disuasión. El valor disuasivo de un sistema multipolar es, por tanto, mayor que el de un sistema de dirección única ¹. En cambio, un sistema de dirección centralizada sería sin duda indispensable si en contra de toda previsión la guerra viniera a estallar. Por consiguiente, sería muy útil realizar la maniobra de

disuasión mediante la acción de sistemas nucleares independientes. Pero a fin de evitar divergencias y los malentendidos entre aliados, tal maniobra habría de ser coordinada y concentrada, no por una dirección única, lo que suprimiría la pluralidad, sino por una comprensión colectiva del fenómeno, merced a numerosos estudios llevados a cabo en común al nivel más elevado y a través de un sistema apropiado transmisiones intergubernamentales. No era ni el veto ni el directorio, como se ha dicho, sino el deseo apremiante de ver adquirir a la estrategia, en su fase de disuasión un carácter multilateral y no puramente norteamericano como lo tiene actualmente.

Por vivir desde el comienzo en la perspectiva de un conflicto nuclear, el pensamiento estratégico norteamericano permaneció centrado en la guerra atómica, si bien los peligros nucleares un cambio radical de la estrategia en el sentido de la limitación de los conflictos en su área geográfica y en su intensidad. Es el nombre de tal concepción cómo se efectuó el retroceso de las armas atómicas tácticas y cómo Europa fue invitada a reforzar sus fuerzas clásicas. Ciertos teóricos-no oficiales-llegaron incluso a recomendar una defensa puramente clásica estallara, es desgraciadamente contraria a la eficacia de la disuasión: al hacer la guerra aceptable, si la convierte en posible.

En Europa continental-por el contrario-y en esto los alemanes venían en cabeza-los peligros que amenazaban a América del Norte habían convivido con ellos, acostumbrándose poco a poco a ellos y acabando la gente por hacerse a la idea de que eran tales peligros comunes con el adversario los que garantizaban el statu quo. Volver a una defensa puramente clásica no sólo pareció una locura, sino que también se temió que la falta de resolución reflejada por tantas

¹ Ver Disuasión el Stratégia, Paris 1958

declaraciones demasiado matizadas, llegaron a anular, el valor disuasivo de todo el sistema de la O.T.A.N. Los alemanes reclamaron el mantenimiento de los detonadores constituidos por los armas atómicas tácticas. Francia afirmó su voluntad de utilizar, en caso preciso, una réplica estratégica inmediata con los medios que tuviera a su disposición.

Ambas relaciones eran coherentes y conformes a la lógica de la disuasión, así como la tesis norteamericana resultaba directamente de la lógica de la guerra atómica. Siendo diferentes las premisas, tenían que ser opuestas las conclusiones.

Sin embargo, es de señalar que los teóricos norteamericanos alegaron un argumento más sutil: las teorías alemanas y francesas amenazaban con lo peor, pero haciendo correr el riesgo de un verdadero suicidio. ¿Cómo sería posible tal suicidio? Una replica mesurada sería más posible, luego, de efecto disuasivo más seguro. El Presidente Kennedy, no obstante estimo necesario venir personalmente a Alemania para declarar caram, populo que los Estados Unidos sabrían arriesgar la vida de sus ciudades para proteger a las ciudades alemanas. La incertidumbre indispensable se restableció...

Estas discusiones pueden parecer académicas y situarse en un plano demasiado exclusivamente abstracto. No hay tal. Lo que sucede hoy es que vamos descubriendo progresivamente las leyes del Mundo nuevo que la ciencia y la técnica están construyendo sobre los restos de nuestra vieja civilización. Por haber vivido un siglo de grandes guerras, al principio hemos comprendido mal que el papel del arma nuclear no es hacer la guerra, sino impedirla, ya que su pavorosa capacidad de destrucción cierra el ciclo de las grandes guerras en tanto que inicia ampliamente la posibilidad de las acciones insidiosas y multiformes de la estrategia indirecta. La estrategia se está transformando profundamente. Su esencia pasa del modo quirúrgico que tenía aún ayer, a un modo que puede llamarse médico. El arma atómica desempeña en ella el papel de una especie de antibiótico cuya área de eficacia es aún mal conocida. Allí donde su acción se ejerce, las situaciones políticas más inestables (Berlín, Cuba, por ejemplo) resultan como petrificadas. La perspectiva de una invasión soviética de Europa, razón de ser de la O.T.A.N., se ha convertido en altamente improbable. Allí donde la acción antibiótica del arma atómica no se hace sentir, todas las infecciones y las acciones menores pueden desarrollarse libremente. De ello resulta que en Europa, el problema de la defensa, al que hemos consagrado

nuestros esfuerzos durante quince años, ha perdido la mayor parte de su actualidad, mientras que el verdadero problema es ahora el de la disuasión. Por el contrario, fuera de Europa es el problema de la defensa-en forma indirecta-el que domina.

Por tanto, contrariamente a las ideas en curso, lo esencial no es saber cómo y quién ha de “disparar el gatillo” para el desencadenamiento de una guerra que se ha vuelto indispensable, sino cómo se podrían coordinar permanente las estrategias aliadas en su forma actual, o sea las estrategias de disuasión y las estrategias indirectas.

Para coordinar las estrategias de disuasión no puede existir una fórmula mágica. La única concepción posible-que por lo demás, empieza a desarrollarse en los Estados Unidos en numerosas mentes-, es reconocer el carácter fundamentalmente multinacional del problema y renunciar, por parte norteamericana, a la estrecha política de secreto nacional y de dirección única, que hasta el presente reina en este ámbito. No es posible seguir viendo a los aliados consultados en los detalles e ignorantes de los conjuntos, como ha sido el caso hasta ahora. Ello no pretende decir que el predominio indiscutible de que gozan los Estados Unidos en el ámbito nuclear dejaría de ser reconocido. Durante mucho tiempo aún, en lo esencial el mundo se asentará en el equilibrio logrado por la bipolaridad atómica Estados Unidos-U.R.S.S. Pero en esta situación de neutralización recíproca, el papel estabilizador de una pequeña potencia nuclear puede justamente revelarse capital, sin proporción con sus capacidades destructivas en las regiones de Europa que no sean demasiado marginales con relación a los intereses norteamericanos. Ahondando en común los problemas de la disuasión nuclear, no se dejarían de descubrir nuevas perspectivas, menos exclusivamente concebidas del otro lado del Atlántico y mejor adaptadas a las necesidades esenciales de la Alianza.

Para la coordinación de las estrategias indirectas, es indispensable derruir los compartimientos geográficos impuestos por la O.T.A.N., y los Tratados suscritos después de la guerra. El mundo se ha convertido en un teatro de operaciones único. Es ante el mapa del mundo donde los aliados que tienen

interese medidos deben discutir su estrategia, en estrecha unión en cada una de las regiones con la Potencias que tienen en ellas intereses regionales. Como he dicho anteriormente no se trata ni de dirección ni de intento para imponer su imposible directorio único sino evitar en toda la medida de lo posible que Potencias aliadas en Europa pueden llevar a cabo en África o en Asia acciones no concertadas. Si nuestra Alianza tiene un sentido-y lo tiene-no puede limitarse a prever una defensa regional que por supuesto, hoy está rebasada. Y negarse a actuar el resto del mundo a no ser en orden disperso.

Después de la guerra, ante la amenaza que la política staliniana hacía gravitar sobre Europa, fue preciso construir rápidamente un sistema defensivo para cubrir esta región esencial, pero desarmada y arruinada. La O.T.A.N., merced, en su mayor parte, a los Estados Unidos, realizó magníficamente esta gran tarea.

Pero el Mundo ha evolucionado. Nuestros problemas hoy no son ya lo mismos. El arma nuclear en un principio aterradora, revela sus nuevas leyes y su papel esencialmente disuasivo. Los progresos nucleares de la U.R.S.S., le han permitido alcanzar un cierto equilibrio con los Estados Unidos, y en este equilibrio las fuerzas secundarias de Francia y de Gran Bretaña pueden desempeñar un papel valioso merced a su independencia. Europa se ha levantado económicamente, pero el Tercer Mundo, privado de estructuras por la descolonización, parece las angustias de los grandes alumbramientos. Simultáneamente, China y la U.R.S.S. se alejan cada vez más, los Estados Unidos se ven tentados por el establecimiento de un modus vivendi con la U.R.S.S., y Europa busca su camino hacia la unidad.

En esta nueva situación, aquí estable y allá terriblemente inestable, la necesidad capital de la hora presente no es ya la defensa-aun cuando siga siendo necesaria-, sino la coordinación de las estrategias en los ámbitos de la estrategia indirecta y de la estrategia de disuasión.

A P E N D I C E

REPRESENTACIÓN VECTORIAL DE LOS MODELOS ESTRATÉGICOS

Por el Prof. Juan J. C. Allegroni ¹

1. Generalidades

Los modelos de Beaufre, son concepciones que admiten una representación vectorial que facilita su comprensión; para ello, se ha recurrido a un sistema tridimensional de coordenadas cartesianas ortogonales-(Ver Figura 1), en las cuales se han tomado:

- en las abscisas, eje de las x, los OBJETIVOS, que siempre caracterizan y definen la pretensión estratégica (O).
- en las ordenadas, eje de las y, se han representado los MEDIOS, cuyo empleo hace la estrategia (M).
- en el eje perpendicular al plano de la figura, se ha representado la libertad de acción por cuya lucha se hace la estrategia, y, que es fundamentalmente una noción temporal, de allí que en el Modelo

¹ El Profesor Allegroni ha desarrollado un sistema de representación gráfica de los modelos estratégicos, expuestos en sus clases en: Centro de Altos Estudios del Ejército Argentino, Escuela Superior de Guerra, Escuela de Defensa Nacional. Escuela de Comando y Estado Mayor de la Fuerza Aérea, Universidad Nacional de Buenos Aires, Escuela de Estrategia y Centro de estudios Comparados. El sistema ha demostrado ser además de un valioso recurso didáctico, un excelente medio de análisis e investigación. Por especial autorización del Profesor Allegroni, quien se reserva todos los derechos de reproducción, se publica este apéndice por primera vez.

N° 5 (Modelo Clásico, Napoleónico, Clausewiano) que es un modelo de corto desarrollo en el tiempo, la LIBERTAD DE ACCIÓN, aparezca también limitada por este requisito (LA).

Sobre cada uno de estos ejes se ha tomado un valor

Aproximadamente proporcional para los OBJETIVOS. MEDIOS Y LIBERTAD DE ACCIÓN, de forma de establecer una relación

de magnitudes entre los distintos modelos.
Considerando estos valores de las variables, como componentes, según cada respectivo eje, y componiéndolas vectorialmente, según la regla del paralelepípedo de las fuerzas, surge como resultante (diagonal del paralelepípedo), un vector que convenimos representa la estrategia propia del modelo (Ea.).

2.- Algunas aclaraciones

a.- Con referencia al Modelo N° 1, se ha considerado nula la libertad de acción a los efectos del dibujo; no obstante existe un margen de libertad de acción por el que se desliza la Estrategia Indirecta. Por esa razón, el Modelo N° 1 se presenta gráficamente como en el plano de los ejes O y M.

b.- Con referencia al Modelo N° 4, los objetivos desiguales, en realidad pensados por Beanfre como simétricos, quieren retratar que para uno de los adversarios el objetivo es vital, pero para el otro ni es así. Esta circunstancia se une a asignarle una gran libertad de acción (noción temporal en lo básico), por la circunstancia de tratarse de un conflicto prolongado. También conviene recalcar que el nombre que consideramos más adecuado a este modelo, no es precisamente el más difundido:

“Lucha prolongada de débil intensidad militar”, sino el de:

“Lucha prolongada e intensa en todos los campos excepto en el militar”.

Debe tenerse en cuenta que esta lucha tiene por objetivo el derrumbe interno (vaciamiento moral), del poder militar, última reserva que dispone el adversario.

Por otra parte, si se considera que la libertad de acción al prolongarse el conflicto tanto como se quiera se hace infinita, los medios materiales, débiles pero actuando durante un tiempo tan prolongado como se requiera, pueden adquirir también una eficacia ilimitada, y por ese camino puede aspirarse a objetivos también tan importantes como se quiera.

FIGURA 1

SISTEMA DE REPRESENTACIÓN

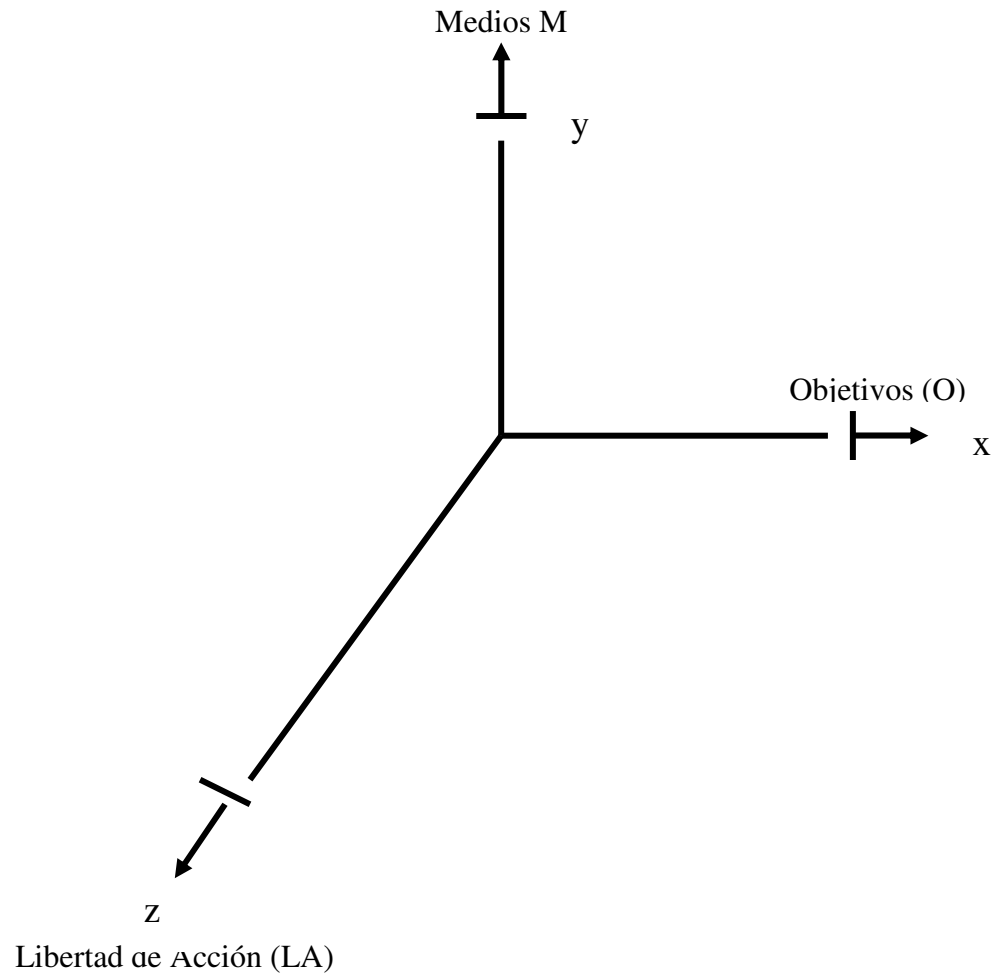
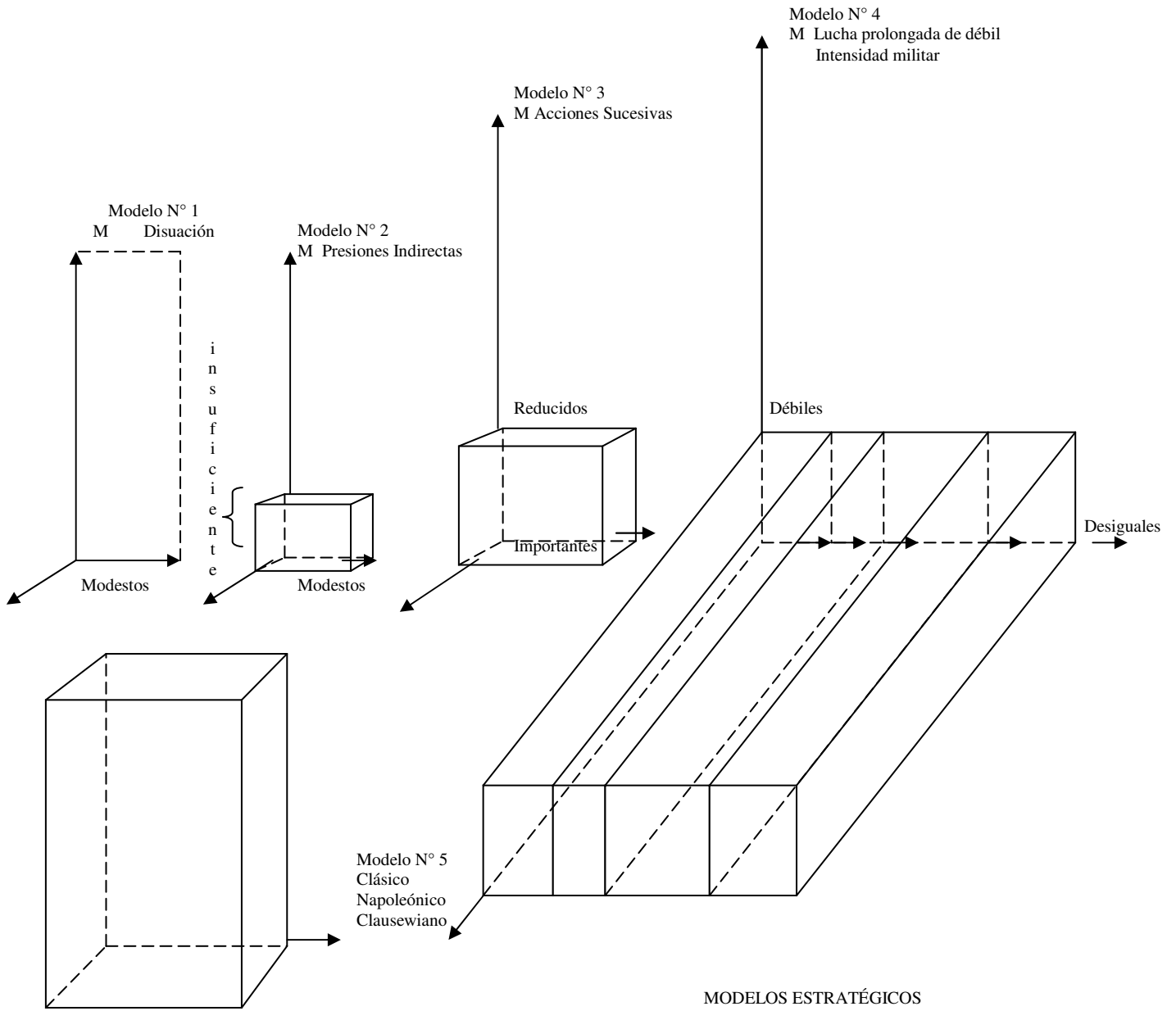


FIGURA 2



INDICE

Prefacio, por el Capitán B. H. Liddell Hart	7
Introducción	9
Capítulo I.- VISION DE CONJUNTO DE LA ESTRATEGIA.....	14
Análisis de la estrategia	17
Definición de la estrategia	17
Finalidad de la estrategia	18
Medios de la estrategia	19
Elaboración del plan estratégico	21
“Modelos” estratégicos	22
Conclusiones	25
Las subdivisiones de la estrategia. – Estrategia total. – Estrategias generales. – Estrategias operativas	26
Los principios de la estrategia	29
Las teorías	29
El concepto central	30
Los elementos de la decisión estratégica.....	32
a) El factor maniobra	32
b) Las doctrinas de maniobra	38
c) Los “modos de la estrategia” (directa e indirecta)...	39
d) El factor variabilidad	40
Conclusiones	42
La aplicación de la estrategia	43
Conclusiones	45
Capítulo II.- ESTRATEGIA MILITAR CLÁSICA	47
Carácter evolutivo de la estrategia militar	47

La estrategia de la batalla	49
La estrategia de las operaciones	53
El mecanismo de las operaciones	53
Primera fase: Operaciones y batalla distintas e independientes	53
Segunda fase: Operaciones y batalla distintas, pero ligadas	55
Tercera fase: Operaciones y batalla confundidas	57
Cuarta fase: Frente de batalla idéntico al teatro de Operaciones	58
Quinta fase: La batalla prepara operaciones	59
Sexta fase: Frente de batalla inferior al teatro de Operaciones	60
Conclusiones	61
Las operaciones y la actitud estratégica	62
Las operaciones y la esgrima estratégica	64
 Capítulo III.- ESTRATEGIA ATÓMICA	 67
Importancia y originalidad del arma atómica	67
Las modalidades de la estrategia atómica	68
Destrucción preventiva	69
Interceptación de las armas atómicas	71
Protección física	72
Amenaza de represalias	72
La estrategia de disuasión	73
a) La disuasión nuclear.	73
b) Las disuasiones complementarias	78
La estrategia de guerra	81
Mecanismo de conjunto de la evolución de la estrategia Atómica	86

Primera fase: Monopolio atómico de los Estados Unidos	87
Segunda fase: Réplica de la U.R.S.S.	87
Tercera fase: Bomba termonuclear soviética	88
Cuarta fase: Puesta en servicio de los ICBM soviéticos	89
Quinta fase: Actual	92
Conclusiones sobre la estrategia atómica	94

Capítulo IV:- ESTRATEGIA INDIRECTA 100

Definición	100
Concepción de la maniobra indirecta	103
Concepción de la maniobra exterior	104
Concepción de la maniobra interior	106
Maniobra por la laxitud	107
Plano material	108
Plano psicológico	110
Maniobra de la alcachofa	112
Las paradas de la estrategia indirecta	114
Contramaniobra exterior	116
Contramaniobra interior	119
Conclusiones sobre la estrategia indirecta	121

Capítulo V.- CONCLUSIONES SOBRE LA ESTRATEGIA

Epilogo: DISUASIÓN Y ESTRATEGIA	132
---------------------------------------	-----

APÉNDICE: La representación vectorial de los modelos Estratégicos	143
--	-----

Se terminó de imprimir en el
Mes de Abril de 1977, en
Gráfica Devoto, Nogoya 4825,
Buenos Aires, Rep. Argentina.